

# MARCI EL AGOS

GUSTAV MEYRINK

Gran parte de su obra va dirigida contra el ilusorio materialismo de sus contemporáneos. Muchas de sus novelas y "nouvelles" tienen como telón de fondo el ambiente fantasmagórico de la vieja Praga y sus antiguas leyendas, mezclándose en ellas lo grotesco, lo absurdo con lo milico y lo alucinante.

Influenciado por F.T.A. Hoffman y E.A. Poe, y precursor de Kafka, es el heredero directo del romanticismo negro, *Murciélagos*, su colección de relatos más famosa, prefigura su obra maestra: *El Golem*.

*Dedicado a mi amigo  
August Warndorfer*

## NOTA PRELIMINAR

Corre el año 1909, tres jóvenes estudiantes de arquitectura se instalan en un atelier de Dresde. Son Kirchner, Heckel y Schmidt-Rottluf; sus ideas son simples: "dejarse seducir por todas las audacias, por todas las veleidades revolucionarias". Este es uno de los elementos excepcionales del panorama alemán: la pintura precede a la literatura, la imagen a la palabra. Ha nacido el expresionismo. Los artistas actúan casi por instinto, las telas son invadidas por la brutalidad de los colores y la violencia de los paisajes. Munch, Ensor, Rols, Redon y Kubin arrastran a los escritores y a los músicos, quienes comienzan los primeros experimentos que acabarán en el atonalismo. Todos los marcos del realismo y el romanticismo son desbordados, Wagner deja lugar a Schoenberg. Esto acaba con un largo período de literatura realista producto de la reacción contra el romanticismo.

Los primeros esbozos de literatura fantástica alemana debemos buscarlos en los pequeños textos místicos del siglo XIII, pero no se puede, sin embargo, hablar de fantasía en sentido estricto hasta fines del siglo XVIII. Es necesario llegar a Goethe para poder elaborar, si bien no conscientemente, la idea de la *novela*.

La magia, las consideraciones alquímicas, las reflexiones astrológicas, inundan las páginas del autor de Fausto y se proyectan sobre sus contemporáneos: Fleist, Hölderlin, Arnim. Así aparece otro de los grandes alemanes: E. T. A. Hoffman, heredero directo de Goethe y Novalis, con el que surge otra característica importante de lo fantástico alemán: su interconexión con la música, que también alcanzaría a Eichendorff, Chamisso y Brentano, quien no vaciló en afirmar que su "alma era una danzarina apasionada".

La música, la poesía y la fantasía marcan una época única del romanticismo, una floración de lo invisible, una búsqueda apasionada del *Naturgeist* (la esencia, la naturaleza íntima), que provocaría, que precipitaría la reacción *necesaria*. La búsqueda de un mundo ideal que no existía, error trágico de la mayor parte de los románticos alemanes, daría lugar a un período realista a ultranza. La fantasía se refugia en algunas de las obras de Storm, Keller o Hauptmann. Sin embargo los ángeles no habían muerto, con el auge expresionista, renacen en Gustav Meyrink.

Gustav Meyer (luego Meyrink) nació en Viena el 19 de enero de 1868. Fue hijo natural de Marie Meyer, actriz de la corte del teatro de Munich, y de Carl Freiherr von Varnbühler, ministro de Estado. Esta circunstancia sin duda le debe haber causado innúmeras humillaciones, lo que luego cimentaría su odio acérrimo contra la burguesía. Estudió en la Academia Comercial de Praga, ciudad que lo iba a marcar para siempre, y a los veinte años ingresó como empleado al Banco Morgenstern. Su primer matrimonio data de 1892, a éste le sigue una época de desavenencias afectivas que preceden a su divorcio y posterior casamiento con Philoméne Bernt en 1905. En 1903 había ingresado como redactor en la revista de humor y sátira *Lieber Augustin*, donde publica sus primeros textos, para luego colaborar en *Simplicissimus*.

*Der heisse Soldat* (El soldado ardiente, 1903), *Orchideen* (Orquídeas, 1904) y *Das Wachsfiguren kabinet* (El museo de cera, 1908), publicados primero en forma separada, son reunidos bajo el título común de *Des deutschen Spiesser Wunderhorn* (El cuerno encantado del pequeño burgués alemán) en 1913, precediendo la aparición de su obra maestra, *Der Golem* (El Golem, 1915).

Gracias al suceso de esta última, Meyrink puede adquirir una pequeña propiedad cercana al lago de Starnberg, en Baviera, y dedicarse con tranquilidad al estudio de las ciencias ocultas y la parapsicología. Explorando los archivos de su familia descubre que desciende en línea directa de un oficial bávaro de nombre Meyrink. Lo adopta de inmediato y en 1917 pasa a ser su apellido legal por decreto del rey de Baviera. Casi todos sus biógrafos hacen notar un hecho: Meyrink odiaba a su madre a quien reprochaba su nacimiento irregular y el fracaso de su primer matrimonio. Eso explicaría el rol nefasto que juegan las mujeres en sus relatos. Sin embargo, sus inclinaciones homosexuales también podrían justificar su visión del sexo como algo mezquino y sucio.

A partir de 1916 y casi hasta 1932, año de su muerte, se dedica a actividades secretas del más diverso orden (la telepatía, por ejemplo) y no cesa de publicar. *Der grüne Gesicht* (El rostro verde, 1916), *Walpurgisnacht* (Noche de Walpurgis, 1917), *Der weisse Dominikaner* (El dominico blanco, 1921), *Der violette Tod* (La muerte violeta, 1922), *An der Schwelle des Jenseits* (En el umbral del más allá, 1923) y *Goldmachergeschichten* (Cuentos de un alquimista, 1925) son obras en las cuales se mezclan las prácticas esotéricas, la exploración de subconsciente, los fenómenos visibles e invisibles. Todo esto y su gran amistad con Alfréd Kubin (autor de otro clásico, *Die Andere Seite*), lo inducen a abandonar la religión protestante y abrazar el budismo mahayana. Murió en Starnberg, su pequeña propiedad cercana a Munich, el 4 de diciembre de 1932, un año antes de la llegada del nazismo al poder.

Su obra está estructurada sobre cuatro temas mayores:

–La visión apocalíptica de la Primera Guerra Mundial, que se plasmaría en su novela *El rostro verde* y en muchos de sus relatos.

–El tema del *zombi*, el hombre mecanizado, el servidor privado de alma y de voluntad. (*El Golem*).

–El tema de la historia invisible: detrás de la historia alocada de los hombres existe otra, secreta, que está regulada por ciclos inmutables (*La noche de Walpurgis*).

–El tema del tiempo trascendental. Meyrink creía que había una especie de concentración del espacio y el tiempo (la duración del pasado, presente y futuro se confunden en una visión simultánea), idea que luego Borges (y antes que él Cyrano) desarrollaría en "El Aleph".

Su obra maestra, *El Golem*, está inspirada en una variante del relato de la creación según el Génesis. En los principios de nuestra era ciertos rabinos habían elaborado la hipótesis de poder construir, mediante artificios mágicos, un ser dotado de vida e inteligencia. Como la impronta divina había sido la Palabra, creían poder hallar la fórmula fonética adecuada. En el siglo XII una secta judía imaginó 221 combinaciones de signos alfabéticos; con ellos era posible moldear una imagen humana de arcilla roja e infundirle vida. En el Renacimiento la leyenda del Golem cobra un aspecto diferente: destinado a

fines domésticos, se transforma en servidor de los hombres. Su única particularidad es su crecimiento desmesurado que lo torna peligroso. Para poder matarlo es necesario borrar la primera letra de la fórmula escrita en su frente (*emeth* – verdad) y transformarla en muerte (*meth*). Este mito, en sus más diversas formas, es explotado por los escritores alemanes del siglo XIX: Archim von Arnim, E. T. A. Hoffmann, Hebbel y más tarde por algunos franceses, como Villiers de l'Isle Adam, si bien el tema está muy modificado.

*Fledermaïuse* (Murciélagos, 1916) es su libro de relatos más importante. "Maese Leonhard", un relato que por su extensión es una verdadera "nouvelle", es uno de los más logrados. La fusión de dos historias, una de incesto y crimen –morosa y convincente–, y otra que lleva a Leonhard a la búsqueda de Jacobo de Vitriaco, mítico Gran Maestre de la Orden de los Templarios –mística y obsesiva–, es muy lograda y más tarde serviría de modelo a toda una generación de autores ingleses cultivadores del horror.

En el mismo nivel se ubican "La visita que J. H. Oberheit hace a las tempijuelas", "El cardenal Napellus" y "Los cuatro hermanos lunares", relato que contiene un curioso resumen, por así decirlo, de sus cuatro temas mayores.

"El juego de los grillos", "De como el Dr. Job Paupersum le trajo rosas rojas a su hija" y "Amadeo Knodlseder..." pertenecen, en cambio, al ciclo de obras satílicas y apocalípticas, producto de la influencia de la guerra sobre su alma mórbida.

Según Borges, "Meyrink creía que el reino de los muertos entra en el de los vivos y que nuestro mundo visible está, sin cesar, penetrado por el otro invisible". Nosotros agregaríamos que Meyrink, prefigurando a Freud, había descubierto que Tanatos está íntimamente relacionado con Eros.

*Jorge A. Sánchez*

## MAESE LEONHARD

Maese Leonhard está sentado inmóvil en su sillón gótico, y con los ojos bien abiertos, mantiene su mirada absorta clavada hacia adelante.

El reflejo del fuego de leñas que arde de lleno en el pequeño hogar tiembla sobre la tela rústica de su cilicio, pero el resplandor no queda adherido a nada de esa inmovilidad total que lo rodea; se desliza por la larga y blanca barba, por la cara surcada y las manos sarmentosas, que en ese silencio de muerte, parecen como fundidas con el marrón y oro de la madera tallada en que se apoyan.

La mirada de Maese Leonhard permanece fija en la ventana, delante de la cual se alzan los altos túmulos de nieve que circundan la capilla ruinosa y semihundida en la que se halla sentado, pero en su mente puede ver las lisas y desnudas paredes detrás suyo, la cama estrecha y modesta, el crucifijo colgado sobre la puerta carcomida; ve la jarra de agua, el pan casero de harina de hoyuco y el cuchillo con mango de hueso que se apoya a su lado en el estante del rincón.

Oye como afuera las ramas de los árboles se quiebran bajo el peso de la escarcha y ve los carámbanos que brillan en la cortante luz de la luna. Puede ver su propia sombra caer a través de la ventana ojival y bailar sobre la brillante nieve su ronda de espectros con las siluetas de los pinos cada vez que las llamas del hogar estiran sus cabezas para enseguida volverse a agachar; entonces ve como su sombra se encoge hasta asemejarse a la figura de un macho cabrío agazapado sobre un trono de negro y azul, los capiteles del sillón formando cuernos diabólicos sobre orejas puntiagudas.

Una vieja jibosa que viene cojeando desde la carbonera que queda a horas de distancia, más allá de los pantanos situados en la profundidad de la ladera, llega arrastrando trabajosamente a través del bosque un trineo cargado de leña menuda; deslumbrada por la luz repentina, se asusta y no comprende. Su mirada cae sobre la sombra demoníaca que se refleja en la nieve; no atina a entender dónde se halla ni que está parada delante de la capilla de la cual hay una leyenda que dice que en ella mora, inmune a la muerte, el último vástago de un linaje maldito.

Se santigua llena de espanto y con rodillas temblorosas se precipita de vuelta al bosque.

Mentalmente, Maese Leonhard la sigue durante un trecho por el camino que ella ha tomado. Pasa por delante de las ruinas del viejo castillo; paredes ennegrecidas por el fuego, entre las cuales se halla sepultada su juventud; pero ese espectáculo no lo conmueve, en su interior todo es presente, claro y luminoso como una imagen hecha de aire colorido. Se ve niño, jugando debajo de un abedul con piedritas de colores, y al mismo tiempo se ve anciano, sentado delante de su sombra.

Ante él emerge la figura de su madre, con los rasgos de la cara eternamente inquietos y contraídos; todo en ella es convulso, sólo la piel de su frente permanece inmóvil, lisa

como pergamino y tensa sobre los huesos del cráneo, que idéntico a una bola de marfil sin juntas, parece aprisionar un rumoroso enjambre de ideas inconstantes.

Se oye el incesante, nunca interrumpido susurrar de su negro vestido de seda, que como el enervante zumbido de millones de insectos, llena todos los espacios del castillo, filtrándose a través de pisos y paredes, robándole la paz tanto a los hombres como a los animales.

Aún los objetos parecen sometidos al hechizo de sus finos labios siempre dispuestos a pronunciar órdenes; cada cosa debe estar siempre dispuesta a cambiar de lugar, nadie ni nada debe atreverse jamás a sentirse como en casa. A la vida del mundo sólo la conoce de oídas, meditar acerca del sentido de la existencia es algo que se le antoja superfluo y un pretexto para la molicie; sólo cuando de la mañana a la noche en la casa reina un inútil corretear de un lado para el otro, sólo cuando se siente rodeada de un febril y desmoralizante cansarse para nada hasta llegada la hora del sueño, su madre cree haber cumplido con los deberes para con la vida. En su cerebro jamás pensamiento alguno pudo llegar a su fin, apenas nacido ya debe convertirse en una acción precipitada y estéril. Ella es igual que el segundero que avanza atropelladamente y que, desde su condición de pigmeo, cree que el mundo tiene que detenerse en cuanto él deja de producir tres mil seiscientos revoluciones alrededor de su propio eje durante doce veces por día, limando así el tiempo hasta convertirlo en polvo y sin poder aguardar, en su impaciencia, a que las pausadas y serenas agujas del reloj alcen sus largos brazos para dar las campanadas.

Sucede a menudo que en medio de la noche salte de la cama como una posesa para despertar a la servidumbre: las macetas, que se alinean en filas infinitas a lo largo de todas las ventanas, deben ser regadas de inmediato; ella no conoce en absoluto el "por qué" de semejante decisión, le basta con haber resuelto que "debe" ser así. Nadie se atreve a contradecirla, todos enmudecen en vista de la inutilidad de luchar contra un fuego fatuo con la espada de la razón.

Las plantas jamás tienen tiempo de echar raíces pues se las trasplanta casi diariamente; jamás se posan los pájaros sobre el techo del castillo; en su oscuro deambular, bandadas de ellos atraviesan el cielo, de un lado a otro, más arriba o más abajo, a veces hasta convertirse en puntos y a veces en magras manos aleteantes, anchas y chatas.

Hasta en los rayos del sol se nota un permanente temblor, pues siempre sopla un viento que ahuyenta la luz con nubes apuradas; de la mañana a la noche se producen disturbios entre las hojas y ramas de los árboles, y no hay nunca un fruto que pueda llegar a su sazón... en mayo ya no quedan hojas que puedan protegerlos. En derredor, la naturaleza toda se ha contagiado de la inquietud que reina en el castillo.

Maese Leonhard se puede ver ahora sentado delante de su pizarra con las tablas de contar, tiene doce años, aprieta fuertemente sus oídos con las manos tratando de no oír el eterno trepidar de los pasos de las criadas por las escaleras ni las estridencias de la voz de su madre... es inútil; las cifras se convierten en un enjambre de duendes diminutos y malévolos, atraviesan en loca carrera su cerebro, su nariz, su boca y sus oídos, y hacen arder su piel y su sangre. Trata de leer... no hay caso: las letras bailan ante su vista, se convierten en un enjambre de moscas inasibles. La voz de la madre lo sobresalta: "¿Es



posible que aún no hayas aprendido tu lección?"; pero no se toma el tiempo necesario para esperar una respuesta, sus dementes ojos azul-pálido ya están hurgando en todos los rincones: no vaya a ser que en alguno de ellos haya quedado olvidada una partícula de polvo; telarañas que no existen deben ser barridas con la escoba, hay que cambiar de lugar los muebles, sacarlos del cuarto y volverlos a entrar, deshacer cajones y revisarlos, de arriba a abajo, para atrapar polillas que nunca existieron; las puertas de los armarios se abren y se cierran con estrépito, se destornillan y vuelven a atornillar las patas de la mesa, los cuadros son cambiados de lugar, los clavos arrancados de las paredes para ser clavados nuevamente donde estaban, los objetos se enloquecen, la cabeza del martillo sale volando del astil, los peldaños de las escaleras se quiebran, el yeso se desmorona desde el cielorraso –¡que venga enseguida un albañil!–, los estropajos quedan aprisionados en las puertas, las agujas se caen de las manos y quedan escondidas entre las junturas del piso, cuando no entre los almohadones cuyas costuras deben ser repasadas; el perro guardián del patio se suelta y entra arrastrando su cadena por todas las estancias que atraviesa, llevándose por delante el gran reloj de pie: el pequeño Leonhard busca nuevamente refugio entre las páginas de su libro y aprieta fuertemente los dientes para tratar de hallarle algún sentido a esa serie de ganchos negros que corren y saltan delante de su vista... le ordenan que se siente en otra parte, hay que sacudir los almohadones del sillón; se apoya, con el libro en la mano, contra el marco de la ventana... hay que darle una nueva mano de pintura al alféizar: ¿por qué no deja de estorbar... aprendió por fin su lección? Acto seguido sale como barrida por una idea fija; las criadas tienen que dejar todo como está y correr rápidamente detrás de ella para buscar hachas y palos para el caso de que haya ratas en el sótano.

El alféizar de la ventana quedó a medio pintar, faltan los asientos de sillas y butacas y el cuarto parece un montón de escombros; un sordo e infinito odio hace nido en el corazón del niño. Cada fibra de su cuerpo clama por paz; ansia que llegue la noche, pero ni el sueño logra la tan anhelada calma, locas pesadillas despedazan su cerebro cortando cada idea en dos partes que se persiguen mutuamente pero nunca sé alcanzan; los músculos no pueden relajarse, todo el cuerpo se halla en constante actitud defensiva, a la espera de órdenes que pueden caer en cualquier momento como rayos para exigir el cumplimiento de tal o cual cosa totalmente carente de fin y de sentido.

Los juegos diarios en el jardín no nacen de sus ansias juveniles, la madre los ordena irreflexivamente, como todo lo que hace, para de inmediato ordenar su interrupción; la insistencia en una misma actividad se le antoja quietud, quietud contra la cual se cree obligada a luchar como contra la misma muerte. El niño no se atreve a alejarse del castillo, permanece siempre al alcance de su voz, siente que no hay escapatoria: un paso de más y ya se oye caer una palabra gritada desde el hueco de cualquier ventana para trabar el movimiento de sus pies.

La pequeña Sabina, una niña campesina que vive con la servidumbre y que es un año menor que Leonhard, sólo es avistada por él desde lejos, y si alguna vez logran permanecer reunidos por contadísimos minutos, cambian rápidas frases deshilachadas, como navegantes que se cruzan en el agua gritándose palabras apuradas al pasar.

El viejo conde, padre de Leonhard, está paralítico de ambas piernas; se pasa el santo día sentado en su sillón de ruedas que nunca sale de la biblioteca, siempre a punto de comenzar una lectura; pero tampoco aquí hay calma, cada tanto, imprevisiblemente, las manos de la madre se ponen a revolver entre los libros, les quitan el polvo o los golpean tapa contra tapa, los señaladores caen al suelo, tomos que recién estaban parados aquí aparecen de pronto tirados en cualquiera de los estantes superiores, o quedan formando desordenadas montañas sobre el piso, porque hubo que cepillar el tapizado justo detrás de donde se hallaban alineados. Y si la condesa se encuentra temporariamente en cualquiera de las otras estancias del castillo, la inquietante expectativa que crea la posibilidad de su regreso no hace sino aumentar el tormento mental que trae aparejada su presencia.

De noche, cuando las velas están ardiendo, el pequeño Leonhard se llega a hurtadillas hasta el rincón en que se halla su padre para hacerle compañía, pero nunca ningún diálogo llega a concretarse; algo se alza entre ellos como una pared de cristal a través de la cual es imposible todo entendimiento; a veces, como si repentinamente hubiese tomado la decisión de decirle a su hijo algo de gran importancia, el viejo abre la boca adelantando excitadamente la cabeza, pero las palabras se le ahogan siempre en la garganta, cierra de nuevo los labios, se limita a pasar con ternura y en silencio la mano por la ardiente frente del muchacho, pero al mismo tiempo su mirada escapa furtiva hacia la puerta cerrada que puede abrirse en cualquier momento para dar paso a una molesta interrupción.

Sombriamente, el niño intuye lo que sucede en el anciano pecho, que es un corazón desbordante, no el vacío, lo que hace enmudecer a su padre, y otra vez vuelve a alzarse en su garganta, amargo, el odio que siente por su madre, puesto que la sabe directamente relacionada con las hondas arrugas y la expresión desolada que agitan el rostro del viejo sentado entre los almohadones del sillón de ruedas; siente que comienza a despertar en él el silencioso deseo de que una mañana cualquiera encuentre a su madre muerta en la cama; y a la tortura de una permanente inquietud interior se une ahora la de una espera infernal; acecha cada uno de los rasgos de su cara para descubrir en ella alguna señal de enfermedad, observa su ir y venir constante con la esperanza de hallar por fin un signo de cansancio en alguno de sus movimientos. Pero esta mujer goza de una salud inquebrantable que la vivifica día a día, no se quebranta nunca, parece recibir siempre mayores fuerzas cuanto más sean los que a su alrededor se debilitan o sucumben de puro desaliento.

Por medio de Sabina y del resto de la servidumbre, Leonhard se entera de que su padre es un filósofo, un sabio, y que en todo ese montón de libros se alberga un montón de sabiduría, y entonces toma la infantil resolución de adquirir esa sabiduría... pueda ser que entonces logre derribar esa barrera que los separa, y que aquellas arrugas se alisen y se aquieten nuevamente, devolviéndole al triste rostro del anciano algo de su juventud perdida.

Pero nadie puede decirle qué es la sabiduría, y las patéticas palabras del sacerdote consultado: "el temor del Señor, esa es la sabiduría", no logran sino completar su confusión.

La inutilidad de consultar a su madre es para él algo tan definitivo, que de ello le nace lentamente la convicción de que todo lo que ella hace y piensa tiene que ser, por fuerza, todo lo contrario de la sabiduría.

Toma coraje en un momento en que quedaron solos, y le pregunta al padre qué es la sabiduría; lo hace con brusquedad e incoherencia, como alguien que pide auxilio; observa que los músculos comienzan a trabajar en el rostro afeitado de su padre, como esforzándose por hallar las palabras adecuadas para responder a las ansias de saber de un niño... él por su parte, siente que la cabeza le estalla en su afán por comprender el sentido de las palabras que por fin le dirige a borbotones.

Sabe perfectamente por qué caen tan presurosas y entrecortadas de la boca desdentada... ahí está nuevamente el miedo que despierta la posibilidad de una interrupción por parte de la madre, el temor de que las sagradas semillas puedan ser profanadas si las alcanza a tocar ese aliento destructor y prosaico que su madre exhala... temor de que esas mismas semillas se conviertan en acónito si son malentendidas.

Todo su esfuerzo por entender es inútil, ya se oyen los ruidosos y apresurados pasos que se acercan por el pasillo, las órdenes estridentes y el repulsivo rumor del negro vestido de seda. Las palabras de su padre se hacen cada vez más presurosas, Leonhard quiere captarlas y recordarlas bien para más tarde poder meditar acerca de ellas; intenta asirlas como si fueran dagas arrojadas al aire... se le escapan... sólo dejan heridas sangrantes.

Frases dichas casi sin aliento, tales como: "el ansia misma por conocerla ya es sabiduría"; "debes luchar por hallar un punto fijo en tí mismo, al que el mundo exterior no pueda vulnerar"; "contempla todo lo que sucede como a una pintura sin vida y no permitas que nada de ello te conmueva", se internan en lo más hondo de su corazón, pero llevan un antifaz que no le permite ver su verdadero rostro.

Quiere seguir preguntando, la puerta se abre de golpe, y sólo le llegan en jirones las últimas palabras del anciano: "deja que el tiempo se te escurra como si fuera agua", que le suenan como una ráfaga que pasa a su lado; la condesa se introduce gritando, un baldazo de agua es arrojado por sobre el umbral y un arroyo sucio busca su curso recorriendo las baldosas del piso. "¡No te quedes parado ahí sin hacer nada! ¡Trata alguna vez de hacerte útil!", tales los ecos que lo alcanzan cuando, desesperado, sale corriendo para refugiarse en su cuarto.

El cuadro de su infancia se desvanece y Maese Leonhard vuelve a ver la blanca helada que brilla a la luz de la luna frente a su ventana; las imágenes no son ni más claras ni más turbias que las de las escenas de aquellos años juveniles: para su mente aterida y clara como el cristal, la realidad y el recuerdo resultan igualmente vivos e igualmente muertos.

Pasa un zorro, estirado y sin un solo ruido; la nieve se eleva en fino y brillante polvillo allí donde su peluda cola rozara el suelo, los ojos brillan verdosos por entre los troncos y desaparecen entre la espesura del bosque.

Figuras flacas, pobremente vestidas, rostros inexpresivos e insignificantes, diferenciados por sus edades, y a pesar de ello tan semejantes entre sí, aparecen ahora de pronto delante de Maese Leonhard y puede oír a cada uno de ellos pronunciar

cuchicheando su nombre, nombres indiferentes y cotidianos que apenas alcanzan para identificar a quienes son sus dueños. A todos ellos los reconoce como a sus antiguos preceptores, que vienen y al mes se van; la madre nunca está conforme con ninguno, despidе a uno tras otro, no tiene ningún motivo, tampoco trata de encontrarlo; la cuestión es que estén ahí mientras ella así lo disponga y que luego se desvanezcan como pompas de jabón. Leonhard se ha convertido en un adolescente con un asomo de vello encima de la boca y tan alto como su madre. Cuando se encuentran frente a frente, sus ojos quedan a la misma altura; pero él no puede evitar mirar siempre para otro lado, no se atreve a ceder ante la tentación que lo aguijonea: someter esa mirada vacua y voluble y marcar en ella a fuego el odio mortal que le inspira; pero se traga ese odio aunque sienta que en su boca la saliva se le vuelve amarga como la hiel y que al tragarla se envenenará la sangre.

Busca y escarba en su interior sin poder hallar el motivo que lo vuelve tan impotente contra esa mujer de eterno y zigzagueante vuelo de murciélago.

En su cabeza comienza a girar un caos de pensamientos semejante a una rueda enloquecida, cada latido del corazón arrastra hacia su cerebro una nueva afluencia de ideas semiacabadas o semidestruidas y se las vuelve a llevar consigo.

Proyectos que no lo son, ideas que se contradicen a sí mismas, deseos sin objetivo, apetitos ciegos y voraces que se desplazan entre sí o se estrellan uno contra otros, emergen desde los torbellinos de su sangre y de su mente para ser absorbidos de inmediato por las mismas profundidades en que nacieron; hay gritos que se ahogan dentro del pecho sin llegar jamás hasta la superficie.

De Leonhard se apodera una salvaje y ululante desesperación que crece día a día; en cada rincón se le aparece, como un fantasma, el rostro odiado de la madre; cada vez que abre un libro, ese rostro se arroja sobre el suyo como una imagen terrorífica; ya ni se atreve a dar vuelta las hojas por temor a que se vuelva a repetir el mismo espanto, tiene miedo de girar la cabeza, no sea que esté parada, de carne y hueso, detrás de él: cada sombra puede convertirse en la corporización de sus temibles rasgos, su propio aliento suena como el negro vestido de seda.

Sus sentidos están heridos y le duelen como nervios a flor de piel; cuando está acostado en su cama no sabe, por momentos si está dormido o despierto, y cuando por fin el sueño lo vence, surge del piso la figura de ella en camisón, lo despierta y le grita: "¿Leonhard, estás durmiendo?".

Un sentimiento nuevo, extrañamente ardiente, se convierte en nuevo desasosiego, le oprime el pecho, lo persigue y lo impulsa a buscar la compañía de Sabina sin saber con claridad qué es lo que de ella espera; Sabina ya es toda una mujer y lleva faldas que le llegan hasta los tobillos; el susurro que produce su vestido lo excita aún más que el de su madre.

Con su padre ya no hay ninguna posibilidad de entendimiento, en su mente se ha hecho noche cerrada; a intervalos regulares los gemidos del anciano se filtran a través de la precipitada agitación que reina en la casa: hora tras hora lavan su cara con vinagre, ruedan su sillón de un lado para otro, martirizan al pobre agonizante hasta la muerte.

Leonhard entierra su cabeza entre los almohadones para no oír; un sirviente le tira de la manga: "Por el amor de Dios, pronto, con el señor conde todo se acaba". Leonhard se incorpora de un salto, no entiende dónde está ni que el sol está brillando ni cómo es posible que no se extinga el día en momentos en que su padre se está muriendo; tambalea, se dice a sí mismo en voz baja que todo no es más que un sueño, se precipita hacia la habitación del enfermo; hay toallas mojadas tendidas en cuerdas que atraviesan la estancia de lado a lado, hay canastos obstruyendo el paso, el viento entra soplando con fuerza por las ventanas abiertas y abolsa los lienzos tendidos... desde algún rincón impreciso llegan estertores.

Leonhard arranca las cuerdas y la ropa mojada da violentamente en el suelo, arroja todo a un lado y se abre camino hasta esos ojos velados que a la hora de caer el último telón le clavan su mirada vidriosa y ciega; cae de rodillas y aprisiona esa mano indiferente y cubierta por el sudor de la muerte; quiere pronunciar la palabra "padre" y no puede, súbitamente, parece haber huido de su memoria; la tiene en la punta de la lengua, pero el mismo pánico la sume instantáneamente en el olvido; lo asalta de pronto la loca idea de que el moribundo no puede volver en sí porque no le dice esa palabra, que esa sola y única palabra puede tener el poder de revivir, aunque sólo fuese por un corto momento, esa conciencia que se extingue y devolverla a los umbrales de la vida; se mece los cabellos y se golpea en la cara: miles de palabras afluyen a su boca, pero ésta, la que busca con mi corazón en llamas, no quiere aparecer... y los estertores se hacen cada vez más débiles.

Se detienen.

Comienzan de nuevo.

Se interrumpen.

Enmudecen.

La boca cae abierta.

Y así queda.

¡Padre!, suena el grito de Leonhard; la palabra apareció por fin, pero aquél a quien va dirigida ya no se mueve.

En las escaleras comienza el tumulto; voces que gritan, pasos que resuenan en los pasillos, el perro comienza a ladrar y cubre todo con sus aullidos. Leonhard no se da cuenta de nada, sólo puede ver y sentir la calma terrible que se expande sobre esa cara inerte; calma que llena la habitación, se refleja en él y lo envuelve. Un anestésico sentimiento de felicidad, algo que no ha sentido jamás, se posa blandamente en su corazón; es la sensación de una presencia inmóvil que se halla más allá del pasado y del futuro... una especie de mudo regocijo que transmite su fuerza alrededor de él, y en la que uno puede refugiarse para escapar del estridente torbellino que invade la casa, como en una nube que lo vuelve invisible.

El aire está lleno de brillo.

A Leonhard le brotan las lágrimas.

Un sonido violento –al abrirse la puerta– lo sobresalta, la madre lo enfrenta. "Ahora no es el momento de llorar; puedes ver muy bien que hay montones de cosas para hacer", las palabras lo golpean como latigazos. Nuevas órdenes se suceden, se anulan entre sí; las criadas sollozan, se las hace salir; los criados se empujan unos a otros mientras sacan los muebles al pasillo; cristales que se rompen, botellas de medicina se estrellan contra el piso; que llamen al médico, no: mejor al sacerdote; no, no, no: llamen al sepulturero y que no olvide traer la pala, y también un ataúd, y clavos; abran la capilla, hay que acondicionar la bóveda, enseguida, ya mismo, ¿qué esperan para encender las velas y cómo es posible que nadie se ocupe de amortajar el cadáver y de levantar el catafalco! ¿Es que hay que decirlo todo diez veces?

Leonhard comprueba espantado que el loco aquelarre de la vida no se detiene ante la majestad de la muerte, y que paso a paso va obteniendo la victoria en una guerra nauseabunda... siente que la paz de su interior se deshace como una tenue gasa.

Manos obsecuentes y serviles ya se han hecho cargo del sillón de ruedas y del muerto, ya lo alzan y se lo quieren llevar: Leonhard intenta interponerse entre él y ellos, protegerlo; alza indignado los brazos... pero los deja caer desalentado. Hace rechinar los dientes y se obliga a sí mismo a buscar los ojos de su madre para saber si en ellos puede leerse algún signo de duelo o de tristeza: ni por un segundo es posible captar su inquieta y errante mirada que, igual que un mono, salta de rincón a rincón, sube y baja, brinca y se desliza, de la puerta a la ventana, en una carrera demente que delata a una criatura sin alma... de la cual el dolor, como cualquier otro sentimiento, rebota como flechas contra un escudo, un repulsivo insecto gigantesco con forma de mujer que corporiza sobre este mundo la maldición que significa el trabajo estéril y falto de objetivo. Un paralizante terror invade el cuerpo de Leonhard, la contempla incrédulo como a un ser que viera por vez primera: para él su madre ya no tiene más nada de humano, se ha convertido en una criatura totalmente desconocida, perteneciente a un mundo demoníaco, mitad gnomos, mitad animal maligno.

El saber que es su madre hace que sienta su propia sangre como si fuera algo hostil que le carcome el cuerpo y el alma: una sensación que le eriza la piel, que lo asusta de sí mismo; quiere huir... lejos, muy lejos de su presencia; se refugia en el parque, ignora qué es lo que realmente quiere, adonde ir, choca contra un árbol, cae de espaldas al suelo, pierde la conciencia.

Maese Leonhard clava su vista interior en una imagen nueva que se mueve en su mente como en un delirio: la capilla, la misma en que ahora está sentado, se halla brillantemente iluminada por la luz de las velas, un sacerdote murmura delante del altar; hay un olor de flores que se marchitan, un ataúd abierto, el cadáver envuelto en su blanca capa de caballero feudal, las manos de amarilla cera plegadas sobre el pecho. Hay un brillo dorado en torno de las obscuras imágenes, hay hombres negros parados en semicírculo; labios que rezan, un hálito tenue y frío que sube desde abajo de la tierra; una puerta trampa de hierro con una cruz brillante se halla medio abierta, debajo hay un hueco negro que conduce a la cripta familiar. Apagados cánticos en idioma latino, la luz del sol detrás

de los vidrios de colores arroja reflejos verdes, azules y rojos sobre flotantes nubes de incienso; se oye el argentino e insistente sonar de una campana, la mano del sacerdote mueve el hisopo sobre la cara muerta... De pronto, en derredor todo se pone en movimiento, doce pares de guantes blancos se apresuran a levantar el ataúd del catafalco, colocan la tapa, las cuerdas se tensan, el ataúd desaparece en las profundidades de la bóveda; los hombres bajan por la escalera de piedra, sonidos huecos llenan el recinto, cruje la arenilla, reina una calma solemne. Caras graves van reapareciendo lentamente, la puerta trampa se inclina, se oye el chasquido de un cerrojo, de las junturas sale y se arremolina el polvo, la cruz brillante queda completamente vertical... Las velas se apagan y en su lugar vuelven a flamear las ramas secas del pequeño hogar, el altar y las imágenes de los santos se convierten nuevamente en paredes desnudas. Las piedras se hallan cubiertas de tierra, las coronas de flores enmohecen y se pudren, la figura del sacerdote se desvanece en el aire, Maese Leonhard está nuevamente consigo mismo... solo.

Desde que el viejo conde ha muerto, hay algo que fermenta entre la servidumbre; la gente comienza a negarse a obedecer órdenes absurdas, uno tras otro lía su hatillo y se marcha... Los pocos que van quedando se vuelven rebeldes y trabajan a regañadientes, realizando únicamente las tareas más necesarias, y no responden cuando se los llama.

Con los labios apretados, la madre de Leonhard sigue, lo mismo que antes, su loca carrera a través de todas las estancias y alcobas del castillo, pero le falta el séquito; temblando de furia trata de correr los pesados muebles, pero éstos permanecen en el mismo lugar como si estuviesen atornillados al piso, nada responde a sus intentos desmanados, los cajones de las cómodas se atascan, no se abren ni se cierran; todo lo que toca se le cae de las manos, nadie lo levanta; miles de cosas se encuentran dispersas por todas partes, el desorden crece y se acumula y se convierte en un sinfín de barreras y obstáculos. Pero no hay nadie que restablezca el orden. Los estantes de la biblioteca resbalan de sus puestos, un alud de libros inunda la habitación, ahora es ya imposible llegar hasta la ventana y entonces el viento la sacude tanto que los vidrios se rompen; la lluvia entra a raudales y pronto el moho comienza a cubrirlo todo con su capa gris. La condesa brama como loca, golpea con los puños contra las paredes, jadea, chilla, rasga en jirones todo lo que se deja rasgar. La rabia impotente de saberse desobedecida, el hecho de que incluso su propio hijo –qué desde su caída sólo puede moverse trabajosamente ayudado por un bastón– no pueda ser utilizado como sirviente, la pone frenética y le quita el último resto de juicio que le queda: se pasa horas enteras hablando sola, rechina los dientes, da alaridos, corre por los pasillos como un animal salvaje.

Pero lentamente se va operando en ella una transformación extraña, sus rasgos se convierten en los de una bruja, sus ojos adquieren una tonalidad verdosa; como a la vista de fantasmas, aguza de pronto el oído clavando la mirada en el vacío, y sin dirigirse a nada ni a nadie, pregunta: "¿qué, qué, qué, qué debo hacer?".

El demonio que habitara en ella va dejando caer poco a poco su máscara, su accionar irracional y torpe de antes va dejando lugar a una maldad consciente y calculada. Ahora deja a los objetos en paz, no toca nada; el polvo y la suciedad se acumulan en todas partes,

los espejos se empañan, el jardín se llena de maleza, no hay cosa que esté en su verdadero lugar, los utensilios más necesarios son inhallables; los sirvientes se declaran dispuestos a enmendar por lo menos lo peor de esta pesadilla, ella lo prohíbe con palabras ásperas y bruscas... no le importa que todo esté patas arriba, que las tejas se caigan del techo, que las maderas se pudran y los lienzos se enmohezcan; con taimada malicia observa como el antiguo desasosiego de los que la rodean es reemplazado por otra clase de tormento, el ambiente está invadido ahora por un desagrado que produce desesperación; ya no le dirige más la palabra a nadie, ya no imparte órdenes, pero todo lo que hace lo emprende con el solapado propósito de mantener a la servidumbre en constante estado de alarma. Juega a estar loca. Se cuelga de noche en los cuartos de las criadas, arroja estrepitosamente jarrones al suelo, estalla en agudas carcajadas. Usar los cerrojos no sirve para nada: tiene copia de todas las llaves del castillo; no hay una sola puerta que no pueda ser abierta de súbito y en cualquier momento. No se toma ni siquiera el tiempo de peinarse, los cabellos le cuelgan en greñas a lo largo de las sienes, come caminando, ya no se acuesta a dormir. Anda vestida a medias, para que el crujir de su pollera no delate sus pasos; se desliza en puntas de pie sobre zapatillas de felpa, para poder hacer su repentina aparición, a modo de fantasma, como filtrada a través del ojo de la cerradura.

Sus rondas a la luz de la luna la llevan incluso hasta las cercanías de la capilla. Ya nadie se atreve a acercarse a ese lugar; comienza a correrse la voz de que han visto al espectro del conde muerto merodear por los alrededores.

Nunca se deja prestar ninguna clase de ayuda, todo lo que necesita se lo procura ella misma; ahora sabe perfectamente que sus apariciones silenciosas y fantasmales despiertan más temor entre la supersticiosa servidumbre que su despotismo anterior; los habitantes de la casa ya sólo se comunican entre sí mediante cuchicheos, nadie se atreve a decir una sola palabra en voz alta, todos parecen tener la conciencia intranquila aunque no exista el menor motivo para ello.

Pero sus miras están puestas muy en particular sobre su hijo; toda ocasión le parece propicia para hacer valer alevosamente la superioridad natural que le otorga su condición de madre, tratando de ahondar en él una sensación de dependencia, alimentar el angustiante temor que le da el saberse siempre observado y atizarlo hasta convertirlo en la obsesión delirante de ser atrapado en algo que no ha cometido y en la pesadilla de una constante sensación de culpabilidad.

Cuando él, de tanto en tanto, le dirige la palabra, ella le contesta con muecas burlonas que lo hacen enmudecer y sentirse como un criminal que lleva su propia abyección escrita en la frente como un estigma; el sordo temor de que ella pueda leer sus pensamientos más secretos y saber de su secreta alianza con Sabina, ha llegado a convertirse en horrible certeza cada vez que siente su punzante mirada fija en él: el mínimo ruido lo obliga a componer rápidamente una expresión despreocupada e inocente, que menos logra cuanto más se lo propone.

Cierto secreto anhelo, cierto enamoramiento, comienza a tejer sus finos hilos entre él y Sabina. Se intercambian esquelitas a hurtadillas y lo creen pecado mortal; ahogados por el aire pestilente de saberse continuamente perseguidos, los sentimientos tiernos se marchitan y son reemplazados por un ardiente e indomable deseo animal. Se apostan en el



cruce de dos pasillos donde, si bien no pueden verse, uno de ellos tiene que poder notar a tiempo la llegada de la condesa; así conversan, y acuciados por el miedo de perder alguno de esos costosos minutos, llaman a las cosas crudamente por su nombre, sin circunloquios, caldean mutuamente sus sangres cada vez más.

Pero el espacio en que se mueven parece estrecharse día a día. La vieja, como si intuyera algo, clausura el segundo piso del castillo, luego el primero; sólo queda habilitada la planta baja donde la servidumbre entra y sale permanentemente; alejarse del castillo está terminantemente prohibido, el parque no brinda escondrijos, ni de día ni de noche; cuando lo ilumina la luz de la luna, pueden divisarse sus siluetas desde las ventanas, si la noche está oscura, corren continuamente el riesgo de ser perseguidos y sorprendidos, estén donde estén.

Sus deseos crecen hasta la concupiscencia a medida que se ven obligados a reprimirlos; derribar abiertamente las barreras que los separan es algo que ni se les ocurre: la obsesión de hallarse indefensos como esclavos, bajo el dominio de un extraño poder demoníaco que puede disponer a su antojo de la vida y de la muerte, es algo que se les ha inculcado tan hondamente desde la niñez, que en presencia de la condesa no se atreverían ni siquiera a mirarse en los ojos.

Un verano ardiente quema las praderas, la tierra se abre de tan seca, de noche el cielo es partido en mil pedazos por los rayos. La hierba, amarilla, embriaga los sentidos con su tibio aroma de pastizal, el aire caliente se agita alrededor de los muros; el ardor de los dos jóvenes alcanza su punto máximo; tanto sus pensamientos como sus acciones se dirigen a un solo objetivo, y cada vez que se ven apenas si pueden dominar la tentación de caer uno sobre el otro.

Sus noches son siempre afiebradas e insomnes, acosadas por anhelos salvajes; cada vez que abren los ojos ven a la madre de Leonhard espiando a través de puertas o ventanas, oyen sus pasos furtivos pasar delante de los umbrales; perciben todo ello mitad como cosa real y cierta, mitad como producto de una alucinación, un sueño, pero apenas si los preocupa, sólo aguardan la llegada del día próximo, y tratar, por fin, cueste lo que cueste, de encontrarse en la capilla.

Permanecen en sus cuartos durante toda la mañana acechando detrás de la puerta – conteniendo el aliento y temblando de pies a cabeza– para obtener un indicio de que la vieja se encuentra en algún lugar apartado del castillo.

Las horas van transcurriendo en un tormento que les funde los huesos; llega el mediodía, en el interior de la casa se deja oír un ruido de ollas y vajilla que les brinda cierta sensación de seguridad; salen corriendo al jardín; la puerta de la capilla está apenas entornada, la abren de un golpe y la cierran dando un fuerte portazo.

No se dan cuenta de que la puerta trampa que lleva a la cripta se halla entreabierta, apuntalada por un taco de madera... no ven el negro hueco que se abre en el suelo, tampoco sienten el aire helado que sale de la bóveda mortuoria; se devoran con la mirada como animales de rapiña; Sabina intenta decir algo, sólo puede emitir un ronco balbuceo; Leonhard le arranca las ropas del cuerpo, se arroja sobre ella; jadeantes y encarnizados se trenzan como embravecidos contrincantes.

En la embriaguez de los sentidos pierden conciencia del mundo que los rodea; pasos silenciosos se arrastran hacia arriba por los escalones de piedra, los oyen claramente, pero en esos instantes lo toman con la misma indiferencia con que oirían el murmullo del follaje.

Aparecen dos manos en el borde superior del pozo, buscan apoyo en los cantos de las lajas.

Lentamente alguien va surgiendo del suelo; Sabina lo ve con ojos entornados como detrás de un velo rojo; la sacude de pronto el reconocimiento de la verdadera situación, suelta un grito estridente: es la horrible vieja, esa temible omnipresencia que ahora sale de la tierra.

Espantado, Leonhard se incorpora de un salto, mira como paralizado la mueca burlona que se dibuja en el rostro de su madre, y entonces estalla en él esa loca rabia siempre contenida; de un solo puntapié derriba el taco de madera y con él la puerta que apuntala; ésta se precipita y da ruidosamente en el cráneo de la vieja arrojándola hacia lo más profundo de la bóveda, oyéndose claramente el sonido seco que produce su cuerpo al estrellarse.

Incapaces de mover un solo músculo, de pronunciar una sola palabra, los dos jóvenes se quedan parados, cada uno con la mirada clavada en la cara del otro. Sus piernas se niegan a sostenerlos.

Sabina se pone de cuclillas para no caerse, esconde la cara entre las manos; Leonhard se arrastra hasta el reclinatorio.. Puede oírse el entrechocar de sus dientes.

Pasan los minutos. Ninguno de los dos se atreve a moverse, sus miradas se esquivan; y de pronto, como movidos por el mismo resorte, como si los acuciara idéntico pensamiento, se lanzan hacia la puerta, salen afuera, regresan al castillo como perseguidos por todos los demonios.

La luz del crepúsculo convierte el agua del pozo en un charco sangriento, las ventanas del castillo parecen estar en llamas, las sombras de los árboles se van alargando hasta asemejarse a largos y negros brazos que se extienden tanteando con sus flacos dedos por el césped, pulgada tras pulgada, para ahogar el último canto de los grillos. El brillo de la luz se opaca bajo el aliento del anochecer. Se tiende el azul profundo de la noche y lo va cubriendo todo.

Inquieta y dubitativa, la servidumbre intercambia conjeturas acerca de dónde puede hallarse la condesa; le preguntan al joven amo, pero él se encoge de hombros y vuelve el rostro para que nadie pueda notar su palidez mortal.

Faroles encendidos atraviesan oscilantes el parque; recorren los bordes del estanque, iluminan las aguas, que negras como la brea, rechazan con indiferencia los rayos luminosos; la hoz de la luna lo sobrenada todo y las zancudas se agitan asustadas entre los juncos.

Al viejo jardinero se le ocurre soltar el perro; comienzan a rastrear la helada, los ladridos largos y tendidos llegan desde cada vez más lejos; Leonhard se sobresalta cada

vez que los escucha, se le erizan los cabellos y se le congela la sangre, pues cree que puede ser su madre la que grita bajo tierra.

El reloj da la medianoche, el hombre aún no ha vuelto, la sensación incierta de una desgracia irrevocable se expande entre la servidumbre; todos se han sentado apretujados en la cocina, se relatan entre ellos historias escalofriantes acerca de personas que desaparecieron misteriosamente para volver luego convertidos en ogros que merodean por los cementerios y se alimentan de los cuerpos de los muertos.

Transcurren los días y las semanas: no hay rastros de la condesa; alguien le propone a Leonhard que haga decir una misa por la salvación de su alma, pero él rechaza violentamente tal propuesta. Ordena vaciar la capilla, sólo queda en ella su reclinatorio de dorada madera tallada, en el que Leonhard permanece durante horas, meditando; no tolera que nadie entre en el recinto. Las mentes campesinas comienzan a dar vida a numerosas habladurías, una de las cuales sostiene que, si se mira por el ojo de la cerradura, se puede ver al joven conde con la oreja apretada contra el suelo, como escuchando algo que sucede abajo, en la bóveda.

De noche duerme con Sabina en la misma cama, no les importa que todos sepan que viven juntos como marido y mujer.

El rumor acerca de un asesinato llega hasta el pueblo, no hay modo de acallarlo, comienza a tomar cada vez más cuerpo entre los lugareños; cierto día llega en su diligencia amarilla un secretario del ayuntamiento, semirraquítico y tocado con peluca, que se apea delante de la puerta principal del castillo: Leonhard se encierra con él durante largas horas; el hombre vuelve a partir, pasan meses y no se oye más nada de él, no obstante, los chismes maliciosos siguen corriendo de boca en boca.

Nadie pone en duda que la condesa tiene que estar muerta, pero sigue viviendo entre ellos como un fantasma invisible que logra hacer sentir su maligna presencia.

Todos miran a Sabina con mirada torva –de alguna manera se la considera culpable de lo sucedido– y todas las conversaciones se interrumpen cuando aparece el joven conde.

Leonhard simula no darse cuenta de nada, hace gala de un aire altanero que provoca rechazo.

Dentro de la casa todo sigue como antes; las plantas trepadoras se apoderaron totalmente de los muros, en las habitaciones han anidado ratones, ratas y lechuzas, el techo está resquebrajado, las vigas se van pudriendo poco a poco.

Sólo en la biblioteca se ha restablecido un relativo orden, pero los libros están enmohecidos por las mojaduras de la lluvia y apenas si son legibles.

Leonhard se pasa días enteros doblado sobre los viejos tomos y trabajosamente trata de descifrar las hojas borroneadas que llevan la inclinada escritura de su padre; y siempre exige que Sabina se mantenga cerca suyo.

Cada vez que ella se aleja, Leonhard se siente presa de una salvaje inquietud, hasta en la capilla no entra ya si no es con ella; pero nunca se dirigen la palabra, sólo de noche, cuando está acostado a su lado, le acomete una suerte de delirio y su memoria escupe frases interminables, balbuceantes y apuradas, todo lo que saca durante el día de los libros; él sabe perfectamente por qué lo hace, que no es sino una lucha desesperada que

libra su cerebro para defenderse con cada una de sus fibras de la espantosa imagen de su madre asesinada, que amenaza con tomar forma entre las sombras de la noche, y del sonido escalofriante producido por la puerta trampa, que lo persigue y que amenaza con meterse nuevamente en sus oídos si él cesa de acallarlo con el sonido de sus propias palabras. Sabina lo escucha rígidamente inmóvil, no lo interrumpe nunca, pero él siente que ella no entiende nada de lo que le oye decir, lo puede leer claramente en el vacío de sus ojos que miran siempre hacia el mismo punto lejano que ciertamente debe representar algo en que tampoco ella puede dejar de pensar.

Los dedos de ella sólo responden a la presión de los suyos después de largos minutos, de su corazón ya no le llega eco alguno; él trata de arrojar a ambos en el torbellino de la pasión para hallar así el camino que los devuelva a los días que quedaron detrás de aquél suceso y también un punto de partida para una existencia nueva. Sabina se deja estar entre sus brazos como sumida en un profundo sueño, y él ve crecer con espanto su vientre embarazado, donde un niño va cobrando vida, para dar testimonio de un asesinato.

Duerme pesadamente y sin sueños, pero ni aún así llega el olvido; no es más que un hundirse en una soledad sin límites, en la que incluso el cuadro de la desgracia desaparece de la vista dejando atrás nada más que una sensación de angustia que le atormenta el pecho. Es como si se obscurecieran de pronto todos los sentidos, es la misma sensación que la del hombre, que con ojos cerrados espera que con el próximo latido de su corazón le llegue el golpe de hacha del verdugo.

Cada mañana, cuando despierta, Leonhard se propone firmemente escapar de la prisión en que lo encierran sus recuerdos; rememora las palabras de su padre que lo instaban a buscar un punto fijo dentro de él..., pero entonces su mirada cae sobre la cara de Sabina, ve como trata de sonreírle sin conseguir en sus labios otra cosa que una tiesa mueca, y de nuevo comienza la loca huida de sí mismo.

Resuelve despedir a la servidumbre, no queda nadie más que el viejo jardinero y su mujer; pero ahora es el acecho de la soledad el que aumenta su tormento, el fantasma del pasado está cada vez más vivo.

No es ni su conciencia ni el sentirse culpable de una acción sangrienta lo que hace de Leonhard un ser tan desgraciado... nunca sintió remordimiento; el odio a la madre sigue siendo tan intenso como el día en que murió el padre; pero el que ahora esté nuevamente presente en todas partes como una sombra invisible, interponiéndose entre él y Sabina como un espectro informe e indomable, el que tenga que sentir constantemente esa mirada terrible fija en, él y que tenga que llevar siempre consigo la escena de la capilla como una llaga supurante, eso es lo que lo atormenta hasta perder la razón.

Él no es de los que creen que los muertos pueden hacer su aparición sobre la tierra, pero ahora constata con espanto que pueden seguir viviendo de una manera mucho más terrible, sin ningún tipo de disfraz o de envoltura, como mera influencia del diablo contra la cual no hay protección posible, ni puerta ni cerrojo, ni maldición ni rezo; lo comprueba toda vez que mira a Sabina. Cada objeto de la casa despierta el recuerdo de su madre, no hay cosa que no esté contaminada por su mano, que no haga renacer en él minuto a

minuto su aborrecida imagen; los pliegues de los cortinados, las arrugas de la ropa, las vetas de la madera, las rayas y puntos de las baldosas... cuanto ve adopta la forma de su rostro; el parecido con sus propios rasgos lo asalta cada vez que se mira en el espejo, los latidos de su corazón se congelan de puro miedo a que pueda suceder lo imposible; que el semblante de él se convierta de pronto en el de ella..., que tenga que cargar con esa cara hasta el fin de su vida como una siniestra herencia.

El aire está preñado por su asfixiante y espectral presencia; el crujido de las maderas del entarimado suena como provocado por el paso de sus pies; no logran espantarla ni el calor ni el frío, ya sea en otoño o en los gélidos días de invierno, aunque sople la brisa suave de la primavera, todo no hace más que rozar la superficie, no hay estación del año ni transformación externa que pueda borrarla, ahuyentarla; su búsqueda en pos de una imagen nítida, corpórea, es ininterrumpida, su meta es hacerse visible, hallar una forma concreta y perdurable.

Leonhard está íntimamente convencido –y siente ese peso como el de una roca inmensa– de que esta aspiración de su madre muerta se verá cumplida un día, aunque no pueda imaginar cómo ni cuándo habrá de ser.

Sólo su propio corazón puede darle la ayuda que pide ya que, así por fin lo ha entendido, el mundo exterior está confabulado con ella. Pero la semilla que alguna vez su padre intentara sembrar en su alma parece haber marchitado; el breve momento de alivio y sosiego que sintiera entonces ya no se vuelve a repetir nunca más; por mucho que se esfuerza en revivir aquel estado de ánimo, sólo consigue convocar sensaciones banales e insípidas que son como flores de papel que carecen de perfume y se sostienen sobre horribles tallos de alambre.

Leonhard intenta insuflarles vida leyendo libros que puedan anudar el lazo espiritual que lo une con su padre; pero los ecos que él aguarda siguen callados, todo continúa siendo nada más que un laberinto de conceptos.

Escarbando con el viejo jardinero bajo el montón de tomos apilados cae en sus manos una serie de extraños objetos: pergaminos cubiertos con escrituras cifradas, imágenes que representan un macho cabrío con cara de hombre y cuernos de diablo y caballeros con capas blancas, las manos juntas, como en oración, cubriéndoles el pecho una cruz, cuyas extremidades representan cuatro piernas humanas, que con las rodillas formando el vértice de un ángulo recto, parecen estar corriendo en la misma dirección que las agujas del reloj. "Es la cruz satánica perteneciente a la orden del Temple", le explica de mala gana el jardinero; un pequeño retrato borroneado por el tiempo mostrando a una matrona con un vestido muy pasado de moda y que según reza el nombre que se halla bordado con cuentas de colores, es su abuela... con dos niños sentados en su regazo, un niño y una niña, cuyos rasgos son tan extrañamente familiares que no puede apartar por largo tiempo la mirada de ellos, y entonces nace en él la vaga sospecha de que deben ser sus propios padres aunque toda evidencia indique que se trata de hermanos.

El súbito desasosiego en el rostro del anciano, el modo en que esquivo su mirada y simula no haber oído la pregunta acerca de quiénes son esos dos niños, refuerzan en Leonhard la sospecha de que está a punto de descubrir un secreto que le atañe a él directamente.

En el mismo estuche del retrato encuentra también un atado de cartas amarillentas; Leonhard se apodera de ellas y resuelve leerlas ese mismo día.

Es la primera noche, después de mucho tiempo, que pasa sin Sabina; ella se siente demasiado débil, prefiere estar sola, se queja de dolores.

Leonhard se pasea en la estancia en que murió su padre, camina impaciente de un rincón a otro; las cartas están sobre la mesa... quiere comenzar a leerlas..., pero hay algo, no sabe qué, que lo decide a postergar el temible momento una vez más.

Lo estrangula una angustia nueva e incierta, y es como si alguien estuviera detrás de él amenazándolo de muerte; sabe que esta vez no es la presencia intangible y fantasmal de su madre la que le hace brotar de sus poros el sudor del miedo... son las sombras de un pasado lejano que está íntimamente ligado a esas cartas y que ahora lo acechan para arrastrarlo a él también hasta las profundidades de su reino.

Se acerca a la ventana, mira hacia afuera: todo es silencio de muerte alrededor; dos estrellas están muy juntas en la parte sur del cielo, su aspecto le resulta particularmente extraño, lo excita y no sabe por qué... es como un presentimiento de que algo muy grave está por ocurrir de un momento a otro; esas dos estrellas se le antojan las puntas luminosas de dos dedos dirigidos hacia él.

Se vuelve nuevamente hacia el interior de la habitación, las llamas de las dos velas que están sobre la mesa aguardan inmóviles cual dos amenazadores mensajeros procedentes del más allá; parecería que su resplandor viniera de muy lejos... de un lugar en que ninguna mano mortal podría haberlas colocado; imperceptiblemente se va acercando la hora, y en silencio, como cae la ceniza, las agujas del reloj siguen girando.

Leonhard cree haber oído un grito proveniente de la parte baja del castillo; escucha: el silencio es total.

Lee las cartas: delante de él se va desarrollando la vida de su padre; es la lucha de un espíritu indomable que se rebela contra todo lo que es ley; Leonhard descubre a un titán que no tiene ninguna semejanza con el anciano quebrantado en su silla de ruedas; lo que puede ver ahora es la figura de un hombre capaz de pasar por encima de cadáveres si fuese necesario, y que al igual que todos sus antepasados, se ufana de ser un caballero de los templarios legítimos que ensalzan a Satanás como al verdadero creador del universo y que consideran la sola palabra "misericordia" como un oprobio irreparable. Entremezcladas con las cartas hay páginas de un diario que describen los tormentos de un alma sedienta y que insinúan la impotencia de un espíritu vacilante roído por las polillas de la vida cotidiana, y que ve una única salida: tomar el camino de regreso por una senda que conduce hacia la obscuridad total pasando por todos los abismos hasta terminar fatalmente en locura, y que, por consiguiente, niega toda tentativa de "retorno".

A través de todo ello puede seguirse, como trazada por un hilo rojo, la huella dejada por todo un linaje, que en este caso ha sido hostigado durante siglos hasta llegar a cometer crimen tras crimen... un legado siniestro que va pasando de padres a hijos y que los condena a no tener paz interior, nunca, pues siempre habrá una mujer, ya sea la madre, la esposa o la hija, ya sea como víctima de un hecho de sangre o como instigadora del

mismo, que obstruirá el camino que conduce al reposo espiritual; mas también siempre habrá momentos, después de períodos de honda desesperación, en que brille la esperanza con la misma luminosidad de una estrella invencible: "A pesar de todo sabemos que habrá uno de nuestra casta que permanecerá erguido, que pondrá fin a esta maldición y que merecerá el título y la corona de Maestro".

Con la sangre atropellándosele en las venas, Leonhard se va enterando de la gran pasión de su padre por... su propia hermana y de episodios que le permiten descubrir que él, Leonhard, es fruto de esa unión, y no solamente él... ¡también Sabina!

Ahora entiende cómo es posible que Sabina no sepa quiénes son sus padres, y el hecho de que no exista indicio alguno que delate su verdadero origen; ve cómo el pasado va cobrando vida y comprende: es su mismo padre quien trata de protegerlo al disponer que Sabina se eduque como una simple campesina –como una sierva de la condición más baja–, para que ambos, hijo e hija, no corran nunca el peligro de saberse producto de un incesto, aún en el caso en que se repitiera en ellos la maldición de sus mayores y se unieran, a su vez, como marido y mujer.

A Leonhard le es revelado todo, palabra por palabra, a través de una carta de su padre, quien lleno de temor le escribe a su futura esposa para instarla a que no delate su secreto y tome todos los recaudos necesarios para impedir cualquier descubrimiento futuro, y que por lo tanto quemase esa carta.

Conmovido, Leonhard intenta apartar sus ojos pero algo lo obliga a seguir leyendo, lo atrae como un imán... presiente que aún le quedan cosas por saber que, según teme, se asemejan a los hechos que sucedieron en la capilla y que van a conducirlo hasta los extremos mismos del espanto cuando se entere de ellas. Súbitamente, con la claridad que produce el rayo que rasga las tinieblas, se le revela a través de todo lo sabido la perfidia de una fuerza enorme y demoníaca, que oculta tras la máscara de un destino implacable, se ha propuesto destrozarse metódicamente su vida disparando una flecha envenenada tras otra desde un escondrijo invisible hasta que caiga vencido, quebrada ya la última fibra de su confianza y de su espíritu, sin otra alternativa que la de someterse al mismo destino de sus antepasados. Un sentimiento bestial lo invade, hace presa de él, sostiene la carta en la llama de la vela hasta que la última partícula de papel amenaza con quemarle la yema de los dedos, y en sus entrañas lo quema un rencor salvaje e irreconciliable contra el monstruo satánico en cuyas manos se halla la dicha y la desgracia de los seres. En sus oídos resuena el milenario grito de venganza lanzado por tantos linajes sucumbidos bajo el golpe del destino, cada uno de sus nervios se convierte en un puño, su alma es un solo grito de combate.

Siente que debe realizar algo enorme que estremezca cielo y tierra, siente que tras suyo se halla apostado un infinito ejército de muertos, las miríadas de ojos clavados sobre él, a la espera de un solo movimiento de su mano: para seguirlo a él que está vivo y que es el único que los puede conducir a la batalla para derrotar al enemigo común.

Tambaleando bajo los golpes de esa oleada de fuerza que se arroja sobre él, se levanta, mira a su alrededor: ¿qué, qué, qué hacer primero? ¿Incendiar la casa, despedazar su propio cuerpo, salir cuchillo en mano y derribar todo lo que se cruce en su camino?

Cualquiera de estas acciones se le antoja diminuta; la conciencia de su propia pequeñez lo abruma, pero se rebela contra ella con juvenil obstinación, intuye una mueca burlona que lo observa desde todos los lugares de aquella estancia y que lo aguijonea y estimula nuevamente.

Intenta hacer gala de sensatez ante sí mismo... emula el gesto del guerrero experto y prudente; se llega hasta el arcón del dormitorio, llena sus bolsillos con oro y joyas, toma su capa y su sombrero, sale y atraviesa la niebla de la noche sin una sola despedida, el pecho invadido por planes confusos e infantiles: irá sin meta por el mundo para retar y vencer al amo del destino.

El castillo desaparece a sus espaldas entre las brumas blanquecinas; quiere evitar pasar delante de la capilla pero no puede, el hechizo que ejerce sobre él la maldición que pesa sobre todo su linaje no lo suelta... lo intuye, lo presiente; se obliga a sí mismo a seguir siempre derecho hacia adelante, durante horas, pero el espectro del recuerdo se mantiene a su lado, paso a paso; el negro follaje de los árboles se alza y vuelve a caer, aquí y allá, lo mismo que la puerta trampa; de pronto se atormenta pensando en la suerte de Sabina: sabe que es lazo maldito que le tiende la sangre materna –la misma que recorre sus propias venas– el que pretende frenar sus ímpetus y apagar el joven fuego de su entusiasmo bajo una gris ceniza insípida; se defiende con todas sus fuerzas, sigue" caminando a tientas, de tronco a tronco, hasta que a lo lejos divisa una luz que oscila en el aire a la altura del tamaño de un hombre, corre hacia ella, la pierde de vista, la ve otra vez brillar entre la niebla, cada vez más cerca, con la seducción de un fuego fatuo; es como una senda que lo obliga a seguir su trazo, zigzagueando de izquierda a derecha.

Un grito apagado y misterioso, apenas perceptible, atraviesa trémulo la noche.

Súbitamente, se alzan ante Leonhard altos y negros muros en medio de las sombras, ve una ancha puerta abierta y reconoce... su propia casa.

Todo no ha sido más que una larga caminata en círculo alrededor del castillo, en torno al punto de partida.

Entre exhausto y vencido, baja el pomo de la puerta que conduce al cuarto de Sabina, y de pronto lo atrapa la gélida, mortal e incomprensible certidumbre de que en esa habitación está su madre en persona, de carne y hueso, un cadáver devuelto a la vida que allí lo está esperando.

Quiere volverse, refugiarse nuevamente en la obscuridad de la noche, no puede: una fuerza irresistible lo obliga a abrir la puerta.

Adentro yace Sabina, desangrada, con los ojos cerrados, blanca como un lienzo, y delante de ella se agita el cuerpo desnudo de una criatura recién nacida –una niña– con la cara arrugada y la mirada vacía e inquieta; en su frente hay una señal sangrienta... es, rasgo por rasgo, el vivo retrato de la mujer asesinada en la capilla.

Maese Leonhard ve a un hombre corriendo por los campos con la ropa desgarrada por espinas: es él mismo, tal como se lo viera huyendo horrorizado del castillo, arrojado de su propia casa por la firme mano del destino... exento ahora del vanidoso deseo de realizar grandezas...



En su memoria, la mano del tiempo va construyendo una ciudad tras otra: oscuras y luminosas, grandes y pequeñas, insolentes y tímidas, y una tras otra las vuelve a demoler; ahora aparecen ríos semejantes a largas serpientes plateadas, y grises estepas, y un traje de arlequín hecho de campos cultivados, verdes, marrones y morados; carreteras polvorientas, álamos puntiagudos, praderas aromáticas, animales que pastan y perros que mueven felices la cola; Cristos en los cruces de los caminos, blancos mojones; gentes, jóvenes y viejos; lluvias, los brillos del rocío, los ojos dorados de un sapo que se asoma desde un charco, herraduras con clavos oxidados, cigüeñas de una sola pata, cercos descascarados, flores amarillas, cementerios y nubes de algodón, el vapor de las alturas y el fuego de las fraguas; imágenes que vienen y se van –como el día y la noche– desapareciendo en el olvido y volviendo a aparecer como niños jugando al escondite ... cada vez que un olor, un eco o una voz muy queda las reclama...

Junto a Leonhard van pasando países, fortalezas y castillos, lo acogen cordialmente, el nombre de su linaje es bien conocido, lo tratan con amistad y con recelo.

Habla con los habitantes de las villas, con los vagabundos, buhoneros, soldados y sacerdotes; dentro suyo, la sangre de su madre lucha con la sangre de su padre; lo que hoy lo llena de maravillado asombro reflejando la cola multicolor de un pavo real hecha de miles de partículas de cristal, se le antoja mañana gris y vano, según cual de sus padres obtenga su respectiva victoria temporaria... después retornan otra vez las espantosas horas en que ambas corrientes de vida se confunden y le permiten revestirse nuevamente con su propio yo, y entonces surgen otra vez los antiguos terrores que alberga su memoria y él vuelve a seguir –sordo, ciego y mudo– su camino, paso tras paso, envuelto en las marañas del pasado... entonces puede ver, Reflejada entre pupila y párpado, la cara anciana de la recién nacida, las inmóviles y vigilantes luces de aquellas dos estrellas que estaban esa noche tan juntas en el cielo, la carta, el castillo huraño y sórdido, Sabina muerta y sus blanquísimas manos cadavéricas, oye el balbuceo de su padre moribundo, el rumor de la seda del vestido de su madre y el crujir de un cráneo que se parte.

De tanto en tanto vuelve a hacer presa de él el temor de estar caminando –como aquella otra vez– en círculo... Todo bosque que conoce en el extranjero amenaza con convertirse en el parque *familiar*, detrás de cada muro puede hallarse su propia casa, las caras con que se cruza se parecen cada vez más a las de los criados y criadas de su juventud; se refugia en las iglesias, pernocta al aire libre, deambula detrás de procesiones, se emborracha en tabernas junto a prostitutas y ladrones, con el intento siempre de ocultarse de los ojos acechantes del destino para que nunca más lo pueda encontrar. Resuelve convertirse en monje: el abate del monasterio se escandaliza cuando oye su confesión y el nombre de su casta, sobre la que pesa la maldición de los Caballeros del Temple; se arroja de cabeza en el torbellino de la vida, pero ésta lo rechaza; sale en busca del diablo; el mal está en todas partes pero no le es imposible hallar a su instigador; lo busca en su propio yo, y en ese mismo instante su propio yo desaparece... sabe: tiene que estar en alguna parte ya que él no deja de sentirlo en ningún momento, aquél que busca es otro cada día, es como un arco iris que se deshace en el aire en cuanto trata de atraparlo con la mano.

Donde quiera que mire ve la sombra de la cruz de Satanás formada por cuatro piernas humanas que corren: en todas partes los seres procrean sin sentido, lo mismo crecen y sin sentido mueren; siente que el seno del que surge ese padecimiento interminable podría hallarse oculto detrás de ese molino de viento que se mueve eternamente, pero la ceniza en torno de la cual giran sus aspas permanece inasible para él, cual si fuere un mero punto geométrico.

Por el camino ve un fraile mendicante, Leonhard se le une; ora con él, ayuna con él y es casto como él; los años van cayendo como las cuentas de un rosario, nada cambia, ni por dentro ni por fuera, pero el sol parece más opaco.

Como siempre, a los pobres se les quita y a los ricos se les da; cuanto mayor la vehemencia con que mendiga pan, más son las piedras que le brinda el día... los cielos permanecen duros como el acero azul.

El viejo e indoblegable odio hacia ese enemigo invisible de los hombres que logra disponer de sus destinos, vuelve a estallar en Leonhard.

Escucha al fraile predicar acerca de la justicia y de los tormentos del infierno que sufren los condenados para siempre: le suena a canto de gallo endemoniado ... lo oye encolerizarse contra la impía Orden del Temple, que habiendo sido quemado mil veces en la hoguera, mil veces alza –inmune a la muerte– su cabeza y se extiende –tenaz y secreto– por el mundo entero, continuando su existencia inacabable.

Es la primera vez que Leonhard se entera de algo más preciso sobre la fe de los templarios: tienen dos dioses, uno superior, alejado de los seres, y uno inferior, Satanás, que a cada hora vuelve a crear el universo para llenarlo cada vez con más horrores y hacerlo más abominable cada día, hasta que el mundo quede ahogado finalmente en su propia sangre; sobre esos dos dioses se alza un tercero– en Baphomet– un ídolo de cabeza dorada y tres semblantes.

Estas palabras se graban en él como si fuesen lenguas de fuego las que hablaran.

Le es imposible poder llegar hasta las profundidades sobre las que el sentido de tales palabras se tiende como una oscilante alfombra de musgo, pero sabe –siente– con certeza inquebrantable, que este es el único camino que debe seguir para escapar de sí mismo: el Orden del Temple le tiende los brazos... es la herencia de los antepasados a la que ningún hombre puede sustraerse.

Abandona al monje.

Otra vez lo rodean las legiones de muertos que le gritan un nombre hasta que sus propios labios lo repiten y él logra entenderlo –sílabas por sílabas– tal como lo pronunciara su boca... es como si naciera, igual que un árbol, desde el fondo de su corazón, un nombre que le resulta totalmente extraño y que, no obstante, está íntimamente ligado con todo su ser, un nombre que viste de púrpura y lleva corona, que lo obliga a repetírselo a sí mismo constantemente en voz baja, del que no se puede defender, cuyo ritmo: Ja-co-bo-de-Vi-tria-co marca el paso de sus pies caminando sobre el suelo.

Poco a poco ese nombre se convierte para él en una suerte de guía fantasmal que lo precede, ora como legendario Gran Maestre de los Caballeros del Temple, ora como una informe voz interior.

Del mismo modo en que una piedra lanzada al aire cambia de pronto su recorrido para caer al suelo con velocidad creciente, así, de súbito, ese nombre significa para Leonhard un cambio de todos sus deseos, y es entonces que lo comienza a devorar, la poderosa, inexplicable necesidad de conocer a su dueño, y es al cumplimiento de ese único deseo ineludible que ahora se dirigen todos sus pensamientos, todas sus acciones.

A veces podría jurar que el nombre le resulta totalmente nuevo, hasta que poco más tarde cree recordar con toda claridad que lo ha encontrado escrito en un libro de su padre, donde figura como cabeza suprema de la Orden; de nada sirve que se repita una y otra vez que es inútil preguntar en esta tierra por el Gran Maestro de Vitriaco, quien debió pertenecer a otro siglo y sus huesos deben estar pudriéndose desde hace mucho en una fosa; pero la razón ya no tiene poder alguno sobre el ansia de encontrar: la cruz de las cuatro piernas se adelanta a su paso corriendo, invisible, y lo arrastra tras él.

Busca en los archivos nobiliarios de los ayuntamientos, pregunta a los entendidos en heráldica, a nadie encuentra que conozca el nombre.

Finalmente, en la biblioteca de un monasterio da con el mismo libro de su padre, lo lee página por página, línea por línea: el nombre Vitriaco no se encuentra en él.

Ahora duda de su propia memoria, todo su pasado oscila; pero el nombre Vitriaco queda, como único punto fijo, firme como una roca.

Ha resuelto desalojarlo para siempre de su mente, se fija una ciudad determinada como meta y al otro día oye un llamado que le llega de otra parte, de un lugar cualquiera, y que suena vagamente como Vi-tria-co, y sus pasos se apartan del camino inicial y toman otra calle; una torre de iglesia en el horizonte, la sombra de un árbol, el brazo de un indicador de millas, todo se convierte, por donde quiera imponerse a sí mismo la obligación de dudar, en el dedo que guía su marcha hacia el lugar en que vive el misterioso Gran Maestre de Vitriaco.

En una posada conoce a un curandero ambulante y comienza a alentar la vaga esperanza de que pueda tratarse de la persona que anda buscando, pero el curandero se hace llamar... doctor Schrepfer. Es un hombre con pequeños y brillantes dientes de conejo, tez oscura y ojos vivaces, y parece no haber nada en la tierra que él no sepa, ningún lugar que él no conozca, ningún pensamiento que no adivine, ningún corazón cuyos abismos más profundos no pueda sondear, ninguna enfermedad que no pueda curar, ninguna lengua que calle cuándo él dispone que hable, ninguna moneda que no se halle a su alcance.

Las muchachas se agolpan a su alrededor para que les prediga el futuro por medio de las cartas o las líneas de las manos; todos enmudecen cuando les adivina el pasado y se alejan en silencio arrastrando los pies.

Leonhard permanece toda la noche a su lado bebiendo; en su ebriedad lo asalta por momentos la idea de que no es un ser humano el que se encuentra sentado frente suyo. Por instantes sus rasgos se borran hasta que no se ve más que el brillo de los dientes y detrás de éstos se van formando palabras que son por momentos como el eco de lo que él mismo está diciendo... cuando no una respuesta a preguntas aún no formuladas.

Parecería que el hombre pudiera leer sus deseos más íntimos: siempre lleva la conversación más intrascendente al tema de los templarios. Leonhard quiere sonsacarle si sabe algo de un tal Vitriaco, pero todas las veces, a último momento, cuando casi ya es demasiado tarde, lo detiene una profunda sensación de desconfianza y el nombre se quiebra entre sus labios.

Siguen viaje juntos, adonde el azar los vaya llevando, de una romería a otra.

El doctor Schrepfer come fuego, traga sables, convierte agua en vino, se atraviesa la lengua con dagas sin derramar una sola gota de sangre, cura delirios, cicatriza llagas, convoca fantasmas, embruja a hombres y animales.

Leonhard no pierde de vista el hecho de que el hombre es un embustero, que no sabe leer ni escribir pero, sin embargo, realiza milagros; los paralíticos arrojan sus muletas y bailan, las parturientas dan a luz en cuanto sienten el contacto de su mano, los ataques de epilepsia cesan, las ratas salen corriendo en bandadas de las casas y se arrojan al agua. Leonhard no puede separarse de él, está bajo su hechizo y aún se cree libre.

Apenas la esperanza de que este hombre lo llevará hasta el Gran Maestre Vitriaco amenaza extinguirse, la vuelve a reavivar una palabra cualquiera que parece ocultar un doble sentido, y otra vez las cadenas quedan echadas.

Todo lo que el saltimbanqui dice suena como una discrepancia: rechaza a la gente con violencia y así logra ayudarla; miente y sus palabras albergan la mayor de las verdades; dice la verdad, y tras ella se asoma burlona la mentira; fantasea sin el menor sentido y sus palabras se convierten en profecías; predice cosas que, según él, le dictan las estrellas: se cumplen, aunque de astrología no sepa absolutamente nada; prepara medicinas de yerbas totalmente inocuas: producen el resultado prometido; se ríe de los crédulos y es más supersticioso que una vieja campesina; se burla de los crucifijos y se santigua cuando un gato negro se cruza en su camino, cuando le hacen preguntas las contesta insolentemente con las mismas palabras de su interlocutor, y en su boca se convierten en las respuestas que dan exactamente en el clavo.

Leonhard observa con creciente asombro que en este instrumento terrenal se revela una maravillosa fuerza; poco a poco cree adivinar la clave del misterio: si se limita a ver solamente al mentiroso, todo lo que oye de sus labios se vuelve un disparatado devaneo, pero si uno se vuelve hacia esa fuerza invisible que se refleja en el doctor Schrepfer como los rayos del sol en un charco, el curandero charlatán se convierte de inmediato en un vocero y de su boca pugnan por brotar fuentes de la verdad más viva.

Leonhard se arriesga a hacer una tentativa, se sobrepone a su desconfianza, pregunta al hombre sin mirarlo a la cara –como si se dirigiera a las nubes violetas y purpúreas del atardecer– si conoce el nombre de Jacobo de...

"Vitriaco", complementa el otro la pregunta, y se queda callado como sumido en éxtasis, hace una profunda reverencia hacia Occidente, adopta una expresión solemne y declama en voz baja y temblorosa que ha llegado por fin la hora de la resurrección, que él mismo es un templario cuya misión consiste en indicar, a los que van tanteando a través de las intrincadas sendas de la vida, aquella que conduce hacia el Maestro. Describe con un aluvión de palabras las maravillas que aguardan a los elegidos, el resplandor que rodea los rostros de los hermanos y los libera de todo remordimiento, contrición o penitencia,

venga del incesto o de cualquier otro pecado, convirtiéndolos en cabezas de *Jano*, con sus miradas puestas en dos mundos, de eternidad en eternidad, testigos inmortales del más acá y del más allá... cual dos gigantescos peces escapados para siempre de la red de la temporalidad, que nadan en el océano de la existencia, inmortales, acá y allá, hasta la eternidad.

Luego señala extasiado las cimas azuladas de una cadena de montañas que se dibujan en el horizonte: allí adentro, en las mismas profundidades de la tierra, rodeado por altísimas columnas, se alza el santuario del orden del Temple, construido de dólmenes, donde una sola vez por año, en medio de las sombras de la noche, se reúnen los discípulos de la cruz de *Baphomet*... los elegidos del dios inferior que rige a los seres, tritura a los débiles y eleva a los fuertes a la condición de hijos suyos. Sólo quien sea un verdadero caballero, un sacrílego de la cabeza a los pies, bautizado en las llamas de la insurrección espiritual, y no uno de aquellos que retroceden gimoteando temblorosos ante el pecado mortal y que se castran sin cesar con el cuento del Espíritu Santo, que en resumidas cuentas también es su propio yo, puede aspirar a la reconciliación con Satanás – el único ungido entre todos los dioses–, sin la cual no se puede aspirar nunca a salvar la desavenencia entre el deseo y el designio.

Leonhard escucha todo este discurso ampuloso con un sabor desagradable en la boca; de estas fantasías falaces se desprende algo monstruoso: allá en medio de un bosque de tierras alemanas existiría un templo oculto... pero el tono fanático que vibra en aquellas palabras acalla sus propios pensamientos cual el sonido ensordecedor de un órgano, deja que de él sea lo que el doctor Schrepfer disponga, se quita los zapatos, juntos encienden un fuego, las chispas salpican la obscuridad de la noche de verano, bebe de un tazón el repulsivo brebaje que el otro le prepara con quién sabe qué yerbas para purificarlo.

"¡Lucifer, tú que padeces injusticias, yo te saludo!", tal es el santo y seña que debe recordar. Leonhard escucha las frases; las sílabas le parecen estar extrañamente separadas, dispersas como pilares de piedra, algunas le suenan muy lejanas, otras, en cambio, parecen estar casi pegadas a su oído; de pronto dejan de ser meros nidos, se convierten en columnas y forman galerías... con la misma naturalidad con que en sueños las cosas se nos antojan capaces de convertirse unas en otras, siendo absorbidas a veces las más grandes por las mucho más pequeñas.

El curandero lo toma de la mano, caminan –según parece– durante un largo, largo trecho... a Leonhard le arden las plantas de los pies, siente como los terrones de tierra se van deshaciendo bajo el peso de su cuerpo.

Entre las sombras de la noche, las elevaciones del terreno se funden en figuras suaves y esponjosas.

Momentos de duda se alternan sucesivamente con otros de confianza inquebrantable, es como la certeza de que algo de cierto debe esconderse detrás de las palabras de su guía... y es ella la que finalmente gana la batalla.

Luego vienen momentos de extraña exaltación, tras los que –cada vez que tropezando con alguna piedra– retoma el curso de la realidad, su cuerpo avanza como guiado por un antiguo sueño; el sobresalto producido queda olvidado de inmediato, y

entre cada despertar se intercalan períodos vacíos y larguísimos que expulsan del presente todos sus recelos para darles cabida en época de un pasado muy lejano.

El camino se hunde.

Anchos escalones sonoros se precipitan hacia abajo.

Leonhard sigue adelante, tanteando a lo largo de frías y lisas paredes de mármol... está solo, quiere buscar a su acompañante.... cuando el sonido de trompetas, atronadoras como si llamaran a la resurrección, casi lo dejan sin conocimiento... Los huesos le vibran en el cuerpo, ante sus ojos la noche parece partirse en dos: el clamor de las fanfarrias se convierte súbitamente en una luz deslumbrante ... se halla parado en una blanca construcción abovedada.

En medio del recinto, muy cerca suyo, se balancea libremente una cabeza dorada con tres caras; la del centro le parece –al mirarla ligeramente de frente– igual a la suya pero mucho más joven, y en ella se refleja la expresión de la muerte a pesar de que el brillo del metal, tan fuerte que hace imposible ver con precisión los rasgos, irradia el influjo indestructible de la vida; pero no es la máscara de su juventud lo que Leonhard busca, él quiere ver a toda costa los otros dos rostros vueltos hacia las sombras, quiere conocer sus expresiones, pero cada vez que lo intenta ellos se lo impiden: la cabeza dorada gira al mismo tiempo en que él trata de rodearla, de modo que se enfrenta siempre con la misma cara.

Leonhard atisba a su alrededor tratando de adivinar cuál es la magia extraña que pone en movimiento esa increíble cabeza, cuando de pronto ve que la pared del fondo se vuelve transparente como un vidrio y que del otro lado está, con los brazos abiertos, harapiento, jiboso, las anchas alas del sombrero cubriéndole los ojos, inmóvil como la misma muerte, parado sobre un montículo formado por esqueletos humanos entre los cuales brotan unas pocas briznas de hierba... el amo del mundo en persona.

Las trompetas enmudecen.

La luz se extingue.

La cabeza dorada ha desaparecido.

Sólo permanece el reflejo macilento de la putrefacción que envuelve a la imagen recién aparecida.

Leonhard siente que un creciente entumecimiento va recorriendo su cuerpo paralizando cada una de sus miembros, su sangre queda como coagulada, el latido de su corazón es cada vez más lento y finalmente se para por completo.

Lo único que todavía le permite decir "yo" es una sola y diminuta chispa en un lugar impreciso de su pecho.

Las horas se van escurriendo como gotas perezosas y se dilatan hasta formar interminables años.

Imperceptiblemente, el contorno de la imagen va adquiriendo realidad: bajo el tenue hálito gris del amanecer las manos extendidas se encogen lentamente hasta convertirse en muñones de madera putrefacta, las calaveras van cediendo vacilantes su lugar a las piedras redondas del camino cubiertas de polvo...

Leonhard se levanta trabajosamente; ante él se yergue amenazante, cubierto con harapos, la cara hecha de vidrios rotos, un... triste espantapájaros jiboso.

Los labios le arden de fiebre, su lengua está reseca; a su lado todavía esparcen un débil resplandor las cenizas del fuego de leña bajo el jarro que contiene los restos del brebaje ponzoñoso. El curandero se ha ido.... y con él su último peculio; pero Leonhard sólo percibe a medias todas estas cosas: las impresiones recibidas durante la noche aún alborotan demasiado en su conciencia; si bien es cierto que ese espantapájaros ya no es más el amo del mundo, también lo es que el amo del mundo ya no es más un lamentable espantapájaros, temible sólo para los miedosos, implacable sólo con los suplicantes, cubierto con la investidura de tiranos sólo para aquellos que prefieren ser esclavos y lo ven rodeado con el nimbo del poder... una deplorable caricatura a los ojos de los que son libres y orgullosos.

El secreto del doctor Schrepfer queda repentinamente revelado: el misterioso poder que irradia su ridícula persona no le pertenece a él ni a nadie que se oculte detrás de él cubierto con un manto que lo torne invisible. Es ni más ni menos que la mágica fuerza de los crédulos que no se atreven a creer en sí mismos y mucho menos hacer uso de esa fuerza por su propia cuenta y riesgo, teniendo por lo tanto que trasmitírsela a un fetiche – ya sea un hombre, un dios, una planta, un animal o el mismo diablo– para que su reflejo les sea devuelto milagrosamente; y es también la vara mágica del verdadero señor del mundo, del yo más profundo y omnipresente que todo lo devora, la fuente que sólo puede dar y nunca recibir sin convertirse en un impotente "tú", el yo bajo cuyo mandato el espacio debe desgarrarse y el tiempo convertirse en el rostro de un presente interminable; es la corona imperial del espíritu, pecar contra ella es el único delito que no se puede perdonar; es el poder que se anuncia a través del círculo luminoso de un presente mágico e indestructible, que lo absorbe todo hasta su fundamento original.

Dioses y seres, pasado y futuro, sombras y demonios, transcurren y se esfuman dentro de esa misma fuerza. Es el poder que no conoce límites y que más se hace sentir en el que a su vez es el más fuerte y el más grande; es la fuerza que siempre está adentro y nunca afuera... y que convierte todo lo que permanece afuera rápidamente en un espantapájaros.

En Leonhard se cumple la predicción del curandero en todo lo que al perdón de los pecados se refiere y no hay palabra que no se hiciera verdad; el maestro ha sido hallado: lo es el mismo Leonhard.

Del mismo modo en que un pez grande logra abrir un agujero en la red y escaparse, Leonhard se ha redimido a sí mismo de la maldición que pesaba sobre él desde sus ancestros... y es un redentor para todos aquellos que estén dispuestos a seguirlo.

Todo es pecado y nada lo es, todos los yo forman un yo común... esto ha quedado bien claro en su conciencia.

¿Dónde vive la mujer que no sea al mismo tiempo su hermana, cuál es el amor terrenal que no sea a su vez incesto, a qué ser –así fuese el más insignificante de los animalitos– puede matarse sin cometer matricidio y suicidio al mismo tiempo? ¿Qué otra cosa es su propio cuerpo que la herencia de miríadas de animales que vinieron antes que él?

No existe nadie que pueda disponer del destino sino ese único e inmenso yo que se refleja en innumerables espejos –grandes y pequeños, claros y opacos, malos y buenos, tristes o alegres– sin ser afectado ni por el dolor ni por la alegría, permaneciendo en el pasado y en el futuro como un presente perenne, al igual que el sol no se ensucia ni se arruga aunque quede reflejado en una charca o nade sobre olas encrespadas, sin sumergirse en el pasado ni emerger del futuro, por más que se evaporen todas las aguas y otras nuevas se formen de la lluvia: no hay nadie que disponga del destino sino el grande yo común; el origen, esa cosa que es la causa primitiva.

¿Dónde hay espacio, pues, para el pecado? Ese enemigo taimado e invisible que arroja flechas envenenadas desde las sombras, ya no existe; los demonios y los ídolos quedaron destruidos... muertos como los murciélagos aniquilados por la luz.

Leonhard ve a su madre muerta resucitar con sus gestos sin sosiego, a su padre, a su hermana y esposa Sabina: ya rió son más que imágenes, como lo es también el recuerdo de su propio cuerpo de niño, de joven y de hombre; sus verdaderas vidas son imperecederas y sin forma, lo mismo que su propio yo.

Se arrastra hacia el estanque que ha visto en las cercanías para refrescar su piel ardiente; ya no siente como suyos los dolores que desgarran sus entrañas, es como si fuesen de otro.

Ante la eterna presencia del alba, que a todo mortal se le antoja tan familiar como su propio rostro y que sin embargo resulta ser tan absoluta y definitivamente extraña como el semblante de uno mismo, se esfuman y desaparecen todos los espectros y se curan los males del cuerpo.

Y mientras contempla pensativo las blandas curvas de la orilla y las pequeñas islas cubiertas de juncos, lo asaltan nuevamente los recuerdos.

Y ve que está otra vez en el parque de sus años jóvenes.

¡Ha emprendido un largo viaje circular a través de las densas nieblas de la vida!

Una profunda paz se apodera de su corazón, el miedo y el espanto han quedado desterrados, se ha reconciliado con los muertos y los vivos y consigo mismo.

El destino ya no alberga más horrores para él, fueron borrados del pasado y del futuro.

De aquí en más, la dorada cabeza de la vida no posee sino una sola cara: el presente como sensación de una sagrada calma interminable le muestra su rostro eternamente joven; los otros dos permanecen ocultos para siempre como se oculta de la tierra la faz oscura de la luna.

El pensamiento de que todo lo que se mueve tiene que cerrarse inexorablemente hasta formar un círculo, y que también él forma parte de esa misma ley que hace que todos los cuerpos sean redondos y que así han de conservarse, adquiere para él algo infinitamente consolador; con claridad percibe la diferencia entre el símbolo satánico de las cuatro piernas humanas que corren incesantemente y el de la cruz serenamente erguida.

¿Vivirá aún su hija? Debe ser ya una mujer anciana, apenas veinte años menor que él.



Tranquilo y en paz consigo mismo emprende el regreso a casa; el camino de grava se cubre ahora con un manto multicolor de frutos caídos y flores silvestres, los abedules jóvenes se han convertido en gigantes robustos y nudosos que visten de claro, un negro montículo de escombros –atravesado aquí y allá por umbrelas grises de maleza– cubre la cima de la montaña.

Invadido por una emoción extraña camina por entre la escombrera que arde bajo el sol: un viejo mundo familiar emerge del pasado con renovado brillo, las partículas que encuentra esparcidas debajo el maderamen carbonizado se van ensamblando hasta formar un todo; un péndulo de bronce logra el retorno mágico del reloj marrón de su infancia a este presente resucitado, las miles de gotas de sangre vertidas en los viejos momentos de dolor y espanto se vuelven salpicaduras rojas en el plumaje del ave fénix de la vida.

Una manada de ovejas que un grupo de perros silenciosos espantara hasta formar un cuadro casi perfecto, baja por la pradera; Leonhard pregunta al pastor por los habitantes de aquel castillo, el hombre murmura algo acerca de una maldición y de una vieja, última habitante del lugar en ruinas –una bruja malvada que lleva una señal sangrienta en la frente, igual a Caín, y que vive abajo, en la carbonera– y continúa su camino con gesto adusto y paso apurado.

Leonhard entra en la capilla que ahora está oculta por la espesura del bosque; la puerta está desvencijada, en el lugar vacío sólo queda el reclinatorio dorado cubierto por el moho; las ventanas están empañadas, el altar y las imágenes sagradas sucumbieron bajo la acción destructora de la podredumbre, la cruz de la puerta trampa está a punto de ser devorada por el óxido; el moho lo ha invadido todo y le aúlla desde todas las juntas. Pasa su pie por la superficie de hierro, dejando al descubierto una sola franja de metal aún brillante que lleva una inscripción: "Construida por Jacobo de Vitriaco".

Las tenues telarañas que ligan unas con otras las cosas de esta tierra se desatan ante los ojos de Leonhard dando lugar a una singular revelación: el nombre sin importancia de un constructor extranjero que apenas se grabara en su memoria después de haber sido leído tantas veces durante su juventud y tantas otras veces olvidado, su acompañante invisible durante una ronda macabra entre las sombras de la noche –del cual creyó oír el llamado del maestro– está ahora a sus pies, convertido en un nombre indiferente a partir del mismo momento en que su misión ha terminado y cuando el secreto anhelo de volver a casa, al punto de partida, se ha visto cumplido.

Maese Leonhard contempla los restos de su vida cumplida como la de un ermitaño en medio de las marañas salvajes de la existencia; cubre su cuerpo con un silicio hecho de toscas mantas halladas entre las ruinas que quedaron del incendio, construye un hogar de ladrillos crudos.

Las siluetas de las personas que a veces se dejan ver por los alrededores de la capilla le parecen incorpóreas, igual que espectros; cobran vida recién cuando las incorpora en el círculo mágico de su yo, convirtiéndolas allí en inmortales.

Las formas de la existencia le son tan indiferentes como el rostro siempre cambiante de las nubes: múltiples y en el fondo nada más que vapor de agua.

Eleva su mirada por encima de las copas nevadas de los árboles.

Y otra vez, igual que entonces, en la noche aquella en que naciera su hija, hay dos estrellas muy juntas que brillan en el Sur del cielo, y que lo están mirando.

Antorchas se acercan a través del bosque.

Suena el metal de las guadañas.

Por entre los árboles vienen flotando rostros estremecidos por la cólera, se oyen voces cuchicheantes, la vieja jibosa de la carbonera está parada otra vez frente a la capilla, mueve sus brazos flacos como si fuesen aspas, señala la silueta diabólica que se dibuja en la nieve, llama a los supersticiosos campesinos, se acerca a la ventana y con ojos enloquecidos que brillan como dos estrellas verdes trata de espiar a través de los cristales empañados.

Sobre su frente arde un lunar rojo.

Maese Leonhard no se mueve, sabe que los que están afuera vienen a matarlo, sabe que la sombra diabólica que arroja su propio cuerpo hacia la nieve –y que nada significa ya que debe ser obediente a cada uno de sus movimientos– es la causa de la furia de aquella multitud supersticiosa, pero sabe también que aquél a quien van a matar: su cuerpo, no es más que una sombra, como también son sólo sombras todos ellos, inmateriales sombras en el reino falso de las sombras regido por la rueda del tiempo; y sabe que también ellas no hacen sino obedecer a las leyes del círculo de las que nada ni nadie escapa.

Sabe que la vieja del lunar rojo es su hija con los mismos rasgos de su madre y que de ella proviene el fin, para que así quede cerrado el arco.

El deambular circular del alma a través de las nieblas de los nacimientos retornando hacia la muerte.

## EL JUEGO DE LOS GRILLOS

–¿Y? –preguntaron los señores, como por una sola boca, al entrar el profesor Goclenius más rápidamente de lo que era su costumbre y visiblemente alterado– ¿Le entregaron las cartas? ¿Ya está Johannes Skoper viajando de regreso a Europa? ¿Cómo se encuentra? ¿Llegó alguna colección con el correo? –inquirían todos a la vez.

–Solamente esto –dijo el profesor muy serio colocando sobre la mesa un paquete de hojas manuscritas y un frasquito en el que se podía ver un insecto muerto de color blancuzco y el tamaño de un ciervo volante–. El embajador chino me lo entregó personalmente con la aclaración de que llegó esta mañana, vía Dinamarca.

–Me temo que se ha enterado de alguna noticia desagradable sobre nuestro colega Skoper –le cuchicheó al oído un caballero de barba afeitada a un anciano profesor de ondulante melena leonina, director como él en el Museo de Ciencias Naturales, que se había quitado los lentes y observaba con profundo interés el insecto metido en el frasquito.

Era aquél un recinto muy particular, en el que los señores –seis en total, y todos ellos investigadores científicos de la vida de los lepidópteros y coleópteros– se hallaban sentados alrededor de una ancha y larga mesa.

La mezcla de los olores de alcanfor y sándalo acentuaba ese clima extrañamente mortuario que se desprendía de los diodones que pendían de cuerdas fijadas en el cielorraso y que, con sus ojos vidriosos y saltones parecían las cabezas truncadas de espectadores fantasmales, las máscaras diablicas de salvajes tribus insulares, los huevos de avestruz, las bocazas de tiburón y los dientes de narval, los monos derrengados y de otras mil formas y figuras grotescas provenientes de zonas muy lejanas.

De las paredes –colgados sobre los marrones armarios carcomidos que tenían algo de monacal bajo el sol del atardecer que jugueteaba con las plantas del jardín y las combadas rejas de la ventana pendían, amorosamente enmarcados en oro y semejantes a retratos de venerables antepasados, cuadros a todo color de escarabajos en proporciones gigantescas.

Con una de sus manos extendida en un gesto cordial, una tímida sonrisa rodeándole los ojitos redondos y la nariz en forma de botón, con el alto sombrero de copa de uno de los señores disectores sobre su cabeza y el porte de un alcalde de aldea que se hace fotografiar por primera vez en la vida, un lirón se asomaba obsequiosamente desde un ángulo del aula, en el que también se balanceaban unos cuantos cueros de víbora.

La cola oculta entre las sombras más lejanas del corredor y las partes más nobles de su cuerpo a punto de recibir una nueva mano de esmalte –para dar cumplimiento de este modo al deseo expreso del señor Ministro de Enseñanza–, el orgullo de todo el Instituto, un cocodrilo de doce metros de largo, espiaba por la puerta entreabierta. El profesor Goclenius había tomado asiento, desatado la cinta que mantenía atadas las hojas manuscritas y pasado rápidamente la mirada sobre las primeras líneas acompañándose con un murmullo inteligible.

–Esto está fechado en Butan, en el sudeste del Tibet, el 19 de Julio de 1914, o sea cuatro semanas antes del estallido de la guerra; de lo que se infiere que esta carta tardó más de un año en llegar a nuestras manos –y agregó luego de una pequeña pausa–: Nuestro colega Johannes Skoper escribe aquí, entre otras cosas, lo siguiente: "En otra oportunidad les relataré más detalladamente el rico botín que pude obtener durante mi largo viaje por tierras fronterizas chinas, pasando por Assam hasta llegar a Bután, país todavía inexplorado; hoy sólo quiero referirme lo más sucintamente posible a las circunstancias asombrosas a las que debo el descubrimiento de un grillo blanco como verán totalmente nuevo" –el profesor Goclenius señalaba mientras leía estas últimas palabras al insecto que estaba en el frasco– "y que los chamanes utilizan para fines religiosos bajo el nombre de *Phat*, una palabra que les sirve a la vez de insulto para todo lo que se parezca a un europeo o individuo de raza blanca.

"Pues bien: cierta mañana me entero –por intermedio de unos peregrinos lamaístas que se dirigían a Lhasa– que cerca de mi campamento se encontraba un alto exponente de los Dugpas, algo así como sacerdotes del diablo temidos en todo el territorio del Tibet, reconocibles por sus gorros escarlatas, y que afirman ser descendientes directos del demonio de los hongos. Lo cierto es que estos Dugpas pertenecen a la antiquísima religión tibetana de los lamaístas y chamanes de la cual conocemos poco y nada, y son hijos de una raza extraña cuyos orígenes se remontan hasta la noche de los tiempos. Este Dugpa –me decían los peregrinos mientras hacían girar furtiva y supersticiosamente su molinillo de oraciones– es un Samtche Mitchebat, un ser que ya no debe ser designado como hombre, que puede «ligar y desligar», alguien que, para decirlo en pocas palabras, gracias a su facultad de ver más allá del tiempo y del espacio, puede realizar todo lo que se proponga en esta tierra. Existen, así me dijeron, dos caminos para alcanzar esas alturas que sobrepasan todos los poderes humanos: uno, que es el de la «luz» –la compenetración con Buda– y otro opuesto: el «camino de la mano izquierda», al que solamente tiene acceso un Dugpa de nacimiento... y que viene a ser un camino espiritual Heno de horror y de espanto. Estos Dugpas «natos» pueden aparecer –aunque muy raras veces– en cualquiera de los puntos cardinales y son casi siempre hijos de padres sumamente religiosos. «Parecería», opinaba el peregrino que me confesaba todas estas cosas, «que la mano del señor de las sombras colocara en estos casos una rama emponzoñada en el árbol de la santidad.» Resulta ser que existe un solo medio para saber si un niño se halla o no espiritualmente vinculado a la liga de los Dugpas, de ser así, el remolino de cabello que todos tenemos en la coronilla debe girar de izquierda a derecha en vez de hacerlo en dirección inversa.

"Yo expresé inmediatamente –por pura curiosidad– mi deseo de conocer personalmente al Dugpa de alto rango que se hallaba por los alrededores, pero el jefe de mi caravana, que también es un tibetano oriental, se negó terminantemente.

"–¡Son puras tonterías! –gritaba–, en todo el territorio de Bután no hay un sólo Dugpa; sin contar que ningún Dugpa, y mucho menos un Samtche Mitchebat, se avendría a mostrar sus artes a un ser de raza blanca!

"La oposición demasiado enfática de este hombre despertó en mí sospechas cada vez mayores a medida que el se desgañaba, y después de un larguísimo y astuto

interrogatorio pude sonsacarle que él mismo practicaba la religión de los Bonzos y que estaba perfectamente enterado –por el tinte rojizo de los vapores que despedía la tierra, eso es lo que me quiso hacer creer– que había un Dugpa en las cercanías del campamento.

"–Pero nunca consentiría en ofrecerte una muestra de sus artes –seguía repitiendo sin cesar.

"–¿Por qué no? –seguí preguntando.

"–Porque no asumiría la... responsabilidad.

"–¿Qué clase de responsabilidad? –quise saber.

"–Sucede que las perturbaciones que con ello ocasionaría en el reino de las causas lo lanzarían nuevamente en la vorágine de las reencarnaciones, si es que no ocurre algo muchísimo peor.

"Yo estaba interesado en saber más acerca de la misteriosa religión de los Dugpas, por lo que le pregunté:

"–¿Tiene el hombre, según tu religión, un alma?

"–Sí y no.

"–¿Cómo es eso?

"Por toda respuesta el tibetano arrancó de la tierra una brizna de hierba y le hizo un nudo:

"–¿Tiene esta brizna un nudo?

"–Sí.

"Desató el nudo.

"–¿Y ahora?

"–Ahora ya no lo tiene.

"–De ese mismo modo tiene el hombre un alma y no la tiene –afirmó con toda llaneza.

"Traté de encarar la cosa de otro modo para llegar a tener una idea más clara acerca de su manera de pensar:

"–De acuerdo, supongamos ahora que al cruzar aquel desfiladero tan terriblemente peligroso te hubieras caído al abismo, ¿tu alma habría seguido viviendo o no?

"–¡Yo no me habría caído!

"Haciendo una nueva tentativa le mostré mi revólver:

"–Y si ahora te mato de un tiro, seguirías viviendo o no?

"–Tú no me puedes matar.

"–¡Claro que puedo!

"–Bueno, entonces trata de hacerlo.

"¡Ni loco! pensé para mis adentros, ese sí que sería un buen enredo... andar por este ilimitado terreno montañoso sin un jefe de caravana... Él pareció haber adivinado mis pensamientos y sonrió no sin cierto sarcasmo. Era desesperante. Me quedé callado por un buen rato.

"-Lo que sucede, es que no puedes querer –dijo retomando la palabra-. Detrás de tu voluntad hay una infinita cantidad de deseos, algunos que conoces y otros que no conoces, y todos ellos son más fuertes que tú.

"-¿Qué es entonces el alma según tu religión? –le pregunté enojado-; ¿tengo yo, por ejemplo, un alma?

"-Sí.

"-¿Y si me muero mi alma sigue viviendo?

"-No.

"-¿Pero la tuya, después de tu muerte, sí?

"-Sí. Porque yo tengo un nombre.

"-¡Yo también lo tengo!

"-Sí, pero no conoces tu nombre verdadero, por lo tanto no lo tienes. Eso que consideras tu propio nombre no es más que una palabra hueca inventada por tus padres. Cuando duermes te lo olvidas, yo no me olvido de mi nombre cuando duermo.

"-¡Pero cuando estés muerto tampoco podrás saberlo! –repliqué.

"-No. Pero el maestro lo conoce y no lo olvidará jamás, y cuando él me llame por mi nombre verdadero, volveré a levantarme; solamente yo y ningún otro, porque yo soy el único que lleva mi nombre. Nadie más que yo lo tiene. Eso que tú dices que es tu nombre lo tienen muchos otros en común contigo... igual que los perros –terminó murmurando con desprecio. Y si bien entendí perfectamente sus últimas palabras, dejé que creyera que no había sido así.

"-¿Y qué es lo que tú entiendes por *maestro*? –le pregunté con la mayor naturalidad.

"-El Samtche Mitchebat.

"-¿El que ahora es casi nuestro vecino?

"-Sí, pero es sólo su reflejo el que se encuentra ahora cerca de este campamento; aquél que él es en realidad está en todas partes. Y puede no estar en parte alguna si quiere.

"-¿Eso quiere decir que puede volverse invisible? –tuve que sonreír a pesar mío-, ¿quieres insinuar acaso que a veces está dentro del mundo en que vivimos y a veces fuera de él; que a veces está y otras veces no?

"-Un nombre también está sólo cuando se lo pronuncia, y cuando no se lo pronuncia no está más –fue la respuesta del tibetano.

"-¿Y puedes tú, por ejemplo, convertirte también en un maestro?

"-Sí.

"-De modo que entonces habría *dos maestros*, ¿no es así?

"Yo me sentía triunfante, ya que, para decirlo abiertamente, la arrogancia del tipo me estaba fastidiando; ahora lo tenía bien agarrado en la trampa (mi próxima pregunta sería: ¿si uno de los maestros quiere que brille el sol y el otro quiere hacer que llueva, cuál de los dos gana?); tanto más perplejo me dejó lo que tuve que oír a continuación:

"-Si yo llego a ser maestro alguna vez, seré el Samtche Mitchebat. ¿O acaso crees que puede haber dos cosas que sean totalmente semejantes entre sí sin que sean la misma cosa?

"–Digas lo que digas, en tal caso serían dos y no uno; si yo me cruzara con vosotros, serían dos las personas que yo vería y no uno solo –le contradije.

"El tibetano se agachó, eligió entre los cristales de calcita que estaban esparcidos por el suelo uno de especial transparencia y me dijo con sorna:

"–Coloca esto delante de tu ojo y mira el árbol aquél; lo ves doble, ¿no es cierto? ¿Pero acaso se han convertido por eso en dos árboles en vez de uno?

"En el momento no supe qué contestarle, tampoco me hubiera sido fácil expresarme en el idioma de los mongoles –que era el único que podíamos usar para nuestro mutuo entendimiento– con la soltura y lógica necesarias para abordar un tema tan intrincado como éste; por lo tanto tuve que dejarlo creer que la victoria era suya. Pero interiormente estaba asombrado a más no poder por la agilidad espiritual de ese ser semi-salvaje, con sus ojos oblicuos de calmuco y vestido con aquella sucia piel de cordero. Hay algo extraño en estos asiáticos de las montañas, por fuera parecen animales, pero a poco que uno les toque su almita, aparece el filósofo.

"Volví al punto de partida:

"–¿Tú crees entonces que el Dugpa se negaría a mostrarme sus artes porque rechaza la responsabilidad?

"–No, seguro que no lo haría.

"–¿Pero si soy yo quien asume toda responsabilidad?

"Por primera vez, desde que lo conocía el tibetano se desconcertó. Su rostro fue invadido por una inquietud tan grande, que no le fue posible disimularla. Una expresión de crueldad salvaje, para mí inexplicable, se alternaba con otra de hondo regocijo. En todos estos meses que anduvimos juntos hemos pasado semanas entera corriendo peligro de muerte, hemos cruzado abismos que llenarían de pánico a cualquiera, pasando sobre puentes de bambú de apenas un pie de ancho, y a mí más de una vez me pareció que se me paralizaba el corazón; hemos cruzado desiertos y casi nos hemos muerto de sed, y él nunca perdía, ni por un solo minuto, su equilibrio interior. ¿Y ahora? ¿Cuál podía ser la causa que le hacía ponerse tan fuera de sí? Con sólo mirarlo me bastó para saber que en su mente las ideas se agitaban en loco torbellino.

"–Condúceme hasta el Dugpa, yo te recompensaré holgadamente –intenté de nuevo.

"–Quiero pensarlo –me contestó por fin.

"Todavía era de noche cuando entró en mi carpa para despertarme. Ya se había decidido, me dijo, y estaba dispuesto.

"Había ensillado dos de nuestros hirsutos caballos mongoles, cuya altura no es mucho mayor que la de un perro grande, y nos internamos en la obscuridad de la noche. Los hombres de mi caravana seguían profundamente dormidos alrededor de las casi extinguidas fogatas diseminadas por el terreno.

"Pasaron horas sin que cambiáramos una sola palabra; ese peculiar aroma del almizcle que las estepas tibetanas exhalan durante las noches de julio y el monótono rumor de las retamas al ser barridas por las patas de nuestros caballos, casi me llegan a embriagar de tal manera, que para poder mantenerme despierto, me vi obligado a no

quitar mi vista de las estrellas, que aquí, en esta tierra salvaje, tienen algo de llameantes, como si se tratase de trozos de papel encendidos. De ellas se desprende un influjo excitante que le inquieta a uno el corazón.

"Cuando las primeras luces del alba comenzaron a trepar por detrás de las cimas de las montañas, pude notar que los ojos del tibetano se mantenían totalmente abiertos, sin pestañear, con la mirada siempre fija en un solo punto del cielo. Observé que estaba como ausente.

"Le pregunté varias veces si conocía tan bien el lugar donde hallar al Dugpa como para no prestarle ninguna atención al camino, pero no recibí respuesta alguna.

"—Él me atrae como la piedra magnética atrae el hierro —balbuceó por fin, como saliendo de un sueño muy profundo.

"Ni al llegar el mediodía nos tomamos un descanso; siempre mudo, mi acompañante volvía a apresurar el paso de su caballo cada vez que éste se mostraba un poco más lento. Yo me vi obligado a comer mi ración de carne de cabra sentado en la montura. "Poco antes del anochecer paramos —doblando al pie de un cerro totalmente desnudo— cerca de esas fantásticas carpas que a veces se pueden ver en Bután. Son negras, hexagonales abajo y puntiagudas arriba, de bordes combados, y se hallan paradas sobre una suerte de zancos, de modo que se parecen a enormes arañas que tocan el suelo con sus vientres.

"Yo esperaba encontrarme con un sucio chamán de melena y barba desgrednadas, una de esas criaturas dementes o epilépticas —que son tan frecuentes entre los mongoles y tungusos— que se embriagan con infusiones logradas con la cocción de ciertos hongos y que luego creen estar viendo espíritus o se sienten impelidos a largar de sí profecías incomprensibles; en vez de ello veo parado ante mí —inmóvil— un hombre de unos buenos seis pies de estatura, sorprendentemente delgado, sin barba, con un brillo oliváceo en el rostro —un color como no lo había visto nunca en un ser humano vivo—, siendo la separación entre sus ojos oblicuos tan grande, que se me antojaba antinatural: un ejemplar de una raza humana para mí totalmente desconocida.

"Sus labios —lisos como la porcelana, al igual que la piel de toda su cara— eran rojísimos, finos como el filo de un cuchillo y tan, pero tan curvados —especialmente en las comisuras muy alzadas, como congeladas en una sonrisa despiadada—, que parecían haber sido dibujados con pincel sobre su cara.

"Me fue imposible quitar la vista de ese hombre por largo tiempo... y al volverlo a recordar ahora casi diría que me estaba sintiendo como un niño al que se le corta la respiración de puro susto ante la súbita aparición de una máscara terrorífica que emerge de las sombras.

"Sobre su cabeza el Dugpa llevaba un gorro escarlata, en tanto que el resto de su cuerpo se hallaba cubierto hasta los tobillos por una costosa capa de cebellina totalmente teñida de anaranjado.

"Tanto él como mi guía no se dirigieron la palabra ni una sola vez, pero yo sigo creyendo que se entendieron mediante gestos y señales secretas, puesto que, sin preguntarme para nada qué era lo que quería de él, el Dugpa dijo de pronto que estaba



dispuesto a mostrarme todo lo que yo deseara, siempre y cuando me comprometiera expresamente a asumir toda responsabilidad... aún sin conocerla.

"Yo, por supuesto, me declararé inmediatamente de acuerdo.

"Como prueba de ello yo debía tocar la tierra con mi mano izquierda.

"Así lo hice.

"Se nos adelantó entonces en silencio durante un corto trecho y nosotros lo seguimos hasta que nos ordenó que nos sentásemos.

"Tomamos asiento junto al borde de una elevación de terreno que se asemejaba curiosamente a una mesa.

"¿Llevaba yo conmigo un lienzo blanco?

"Empecé buscando desesperadamente en todos mis bolsillos, pero nada, hasta que por fin hallé escondido en el fondo rasgado de mi chaqueta un viejo mapa plegadizo de Europa bastante borroso ya (que evidentemente había llevado conmigo sin saberlo durante todo mi viaje por el Asia), lo extendí entre nosotros y le expliqué al Dugpa que el dibujo representaba un mapa de mi patria.

"Intercambiaron una rápida mirada con mi guía, y nuevamente pude ver como en el rostro del tibetano aparecía esa expresión maligna, casi se podría decir de odio, que tanto me había llamado la atención la noche anterior.

"¿Deseaba yo ver el juego mágico de los grillos?

"Asentí con la cabeza y supe al instante qué era lo que me iba a tocar presenciar: ese truco famoso que consiste en hacer aparecer diversos insectos bajo el influjo de un silbido o algo semejante.

"Tal cual, no me había equivocado, el Dugpa dejó oír un sonido chirriante, suave y metálico (cosa que estas gentes logran mediante el uso de una campanita plateada que llevan oculta entre sus ropas), e inmediatamente un montón de grillos fueron saliendo de sus recovecos dentro de la tierra para reunirse sobre el mapa. "Cada vez más y más. "Infinidad de ellos.

"Ya me estaba enojando de sólo pensar que por un ridículo truco circense –que ya había tenido oportunidad de presenciar varias veces en la China–, hubiese emprendido una cabalgata tan trabajosa, pero el espectáculo que de ahí en más se ofreció ante mi vista me compensó con creces el esfuerzo realizado: los grillos no sólo pertenecían a una especie totalmente desconocida para la ciencia –lo que los hacía interesantes de por sí–, sino que además se comportaban de una manera más que peculiar. Apenas hubieron tomado contacto con el dibujo del mapa, comenzaron a correr sin ton ni son en todas direcciones, para luego ir formando grupos que se examinaban mutuamente con desconfianza. Súbitamente cayó sobre el centro mismo del mapa una mancha de luz con los colores del arco iris (provenía, como constaté al momento, de un pequeño prisma de vidrio que el Dugpa había puesto contra el sol), y en pocos segundos los pacíficos grillos se convirtieron en un apolotonamiento de insectos que se destruían entre sí de la manera más abominable. El espectáculo era demasiado repulsivo como para pensar en describirlo. El chirriar de los miles y miles de alas daba un tono altísimo, casi melodioso, que me llegó hasta la médula de los huesos; si bien se asemejaba al canto de los grillos que todos

conocemos, estaba compuesto de un odio tan infernal mezclado con una suerte de lamento tan atroz, que yo sé que no lo podré olvidar jamás.

"Por debajo de esa masa de cuerpos se iba derramando un jugo espeso y verdoso.

"Le ordené al Dugpa que parara de inmediato esa bestialidad; pero él ya había guardado el prisma y se limitó a responderme con un encogimiento de hombros.

"En vano me esforzaba por separar a los grillos con un palo: sus locas ganas de matar ya no conocían límite.

"Cada vez aparecían más de ellos, venían en tropel para participar de este juego macabro hasta formar una montaña vibrante y pataleante tan alta casi como un hombre.

"A una legua a la redonda la tierra se hallaba cubierta por insectos enloquecidos que formaban una masa blancuzca que pugnaba por llegar al centro movida por un sólo pensamiento: matar, matar, matar.

"Algunos grillos que iban cayendo malheridos del montón y no podían volver a subir, se destrozaban a sí mismos con sus antenas.

"El chirrido era por momentos tan fuerte y tan espantosamente agudo, que me tuve que tapar los oídos con las manos, porque estaba seguro de no poder soportarlo más.

"Finalmente, gracias a Dios, los animales parecían ser cada vez menos, las filas que salían de debajo de la tierra se hacían cada vez más ralas hasta que cesaron por completo.

"-¿Y ahora qué se propone? –pregunté al tibetano cuando vi que el Dugpa no demostraba ninguna intención de dar por terminada la representación, sino que más bien parecía esforzado en mantener sus pensamientos concentrados en vaya uno a saber qué idea. Su labio superior estaba contraído de modo tal que se podían ver claramente sus dientes afilados y puntiagudos. Eran negros como la brea, sospecho que de tanto mascar hojas y yerbas, una costumbre muy difundida en estas zonas.

"-Liga y desliga –oí que me respondía el tibetano.

"A pesar de que yo no cesaba de repetirme a mí mismo que no eran más que insectos los que aquí habían encontrado una muerte tan horrenda, no podía evitar sentirme por demás impresionado, tanto, que por momentos creí desvanecerme... y la voz continuaba llegándome de muy lejos: –Liga y desliga...

"No podía entender su significado, y sigo aún hoy sin entenderlo; tampoco puede decirse que después de lo ya relatado sucediera algo digno de ser tomado especialmente en cuenta. ¿Por qué sería entonces que yo permanecí ahí sentado? Tal vez pasaran horas, no lo sé. Era como si la voluntad de levantarme hubiese desaparecido de mi cuerpo, no puedo definirlo de otro modo.

"Poco a poco el sol se iba hundiendo, y tanto el paisaje terreno como el celeste fue adquiriendo ese tinte rojo y anaranjado totalmente irreal, que cualquiera que haya estado alguna vez en el Tibet tan bien conoce. El colorido de este cuadro sólo es comparable al de las carpas que se pueden hallar en las romerías europeas.

"No me podía desprender de las palabras: «liga y desliga»; paulatinamente iban adquiriendo en mi cerebro un sentido espantoso de verdad; en mi imaginación el bulto compacto y enorme de grillos se convertía en millones de soldados agonizantes. Sentí de pronto mi garganta como estrangulada por un misterioso e inconmensurable sentido de

responsabilidad, cuyo tormento era aún mayor por lo mismo que me era imposible hallar su origen.

"Por un momento tuve la impresión de que el Dugpa se había ido y que en su lugar tenía delante mío –escarlata y verde oliva– a la abominable estatua del dios de la guerra tibetano.

"Pude luchar contra esa visión hasta tener nuevamente ante mis ojos a la realidad tal cual era; pero a mí no me bastaba con esa realidad: los vapores que se elevaban de la tierra, las cimas dentelladas y nevadas de las montañas que se recortaban en el horizonte, el Dugpa con su gorro escarlata, yo mismo, con mis ropas mitad europeas mitad asiáticas, y finalmente esa carpa negra con sus patas de araña, ¡todas esas cosas no podían ser reales! Realidad, fantasía, visión... ¿qué era verdad, qué era mentira? Y para colmo esa torturante sensación de que mi pensamiento se abría dejando un gran espacio hueco cada vez que volvía a hostigarme el miedo a ese nuevo, inexplicable, terrible sentido de responsabilidad.

"Más tarde, mucho más tarde... durante mi viaje de regreso, este acontecimiento fue creciendo en mi memoria como una exuberante planta venenosa que yo trataba en vano de extirpar.

"De noche, cuando no puedo conciliar el sueño, comienza a tomar cuerpo en mí la vaga sensación de estar a punto de comprender el significado de la frase «Liga y desliga», y entonces trato de asfixiarla para que no pueda madurar, del mismo modo en que uno trata de sofocar un fuego antes de que se propague... Pero de nada sirve defenderme ... en mi imaginación puedo ver como del montón de grillos muertos se alza un vapor rojizo que se va formando en nubes, que obscureciendo el cielo como las nubes fantasmales que trae el monzón, se precipitan hacia Occidente.

"Y ahora mismo, mientras escribo estas líneas, siento algo que yo... yo... yo..."

–Aquí la carta se interrumpe –dijo el profesor Goclenius–; desgraciadamente debo comunicarles ahora que en la embajada china me dieron la desgraciada nueva de la muerte de nuestro estimado colega Johannes Skoper, acaecida en el lejano Oriente... –el profesor no pudo seguir; un fuerte grito lo interrumpió: "No puede ser, el grillo sigue vivo después de todo un año! ¡Increíble! ¡Atrápenlo! ¡Se vuela!". Vociferaban todos al mismo tiempo. El profesor de la melena leonina había destapado el frasco dejando salir al insecto aparentemente muerto.

Un momento después de todo este alboroto, el grillo había salido volando por la ventana hacia el jardín, y los graves señores científicos, en su afán por darle caza, casi se llevan por delante al portero del museo que venía para encender las lámparas de la sala de profesores.

Moviendo pensativamente la cabeza, el viejo observaba a esos extraños personajes que en el jardín trataban de dar caza a un pequeño insecto volador. Luego miró hacia el cielo del atardecer rumiando para sí: ¡Las formas que pueden llegar a tomar las nubes en estos tiempos de guerra! Ahí hay una que parece un hombre con un gorro rojo y la cara verde; si no fuese porque los ojos están tan separados, se diría que es igualito a un ser humano. ¡Realmente, a mi edad lo único que me falta es volverme supersticioso!

## DE COMO EL Dr. JOB PAUPERSUM LE TRAJÓ ROSAS ROJAS A SU HIJA

En el famoso café de lujo "Stefanie" de Munich, y en altas horas de la noche, se hallaba sentado, rígido, con la mirada perdida, un anciano de aspecto por demás singular. La corbata deshilachada y dejada en absoluta libertad más la frente poderosa que casi le llegaba hasta la nuca, revelaba al hombre docto, al académico de relevancia.

Aparte de una barba plateada y rala que parecía escapada de una pléyade de chinches, cuyo extremo inferior cubría aquella parte central del chaleco donde a los grandes pensadores les suele faltar un botón, el anciano caballero poseía muy poco que valiera la pena mencionarse en cuanto a bienes terrenales.

Para decirlo con absoluta precisión, nada.

Tanto más vivificante le resultó, por consiguiente, que ese parroquiano de vestimenta tan mundana y lustroso bigote negro que hasta ese momento estuviera sentado junto a la mesa del rincón de enfrente llevándose a la boca de tanto en tanto un trozo de pescado frío haciendo gala de un delicado manejo del cuchillo (momentos en los cuales resaltaban aún más los destellos que despedía el brillante del tamaño de una guinda que lucía en el meñique elegantemente estirado), y que entre bocado y bocado lo obsequiara con miradas asaz observadoras, se levantara limpiándose a boca, cruzara el local casi vacío, se inclinara cortésmente ante él y preguntara:

–¿Gustaría el caballero jugar una partida de ajedrez?... ¿Digamos, por un marco la partida?

Fantasmagóricas escenas a todo color, referidas al derroche y la opulencia, se fueron sucediendo rápidamente ante los ojos mentales del académico, y mientras su corazón maravillado murmuraba: "A este bruto me lo manda Dios", sus labios ya le estaban ordenando al camarero que justamente se había acercado para ocasionar, como era su costumbre, una serie de complicadas perturbaciones en el funcionamiento de las bombillas de luz: –¡Julián, un tablero de ajedrez!

–Si no me equivoco, tengo el honor de conversar con el Dr. Paupersum, ¿no es así? – retomó el diálogo el hombre de mundo.

–Job... este, hm, sí... Job Paupersum –le confirmó distraídamente el académico, pues estaba como hechizado por la monumental esmeralda que bajo el aspecto de una lucecilla de automóvil, pero cumpliendo la función de un alfiler de corbata, adornaba el cuello de su interlocutor.

Fue recién con la llegada del tablero de ajedrez que se quebró el embrujo y pudo actuar nuevamente con entera libertad; colocó las piezas, fijó con saliva la cabeza de un caballo que estaba floja y reemplazó la torre que faltaba con una cerilla convenientemente doblada, todo en un abrir y cerrar de ojos.

A partir de la tercer jugada el hombre de mundo se desprendió de sus binóculos, adoptó una pose por demás pedante y se sumió en hondas cavilaciones.

"Parece querer inventar las cosas más estúpidas que se puedan realizar sobre un tablero de ajedrez... de otra manera no me explico por qué se lo pasa meditando tanto tiempo", se dijo el académico mientras observaba distraídamente a la matrona embutida en seda verde –el único ser viviente que quedaba en el local fuera de él y el hombre de mundo– que se mantenía erguida como una diosa invulnerable sobre el sofá del fondo, sosteniendo ante sí un plato del que desbordaba el merengado, su frío corazón de mujer acorazado detrás de unas buenas cincuenta libras de grasa.

–Abandono– manifestó por fin el caballero de la lucecilla verde, hizo a un lado las piezas y extrajo del costado de su ropa un estuche dorado del cual hizo aparecer una tarjeta de visita que inmediatamente le alcanzó al académico. El Dr. Paupersum leyó:

Zenon Sawaniefski

Empresario de Monstruosidades

–Hm. Claro. Hm... de monstruosidades, hm. monstruosidades –repitió durante un buen rato sin haber entendido gran cosa–. ¿Pero no pensaba usted seguir jugando algunas partiditas más? –preguntó luego en voz más alta, su pensamiento siempre dirigido hacia la acumulación de capitales.

–Ciertamente. Por supuesto. Todas las que usted quiera –le respondió amablemente el hombre de mundo– ¿Pero qué le parece si antes hablamos de algo más remunerativo?.

–¿De algo más... más remunerativo? –se le escapó al académico, mientras alrededor de sus ojos se iban formando leves arruguitas de recelo.

–He sabido casualmente –comenzó el empresario y ordenó al camarero por medio de movimientos plásticos que trajera una botella de vino y una copa–; por pura casualidad, decía, que usted, a pesar de su renombre como luminaria de las ciencias, se halla de momento sin un empleo fijo.

–Sí que lo tengo. Durante el día hago paquetes para las Damas de Caridad y luego los proveo de sus correspondientes sellos postales.

–¿Y con eso se mantiene?

–En la medida en que al lamer los sellos postales suministro a mi organismo una determinada cantidad de hidratos de carbono.

–¿Pero no sería mucho mejor que hiciera uso de su conocimiento de idiomas? Como intérprete, por ejemplo, en un campo de prisioneros.

–Sucede que sólo domino el coreano antiguo, los diversos dialectos españoles, tres de los dialectos esquimales y unas dos docenas de lenguas suahelis, sucede también que hasta ahora lamentablemente no estamos en guerra con ninguno de estos pueblos.

–Más le hubiera valido aprender los idiomas francés, inglés, ruso y servio –acotó el empresario.

–No le quepa la menor duda de que entonces la guerra hubiera sido con los esquimales y no con los franceses –argumentó a su vez el académico.

–Aja, si a usted le parece...

–Así es, mi querido señor, no hay nada que ajajear, desgraciadamente es así.

–Yo, en su lugar, estimado doctor, habría hecho el intento en algún diario con un tratado enjundioso sobre la guerra. Todas cosas inventadas, se entiende.

–Lo hice, lo hice –se lamentó el anciano–, relatos desde el frente, sobrios, objetivos, conmovedoramente escuetos, pero...

–¡Hombre, usted sí que es un caso de escopeta! –estalló el empresario–. ¿Relatos desde el frente escuetos, sobrios y objetivos? Los informes que llegan desde el frente deben ser conmovedores, sí, pero de ninguna manera escuetos y mucho menos objetivos... y en cuanto a sobrios, francamente... Usted debió haber tratado de...

El catedrático lo interrumpió con un gesto de cansancio:

–He tratado de hacer todo lo humanamente posible en esta vida. Cuando no pude hallar un editor para mi libro, un compendio de cuatro tomos sobre el tema: *Presunciones acerca del uso del polvo limpiador en la China prehistórica*, me dediqué a la química... –de sólo ver cómo tomaba vino el otro, el académico se volvía cada vez más verborrágico– y al poco tiempo ya había hecho un invento para templar acero con un procedimiento totalmente nuevo...

–¡Pero con algo así tendría que haber ganado un montón de dinero! –exclamó el empresario.

–No. Un fabricante al que le mostré el invento me disuadió de patentarlo (más tarde lo patentó él por su cuenta), diciendo que solamente se podía ganar mucho dinero con inventos pequeños y aparentemente insignificantes, que no despertaran la envidia de los competidores. Siguiendo su consejo inventé la famosa pila bautismal plegable, para aliviar a los misioneros metodistas la conversión de los pueblos salvajes.

–¿Y?

–Me dieron tres años de cárcel por blasfemia. –Siga usted, sígame contando, estimado doctor animaba el hombre de mundo al académico–, todo esto es sumamente interesante.

Uf, le podría seguir contando durante días enteros de mis esperanzas destrazadas... Para conseguir una beca ofrecida por cierto famoso promotor de las ciencias, emprendí largos estudios en el museo etnológico y escribí un libro que llamó poderosamente la atención del jurado: *Hipótesis acerca de cómo habrían pronunciado los antiguos Incas el nombre Huisilopochtli –según la conformación del paladar de las momias peruanas– si esta palabra no hubiese sido creada en México sino en Perú.*

–¿Consiguió la beca?

–No. El famoso promotor de las ciencias habló conmigo –eso fue antes de la guerra– y me dijo que por el momento no disponía de suficiente dinero, ya que, además de promotor de las ciencias, era un fanático adepto de la paz, y que por consiguiente estaba dispuesto a invertir todo el efectivo de sus arcas en una campaña pro afianzamiento de las

buenas relaciones entre Alemania y Francia, a fin de conservar intactos los valores humanos tan trabajosamente elaborados en común.

–¿Pero al estallar la guerra no se dieron para usted nuevas posibilidades?

–No. El promotor me dijo entonces que tenía que ahorrar más que nunca para aportar también él su granito de arena a la exterminación definitiva del enemigo natural y hereditario.

–Bueno, será cuestión de esperar hasta que la guerra termine, mi estimado doctor.

–No. Para entonces el promotor de las ciencias tendrá que ahorrar con mucha más razón para la reconstrucción de todos los valores humanos destruidos y la reanudación de las buenas relaciones entre los pueblos por ahora interrumpidas.

El empresario meditó un largo rato, y luego preguntó compasivo:

–¿Y cómo es que no se pegó un tiro?

–¿Pegarme un tiro? ¿Para ganar dinero?

–No, no precisamente para eso: lo que quise decir, hm, es que, en fin, que no deja de ser admirable que nunca haya perdido el coraje de empezar siempre de nuevo.

El académico perdió súbitamente toda la calma; su rostro, que hasta ese instante había permanecido inmóvil, como tallado en madera, adquirió una expresión temerosa y vacilante.

En los ojos de los animales medrosos puede verse, cuando se hallan frente a un abismo, acosados por la muerte y con el perseguidor muy cerca detrás suyo, un brillo de dolor y de profunda desesperanza semejante al que se podía ver ahora en la mirada del viejo. Sus magros dedos comenzaron a tantear sobre la tabla de la mesa con movimientos temblorosos, como si estuviesen bajo la tensión de un llanto trabajosamente contenido y como tratando de hallar apoyo. Las líneas que corren desde las aletas de la nariz hasta la comisura de los labios se le habían alargado tan visiblemente, distorsionando de tal manera su boca, que parecía estar luchando contra un ataque de parálisis. Tragó saliva un par de veces.

–Ahora me doy cuenta de todo –dijo finalmente, como alguien que teme que se le trabe la lengua–, ya sé, usted es un agente de seguros. Durante la mitad de mi vida he estado temiendo tropezar con uno de éstos. (El hombre de mundo trataba en vano de explicarse, y protestaba enérgicamente con las manos y los gestos de la cara.)

"Sí, ya lo sé, usted me quiere insinuar solapadamente que saque un seguro de vida y que luego me suicide para que... y bueno, por qué no decirlo... para que mi hijita pueda seguir viviendo y no tenga que morir de hambre junto conmigo. ¡No diga nada! ¿O es que realmente piensa que yo no sé que a los de su ralea no se les escapa nada, pero lo que se dice nada? Ustedes lo saben todo de nuestras vidas; han cavado pasillos secretos que van de casa a casa y con ojos de lobos hambrientos espían en todas las alcobas para saber qué se puede sacar de ellas, saben cuándo nace un niño, cuántos céntimos hay en los bolsillos de cada cual, si alguien se va a casar o si está planeando un viaje peligroso. Llevan la contabilidad exacta sobre cada uno de nosotros y se intercambian nuestras direcciones. Y usted, usted ha llegado a leer en mi corazón y conoce el pensamiento que me viene atormentando hace ya diez años. ¿Cree acaso que soy tan vil y tan egoísta que no

estaría ya asegurado y muerto... muerto por el bien de mi única hija, y por mi propia mano, sin esperar una insinuación de ustedes, que lo único que quieren es embaucarnos y que estafan a sus propias compañías, ustedes, sí que trampean por un lado y por el otro, aconsejándole a uno como suicidarse sin que nadie se de cuenta... para después ir corriendo a hacer la denuncia y poder cobrar así una nueva comisión? Van y dicen: ¡esto es suicidio, no hay que pagar la póliza! ...¿Cree que yo no veo, como lo ven todos, que las manos de mi querida niña son cada día más blancas y más transparentes, y que yo no sé lo que esto significa: labios secos y afiebrados y tos durante la noche? Aunque fuese un canalla de su misma índole ya lo habría hecho hace mucho tiempo –para poder comprar medicinas y alimentos sustanciosos–, pero yo sé qué es lo que sucede siempre en estos casos: el dinero no se pagaría nunca, y... y después... ¡no, no y no, no quiero ni pensarlo!

El empresario quiso hacer una nueva tentativa para interrumpir el torrente de palabras del anciano y debilitar la sospecha de que él fuese un agente de seguros, pero no se atrevió: el académico había cerrado su mano, antes vacilante, en un puño firme y amenazante.

–Voy a tener que pensar en una salida diferente –musitó el doctor Paupersum en voz muy baja y después de una serie de gestos incomprensibles, como dando fin a una larga frase pronunciada sólo mentalmente; y siguió diciendo–: Está el asunto ése de los gigantes ambranos.

–¡Gigantes ambranos! ¡Caramba, por fin llegamos al tema de mi especialidad! ¡Era precisamente de eso que quería hablarle! –Esta vez el empresario no se dejaba parar por nadie:

–¿Cómo es eso de los gigantes ambranos? He sabido que usted escribió un ensayo sobre el tema. ¡Pero por qué no bebe usted, doctor! ¡Julián, otra copa!

El doctor Paupersum volvió a ser al instante todo un académico.

–Los gigantes ambranos –comenzó con la solemnidad que se estilaba en estos casos– eran individuos mal conformados, con pies y manos enormes, y su existencia se daba exclusivamente en una aldea tirolesa llamada Ambras, lo que siempre dio lugar a la suposición de que se trataba de una enfermedad muy rara cuyo agente provocador debía ser buscado en aquel mismo lugar, ya que evidentemente no había hallado terreno propicio en ninguna otra parte. Pero yo fui el primero que logró demostrar que el tal agente debía encontrarse en el agua de un arroyo local, actualmente casi seco, y los experimentos que he hecho en este sentido me autorizan a declarar que puedo ofrecer una prueba fehaciente de lo que afirmo utilizando para ello mi propio cuerpo, y que puedo comprometerme a provocar en mí –después de pocos meses, si fuese necesario, y a pesar de mi avanzada edad– malformaciones como las ya mencionadas o tal vez mucho peores.

–¿Peores como qué, por ejemplo? –preguntó el empresario lleno de expectación.

–Mi nariz podría llegar a transformarse en una especie de trompa, algo así como la de los carpinchos americanos; mis orejas podrían adquirir el tamaño de un plato soperero; mis manos ya habrían ganado a los tres meses el tamaño de una hoja de palmera (*Lodoicea Sechellarum*); en tanto que mis pies, mal que me pese, no llegarían a sobrepasar las dimensiones de la tapa de un barril de cien litros. En lo que se refiere al crecimiento de mis rodillas, la cosa se presenta sumamente promisorio, aunque debo confesar que mis



cálculos teóricos aún no pueden considerarse definitivos, de modo que a pesar de mi esperanza de hacerlas parecerse a corto plazo a ciertos hongos gigantes centroamericanos, no me está permitido dar garantías científicas, sin que por ello...

—¡Con esto me basta! ¡Usted es mi hombre! —gritó, el empresario casi sin aliento—. Y ahora por favor no me interrumpa. Resumiendo: ¿Estaría usted dispuesto a realizar este experimento en su propia persona si yo le garantizo una entrada anual de medio millón y un adelanto de unos cuantos miles... digamos... bueno, digamos de unos quinientos marcos?

El doctor Paupersum se sintió mareado. Cerró los ojos. ¡Quinientos marcos! ¿Es que había sobre esta tierra tanto dinero?

Durante un par de minutos se vio a sí mismo convertido en un mastodonte antediluviano de larga trompa, y ya le parecía escuchar la clara voz de un negro, ataviado al estilo de los pregoneros de feria, gritándole a la multitud que exudaba cerveza: "¡Vengan ustedes, zeñorrraz y zeñorrrrez, vengan a verrr al monztruo máz grande de ezte ziglo por mizerrablez diez zéntimos!"... Pero enseguida se le presentó también la visión de su querida, queridísima hija rebosante de salud, envuelta ricamente en sedas y tules blancos, con una corona de azahares sobre su cabeza, arrodillada feliz ante el altar... y toda la iglesia brillantemente iluminada ... y de la imagen de la Virgen partían rayos luminosos... y... por un instante sintió que se le encogía el corazón: él mismo tenía que mantenerse oculto detrás de una columna, ahora ya no la podría besar nunca, nunca, nunca más, ni siquiera se podía dejar ver, ... él, el monstruo más horrible del mundo! ¡Lo único que lograría sería espantar al novio! Y de ahora en adelante tendría que vivir entre las sombras, como los animales que le temen a la luz, y mantenerse bien oculto durante las horas del día. ¡... Pero qué importancia podía tener aquello! ¡Ninguna! ¡Lo que importaba era que su hija recobrara la salud! ¡Y que fuera feliz! ¡Y rica! Ahora estaba como maravillado... ¡Quinientos marcos! ¡Qui-nien-tos mar-cos!...

El empresario, que tomaba el largo silencio del académico como muestra de indecisión, echó mano de todos sus poderes persuasivos: ¡Estimadísimo doctor! ¡Tenga cuidado con lo que hace! ¡Negándose, no hace más que pisotear su propia felicidad! Hasta ahora toda su vida estuvo errada. ¿Y por qué? Usted estuvo llenando su cabeza hasta reventar con un montón de estudios. Estudiar es una estupidez. Míreme a mí: ¿acaso yo estudié? Eso es algo que sólo pueden permitirse los ricos de nacimiento... y éstos no tienen ninguna necesidad de estudiar. El hombre tiene que ser sumiso y tonto —por decirlo de algún modo— entonces la naturaleza le va a tomar cariño. La naturaleza también es muy tonta. ¿O ha visto usted alguna vez que un tonto se haya ido a pique?... Usted debió ser más agradecido y desarrollar mejor los talentos que el destino le colocó en la cuna. ¿Es que nunca se miró en el espejo? Quien tenga su aspecto, incluso ahora, cuando todavía no bebió ni un solo traguito del agua de Ambras, podía haberse edificado una sólida posición trabajando de payaso... ¡Dios, las señales de la madre naturaleza son tan fáciles de entender! ¿O acaso teme que al convertirse en monstruo pierda respetabilidad? Yo sólo puedo asegurarle que toda mi compañía está formada exclusivamente por personas de las mejores familias... Ahí tengo, por ejemplo, a un anciano caballero que nació sin piernas ni

brazos. A ése lo presenté una vez a su Majestad la reina de Italia como un bebito belga mutilado por los generales alemanes.

El Dr. Paupersum solamente había llegado a entender las últimas palabras.

–¿Qué disparate está diciendo? –lo increpó; malhumorado–. ¡Primero dice que el lisiado es un caballero anciano y luego pretende haberlo presentado como un bebito belga!

–¡Pero si eso es precisamente lo que le presta encanto a la situación –le contradijo el empresario–; yo afirmo simplemente que envejeció así de rápido después de la impresión que le causó ver como un sargento prusiano devoró a su madre mientras aún estaba viva.

El académico comenzó a sentirse inseguro; el cinismo del otro era desconcertante.

–Está bien, sea. Pero, ante todo, dígame: ¿Cómo piensa presentarme en público mientras me van creciendo la trompa, los pies, etc., etc.?

–¡Más sencillo imposible!... Primero lo escamoteo con un pasaporte falso por la frontera suiza, y de Suiza a París. Allí lo meto en una jaula, y a usted lo único que le queda por hacer es bramar cada cinco minutos como un toro salvaje y comer tres veces por día algunas culebritas (ya verá que puede, la cosa suena mucho peor de lo que es). Por la noche es la función de gala: un turco muestra cómo lo enlazó en las selvas vírgenes de Berlín, y en el cartel de afuera dice: "Garantizamos que este es un académico alemán auténtico (que sería la pura verdad; yo nunca me presto para embustes). ¡El primer ejemplar de su especie que es traído vivo a Francia!... etc., etc. Por lo demás, estoy seguro que mi amigo d'Annunzio se va a mostrar encantado de redactar el texto, él le va a dar el necesario tono poético, ya verá.

–¿Y qué pasa si entretanto se termina la guerra? –se permitió dudar el académico–. Usted sabe, con esta mala suerte mía...

El empresario sonrió:

–No se preocupe, mi queridísimo doctor: el tiempo en que un francés ponga en duda algo que habla mal de los alemanes no llegará nunca. Ni que pasen mil años.

¿Qué fue eso... un terremoto? No, había sido el camarero que iniciaba el turno de la noche con un preludio musical de copas rotas.

El Dr. Paupersum miró asustado a su alrededor. La diosa invulnerable del sofá había desaparecido y su lugar estaba ocupado ahora por un viejo e incorregible crítico de teatro, que seguramente estaría destrozando *in mente* una función de estreno que iba a tener lugar la semana entrante; mojaba el dedo índice con la punta de la lengua, luego alzaba con la yema de ese mismo dedo unas migas de pan que habían quedado olvidadas sobre el mantel, se las metía en la boca, las trituraba minuciosamente con sus incisivos y ponía cara de hurón.

El Dr. Paupersum se fue dando cuenta paulatinamente de que se encontraba sentado de espaldas al local y que, según las apariencias, había estado en esa posición durante todo el tiempo; de lo que cabía inferir que las cosas que había presenciado con su vista le habían llegado por medio del enorme espejo que se hallaba frente a él, y en el que ahora se reflejaba su propia cara que lo contemplaba dubitativamente... El hombre de mundo seguía ahí, y estaba comiendo realmente pescado frío –con cuchillo–, pero estaba en el rincón más lejano del local y no aquí sentado a su mesa.

"¿Cómo habré llegado hasta el Stefanie?", se preguntaba el académico.

No podía recordarlo.

Pero poco a poco fue reconstruyendo los detalles: "Esto viene de tanto pasar hambre y de ver a otro comer pescado y beber vino. Mi yo se desdobló por un rato. Es una vieja historia esa del desdoblamiento, y bastante natural por otra parte; en tales casos nos convertimos en espectadores, como en el teatro, y somos al mismo tiempo protagonistas en el escenario. Y los papeles que interpretamos se componen de cosas que hemos leído o escuchado alguna vez y que secretamente... despertaron en nosotros alguna esperanza. ¡Sí, sí, así es, la esperanza suele ser un poeta extremadamente cruel! Nos hace imaginar diálogos de los que creemos estar participando, nos vemos a nosotros mismos realizando determinados gestos... hasta que el mundo exterior, ya totalmente raído gracias a nuestra imaginación, se va plasmando en formas ilusorias. Incluso las frases que nacen en nuestro cerebro ya no son iguales a las que pensamos siempre; surgen acompañadas por observaciones marginales, igual que en las novelas... ¡Qué cosa tan curiosa es el "yo"! Puede llegar a abrirse y separarse como un atado de varillas del que no se hizo más que desatar la cuerda..." y nuevamente el Dr. Paupersum se sorprende a sí mismo murmurando: "¿Cómo habré llegado hasta el Stefanie?".

Un grito de júbilo barrió de pronto toda tribulación:

—¡Pero si he ganado un marco jugando al ajedrez! ¡Un marco entero! Ahora está todo bien: mi niña podrá sanar. Una botella de buen vino y otra de leche, y...

Con salvaje excitación comenzó a revolver en todos sus bolsillos, pero entonces su mirada cayó sobre la franja negra cosida alrededor de una de sus mangas, y la desnuda, atroz realidad estalla en su interior: ¡su hija había muerto ayer por la noche!

Se tomó la cabeza con las manos, ¡sí, sí, estaba muerta! Ahora creía saber cómo llegó al Stefani desde el cementerio, después del entierro. La enterraron esta tarde. Rápidamente, con indolencia y mal humor, porque llovía tanto.

Y después había estado corriendo por las calles horas enteras, apretando los dientes, sin oír otra cosa que el monótono golpetear de sus zapatos, mientras seguía contando, siempre contando, del uno al cien, una y otra vez, para no volverse loco, loco de miedo de sólo pensar que sus pasos pudieran llevarlo contra su voluntad a casa, a su cuarto desnudo con el miserable lecho en el que ella había muerto... dejándolo vacío para siempre. Y de alguna manera tiene que haber sido que llegó hasta aquí. De alguna manera...

Se sostuvo al borde de la mesa para no desmoronarse. De pronto, incoherentemente, su cerebro de académico fue atravesado por un nuevo pensamiento: "Claro, lo que yo tenía que haber hecho es pasarle, por medio de una transfusión, toda la sangre de mis venas; transferirle sangre, claro, sangre de mis venas...", repetía mecánicamente hasta que otra idea repentina lo volvió violentamente en sí: "¡Pero no puedo dejar a mi hijita sola en esta noche de lluvia!", quiso ser un grito y sólo pudo ser un sollozo apagado saliéndole del pecho.

–Rosas, su último deseo fue un ramo de rosas ... y ahora podré comprárselo, ya que gané un marco jugando al ajedrez... –revolvió otra vez en sus bolsillos y salió corriendo, olvidándose el sombrero, detrás de una última, pequeñísima quimera.

A la mañana siguiente lo hallaron sobre la tumba de su hija. Muerto. Con las manos profundamente metidas en la tierra. Se había cortado las venas y su sangre se había filtrado hasta llegar a la que yacía abajo.

Pero su rostro estaba iluminado por esa paz orgullosa que ninguna esperanza puede turbar.

## AMADEO KNODLSEDER, EL INCORREGIBLE BUITRE DE LOS ALPES

–¡Knodlseder, hazte a un lado! –ordenó Andreas Humplmeier, el águila real, apoderándose bruscamente del trozo de carne que la mano dadivosa del guardián había arrojado a través de las rejas.

–Porquería de animal, ojalá se muera –protestaba indignadísimo el anciano buitre de los Alpes, que en los largos años de encierro se había vuelto terriblemente corto de vista y no podía soportar que se aprovecharan de una manera tan irrespetuosa de su inferioridad; voló hacia una de las barras y desde ahí escupió finalmente con la esperanza de dar en su adversario.

Pero Humplmeier no se turbó en absoluto; con la cabeza metida en un rincón devoró impasible la carne recién hurtada limitándose tan sólo a levantar despectivamente las plumas de su cola mientras se mofaba: –¡No te pongas belicoso, que te doy una cachetada!

¡Y esta ya era la tercera vez que Amadeo Knodlseder se quedaba sin cenar!

–¡Esto no puede seguir así –rezongaba cerrando los ojos para no tener que ver la sonrisa desvergonzada que le dirigía el marabú de la jaula vecina y que quietecito en su rincón aparentaba estar "dando gracias a Dios", una actividad a la que su condición de pájaro sagrado parecía obligarlo sin darle casi ningún descanso–, esto no puede seguir así!

Knodlseder dejó que los acontecimientos de las últimas semanas volvieran a sucederse en su memoria: tenía que reconocer que al principio la conducta indudablemente original del águila real le había causado cierta gracia; especialmente en aquella oportunidad en que a la jaula vecina habían traído dos pajarracos delgadísimos –zancudos igual que las cigüeñas– y tremendamente petulantes; cuando hicieron su entrada, el águila exclamó: –¡Epa, epa, qué es esto! ¿Qué clase de bichos son?

–Somos grullas vírgenes –fue la respuesta. –Para quien se lo quiera creer –había respondido el águila real para regocijo de todos los presentes; pero lástima que pronto el carácter zumbón de este muchacho también se volvió contra él, y fue así que un día se puso secretamente de acuerdo con un cuervo, que hasta entonces había sido un compañero bastante agradable, y aprovechando el hecho de que una niñera se había acercado imprudentemente al enrejado con su cochecito de bebé, le sustrajeron la goma de una de las ruedas; luego colocaron el caño de goma en el comedero de la jaula y el águila real había tenido el tupé de señalarlo con el pulgar diciendo: –Amadeo, ahí tienes un chorizo. –Y él, que hasta el momento había sido el orgullo del Jardín Zoológico, él, el venerado buitre de los Alpes... se lo creyó: se apoderó del caño de goma y lo llevó en rápido vuelo hasta su barra, donde comenzó a tironear y tironear hasta que el caño se fue haciendo cada vez más largo y finito, rompiéndose por fin arrojándolo hacia atrás con violencia, de modo que, por primera vez en su vida, cayó al suelo provocándose una dolorosa torcedura en el cogote. Inconscientemente, Knodlseder se estaba tanteando ahora, al recordarlo, la parte lastimada. Y de nuevo lo acometió un ataque de furia, pero se

dominó rápidamente para no darle al marabú la ocasión de una nueva burla. Echó una rápida mirada hacia abajo: no, por suerte el antipático animalejo no había notado nada y seguía tranquilamente hincado "dando gracias a Dios".

"Esta noche se concreta una huida", resolvió el buitre de los Alpes tras largo cavilar; "prefiero la libertad con su lucha por la vida, antes que permanecer un sólo día más con ese ser indigno". Un breve ensayo le confirmó que las bisagras de la puerta de la jaula seguían oxidadas –un secreto que ya conocía desde hace mucho tiempo y que guardaba celosamente para sí–, lo que facilitaba considerablemente sus planes.

Consultó su reloj de bolsillo: ¡Las nueve! ¡Pronto sería de noche!

Esperó una hora más y comenzó a empacar silenciosamente su maleta. Un camión, tres pañuelos (se los acercó uno por uno a los ojos: ¿llevaban las iniciales A. K., sí, eran los suyos), su libro de misa con el trébol de cuatro hojas guardado cuidadosamente entre las gastadas páginas, y por fin –una lágrima nostálgica mojó sus párpados– el viejo y querido braguero, pintado amorosamente para simular un cuero de víbora, que su dulce madrecita le había regalado para Pascuas pocos días antes de que manos humanas lo secuestraran ... y con el que tanto le había gustado jugar.

Bueno, ya estaba todo listo. La maleta cerrada y la llave bien guardada en su buche.

"Casi me convendría", pensaba Knodlseder, "esperar a que el señor Director me diera un certificado de buena conducta. Nunca se puede saber..."; pero desechó este pensamiento casi de inmediato; no sin razón, se dijo que a pesar de su proverbial ingenuidad, la dirección del Jardín Zoológico podría no estar de acuerdo con su partida. "No, creo que me conviene más dormir una horita."

Ya estaba a punto de cobijar la cabeza bajo el ala, cuando lo sobresaltó un ruido sospechoso. Aguzó el oído. No era nada de importancia: el marabú, que secretamente era un gran adicto a los juegos de azar, estaba jugando al "par o impar bajo palabra de honor" consigo mismo a la tenue luz de la luna. Y lo hacía de la siguiente manera: tragaba un puñado de piedritas y volvía a escupir algunas: si el número que resultaba de esta operación era impar, había "ganado". El buitre de los Alpes lo estuvo observando durante un buen rato divirtiéndose de lo lindo al ver que el marabú perdía a cada rato, hasta que un nuevo ruido –proveniente esta vez de la construcción de cemento que embellecía el interior de la jaula– distrajo abruptamente su atención. Era un cuchicheo y estaba dirigido a él: "Pst, señor Knodlseder".

–¿Qué hay? –contestó el buitre de los Alpes con el mismo tono de voz y bajó volando suavemente de su barra.

Era un erizo, que si bien era un bávaro de nacimiento igual que el águila real, se diferenciaba fundamentalmente de éste por su carácter apacible y bonachón, enemigo declarado de las bromas pesadas.

–Usted está por huir –comenzó diciendo mientras señalaba la maleta. Por un instante el buitre de los Alpes pensó terminar con esta intromisión cerrando la boca del erizo para siempre –por pura cautela, se entiende–, pero la confiada mirada de su interlocutor lo desarmó por completo. ¿Conoce usted bien los alrededores de Munich, señor Knodlseder?

–No –tuvo que reconocer sorprendido el buitre de los Alpes.

–Ya me parecía. Yo le puedo ser de utilidad. Bueno, primero: en cuanto salga, doble hacia la izquierda y se mantiene sobre su mano derecha. Después usted mismo se va a dar cuenta. Y después ... –el erizo hizo una pausa para aspirar con admirable rapidez una pizquita de rapé–, y después sigue volando derecho para adelante. Y mucha suerte en el viaje, señor vecino –cerró el erizo su locución y desapareció.

Todo resultó a las mil maravillas. Antes de que amaneciera, Amadeo Knodlseder había logrado abrir silenciosamente la puerta de la jaula, y después de haberse apoderado del sombrerito tirolés y los tiradores bordados propiedad de Humplmeier, que a la sazón roncaba como un aserradero, tomó su maletita y ahuecó el ala puntualmente. Y aunque toda esta actividad logró sacar al marabú de su sueño siempre tan liviano, nada desagradable sucedió, ya que el muy beato se creyó nuevamente obligado a colocarse en su rincón para "dar gracias a Dios".

–¡Uf, cuánta chatura! –protestaba el buitre de los Alpes a la vista de la ciudad sumida en sueños, tal como se le mostraba a la primera luz rosada del día mientras volaba hacia el Sur– ¡y a esto lo llaman metrópolis del arte!

Acalorado por el esfuerzo desacostumbrado, pronto se sintió sediento, y al divisar un pueblito que le pareció simpático se decidió a bajar y regalarse con una buena medida de cerveza.

Comenzó a pasearse muy orondo por las calles dormidas. A esa hora parecía no haber ninguna taberna abierta. La única tienda que ofrecía una excepción a esta inactividad mortal era una cuyo cartel rezaba: "Almacén de Ramos Generales, de Bárbara Muschelknaus".

El buitre de los Alpes se detuvo delante del abigarrado escaparate y lo estudió con atención: de pronto cruzó por su cerebro un pensamiento luminoso. Abrió la puerta de la tienda y entró muy decidido.

Durante la noche anterior ya lo había estado atormentando el problema de cómo ganarse la vida una vez que estuviera afuera. ¿Andar volando por ahí en busca de un botín? ¿Con esta vista que ya no me sirve para nada? ¿Probar qué tal me va con la fabricación de guano? Humm, para eso se necesita en primer término, comer, y comer mucho: *ex nihilo nihü fit*; pero ahora, súbitamente, se le abría un camino nuevo.

–¡Cielos, qué animalejo más repulsivo! –chilló la vieja señora Muschelknaus al contemplar el primer cliente de la jornada; pero se tranquilizó muy pronto cuando Amadeo Knodlseder, tras palmearle cariñosamente las mejillas, le dio a entender con palabras cuidadosamente escogidas que necesitaba completar su equipaje con una colección de corbatas de muy buen gusto, como las que están expuestas en el escaparate.

Conquistada por el comportamiento tan educado y tan jovial del buitre de los Alpes, la vieja comenzó a apilar con diligencia docenas de corbatas sobre el mostrador.

Y al "distinguido caballero" le gustaban todas, tanto es así que pidió que se las fuera acomodando en una caja de cartón, sin discutir el precio. Con respecto a la más cara de

todas, una color rojo fuego, sólo comentó que quería llevarla puesta, y mirando a la dueña con ojos soñadores le rogó que se la atara alrededor de su flaco cuello; mientras ella así lo hacía, él canturreaba:

"Un beso ardiente de tu boca de rosa  
me recuerda  
aquellos rojos amaneceres, hurrá;  
hurrá, hurrá, hurrá."

–Vaya, qué bien le queda –exclamó feliz la vieja–. ¡Pero si parece un verdadero (picapleitos de parranda, casi se le escapa)... duque!

–Bueno, ahora, y si no le ocasiona demasiadas molestias, le pediría un vaso de agua fresca –trinó el buitre de los Alpes.

Casi loca de contento, la pobre salió corriendo hacia las habitaciones traseras de la casa; y apenas hubo desaparecido de "la vista, Amadeo Knodlseder tomó la caja de cartón, salió como disparado de la tienda y en menos de un minuto ya se hallaba flotando por los aires rumbo al azul del cielo. Y aunque pronto se hicieron oír los improperios lanzados a viva voz por la tendera, el desalmado no sintió el menor remordimiento; con la maleta en la izquierda y la caja de cartón bien sujeta entre las garras de la derecha, siguió tranquilamente su camino a través del éter.

Recién a altas horas de la tarde –los rayos del sol poniente se aprestaban ya a dar el beso de despedida a las sonrosadas cumbres de los Alpes–, condujo su raudo vuelo hacia abajo. Los aromas balsámicos del terruño abanicaban mimosos su rostro y su vista se perdía embriagada en el paisaje.

De las verdes praderas se elevaba melodioso el melancólico cantar de los pastores, acompañado por el argentino tintinear de las manadas. Guiado por el instinto certero de un hijo de los aires, Amadeo Knodlseder descubrió bien pronto, para su enorme regocijo, que un destino benévolo había conducido su vuelo hasta las cercanías de una próspera aldea de lirones.

Y si bien es cierto que apenas avistado el peligroso visitante, los lugareños corrieron a buscar la protección de sus hogares, sus temores se aquietaron casi tan rápidamente como habían surgido al observar que Knodlseder no sólo no le tocó ni un sólo pelo a un lirón muy viejito que no había podido huir a tiempo y que se dirigía al comercio de granos que había en la localidad, sino que se inclinaba respetuosamente ante él, quitándose el sombrero, para preguntarle si no le podría recomendar una buena posada con precios razonables.

–A juzgar por su acento usted no es de aquí, ¿verdad? –dijo para entablar una conversación, después de que el lirón, tartamudeando de miedo, le dio la información requerida.

–No, no –balbuceó el anciano caballero.

–¿Del Sud tal vez?



–No. De... de Praga.

–Ah, y por lo tanto judío, ¿no? –siguió inquiriendo el buitre de los Alpes, mientras le sonreía amigablemente guiñando un ojo.

–¿Yo? ¿Y... yo? ¡Pero, qué ocurrencia señor buitre de los Alpes! –negó enfáticamente el lirón, temiendo seguramente tenérselas que ver con un ruso–. ¿Judío yo? Todo lo contrario, por más de diez años fui *shabes-goy*<sup>1</sup> en lo de una familia judía pero buena.

Una vez que el buitre de los Alpes se hubo enterado de toda suerte de detalles acerca de la vida y de las costumbres del lugar, y después de haber manifestado su profunda satisfacción por el hecho de que no existiera allí ninguna clase de lugares nocturnos, ni buenos ni malos, dejó al pobre lirón en libertad y se dispuso a buscar un lugar donde afincarse.

La suerte le seguía sonriendo, y antes de que cayera la noche ya había conseguido alquilar en las cercanías del mercado una tienda elegantísima con su correspondiente vivienda, que daba a los fondos de la casa, cada habitación con entrada independiente.

Los días y las semanas fueron transcurriendo en la mayor de las calmas; los vecinos ya habían olvidado por completo sus temores del comienzo y las calles del pueblo se hallaban animadas como siempre por el murmullo alegre de sus habitantes.

Prolijamente escrito con letra cursiva, podía leerse en el cartel de madera que colgaba sobre la entrada de la tienda recién inaugurada:

CORBATAS EN TODOS LOS COLORES

vende

AMADEO KNODLSEDER (Se conceden rebajas)

y todos se agolpaban para admirar las llamativas mercancías expuestas en el escaparate.

Antes, cuando pasaban las bandadas de patos silvestres haciendo alarde de las brillantes corbatas con que los había obsequiado la naturaleza, en la aldea reinaba siempre cierto malestar motivado por la mal disimulada envidia. ¡Pero cómo habían cambiado las cosas ahora! Todo vecino que se preciaba de ser alguien poseía una corbata de primerísima calidad y mucho, mucho más brillante todavía. Las había rojas, azules, amarillas, y hasta hubo quien hallara una a cuadros entre tanta maravilla; sin hablar del señor alcalde, que se había conseguido una tan larga, que al andar se le enredaba constantemente entre las patas delanteras.

La firma Amadeo Knodlseder se hallaba en boca de todo el pueblo para señalar, antes que nada, las virtudes personales de que hacía gala su propietario, de todas las

---

<sup>1</sup> Gentil que los judíos ortodoxos suelen emplear para realizar los trabajos domésticos mientras dura el *sabat*. (N. de la T.)

virtudes ciudadanas. Ahorrativo, trabajador, diligente y medido en sus costumbres (sólo bebía limonada).

Durante el día atendía a su clientela, en la tienda propiamente dicha, y de tanto en tanto invitaba a algún comprador especialmente seleccionado a que pasara a las dependencias del fondo, donde solía permanecer luego largo rato, haciendo seguramente anotaciones en el libro mayor. Tal la creencia general, ya que en esas ocasiones se lo oía eructar ruidosamente, y todo el mundo sabe que, tratándose de un comerciante próspero, eso es signo de una gran actividad mental.

El hecho de que el visitante no abandonara nunca el comercio por la parte de adelante, no llamaba mayormente la atención. ¡Habiendo tantas salidas por la parte de atrás!

Después del cierre, Amadeo Knodlseder solía sentarse en un escarpado para tocar melodías románticas en su dulzaina, hasta que la adorada de su corazón –una gamuza solterona, con lentes y manta escocesa– se acercaba con sus breves pasitos por las rocas de enfrente. Entonces la saludaba con un mudo y rendido gesto y ella contestaba con un recatado movimiento de su cabecita. Ya se estaba corriendo la voz de que ahí tenía que haber algo, y los enterados aprobaban con regocijo la tierna relación, ya que resultaba realmente edificante poder presenciar con los propios ojos un cambio tan favorable en la vida de un individuo con las taras hereditarias que necesariamente debía tener todo buitre de los Alpes.

Lo único que impedía que la felicidad del pueblito fuese completa, era la circunstancia –tan desdichada como sorprendente– de que el número de la población disminuía de un modo inexplicable, casi se podría afirmar que de semana en semana. Ya no quedaba una sola familia de lirones que no hubiera registrado a uno de sus miembros en la sección de personas desaparecidas. Se barajaban un sin fin de posibilidades, y se seguía aguardando, pero ninguno de los familiares echados de menos regresaba al hogar.

Y cierto día se notó la falta de... ¡nada menos que la señorita gamuza! Hallaron su frasquito de sales al borde de unos riscos; parecía casi evidente que había cardo al fondo del abismo a consecuencia de alguno de sus acostumbrados vahídos. La congoja de Amadeo Knodlseder era total. Una y otra vez descendía con las alas desplegadas hasta el lugar en que presumiblemente yacía su bienamada para –así afirmaba él con desconsuelo–, hallar por lo menos sus restos y poder darles cristiana sepultura. Y, entre vuelo y vuelo, se lo podía ver sentado entre las piedras –en la boca un mondadientes– con la vista perdida en el vacío.

Llegó al extremo de descuidar por completo su comercio de corbatas.

Y entonces, cierta noche, se produjo una relación terrible. El propietario del inmueble –un viejo gruñón y chismoso– hizo su aparición en el destacamento de policía exigiendo que se forzara la entrada a la tienda y se secuestraran todas las existencias, ya que no estaba dispuesto a seguir esperando un sólo día más el pago del alquiler adeudado.

–¡Hum! ¡Qué extraño! ¿El señor Knodlseder adeuda el alquiler? –el oficial de guardia no podía creerlo–, ¿y para qué demonios tirar abajo la puerta? ¡A esta hora debe estar en casa durmiendo, con despertarlo basta!

–¿Ése y en casa? –el viejo lirón estalló en una sonora carcajada– ¿Nada menos que ése? ¡Pero si nunca regresa antes de las cinco de la madrugada y siempre borracho como una cuba!

–¿Borracho? –el oficial de guardia comenzó a impartir órdenes.

Ya comenzaban a asomar las primeras luces del alba, y los esbirros seguían chorreando sudor tratando de forzar el pesado candado que mantenía cerrada la parte del fondo de la tienda.

Una multitud excitadísima se paseaba de aquí para allá en la plaza del mercado.

–¡Quiebra fraudulenta! No, falsificación de letras de cambio –y así iban cambiando sucesivamente las diversas versiones.

–¡Jí, jí, quiebra fraudulenta! ¡Háganme el favor! ¡Jí! –El que así se expresaba era nada menos que el anciano comerciante de granos, que desde aquel encuentro tan enojoso con Knodlseder no se había dejado ver nunca más en la vía pública.

El desconcierto general iba creciendo y creciendo.

Hasta las elegantes damitas que regresaban a casa –de vaya a saber uno qué diversiones– envueltas en sus finas pieles, hacían parar sus coches para preguntar qué sucedía.

Y de pronto un ruido formidable: la puerta había cedido por fin a la presión de los más forzudos. ¡Y qué horrible espectáculo se ofrecía ahora a la vista de los azorados concurrentes!

De la habitación abierta salía un olor nauseabundo, y adonde quiere uno dirigiera la mirada: trozos de piel masticados y vueltos a escupir, huesos roídos apilados en montones que llegaban hasta casi el cielorraso, huesos sobre la mesa, huesos en los estantes, hasta en los cajones de la cómoda y en la caja fuerte: huesos y más huesos.

La multitud quedó como paralizada; ahora ya no cabía duda acerca del paradero de los vecinos desaparecidos. Knodlseder se los había comido, no sin antes despojarlos de la mercadería previamente adquirida... ¡un segundo "Joyero Cardillac" de la novela de la señorita de Scuderi!

–¿Y qué me cuentan ahora de la quiebra fraudulenta? –comenzó de nuevo el viejo marmota acaparador de granos. Ahora todos lo admiraban por haber sido tan inteligente como para prohibirle a su familia todo trato con ese asesino sinvergüenza.

–¿Cómo es posible estimado vecino que usted fuese el único que mantuviera en pie su desconfianza? ¿Había tantas razones para suponer que podía haber cambiado...?

–¿Un buitre de los Alpes y cambiar? –preguntó el anciano, siempre con el mismo tono de burla– ¡El que fue buitre alguna vez, seguirá siendo buitre durante el resto de su vida, y más si se trata de un buitre de los Alp...! –no pudo seguir hablando: voces humanas se acercaban. ¡Turistas!

En un abrir y cerrar de ojos, todos los lirones desaparecieron.

Incluyendo al marmota sabio.

–¡Qué belleza! ¡Una verdadera maravilla! ¡Qué soberbio amanecer! ¡Ohhhh! –exclamaba una de las voces. Pertenecía a una rubicunda damisela, de nariz respingada,

que acto seguido se hizo ver en la meseta horadando el aire con su ondulante busto, los ojos muy abiertos y redondos como dos huevos fritos (sólo que no tan amarillos, sino más bien azules) y enterando a quien quisiera enterarse de su romántica apreciación de la naturaleza—. ¡Ohhhh! Y ahora, en medio de este paisaje, con el que madre natura ha sido tan, pero tan pródiga, ya no le permitiría repetir, Sr. Klempe, lo que me dijera abajo en el valle acerca de los italianos. Ya verá usted, cuando la guerra haya terminado, los italianos van a ser los primeros en venir a tendernos la mano y reconocer:

"¡Querida Alemania, perdónanos, pero esta vez prometemos cambiar!"

## LA VISITA QUE J. H. OBERHEIT HACE A LAS TEMPIJUELAS

A mi abuelo lo enterraron para su eterno descanso en el cementerio de Runkel, una pequeña ciudad totalmente alejada del ruido del mundo.

Sobre una lápida cubierta por el musgo se hallan grabadas cuatro letras enmarcadas por una cruz, y tan relucientes en su dorado esplendor, que parecen haber sido pintadas ayer:

$$\begin{array}{c} \text{V} \mid \text{I} \\ \hline \text{V} \mid \text{O} \end{array}$$

"V-I-V-O"<sup>2</sup>, o sea, "sigo viviendo", así me explicaron, cuando siendo aún muy pequeño, fui llevado por vez primera a visitar la tumba de mi abuelo; y el significado de esta inscripción quedó tan hondamente grabada en mi alma como si el mismo muerto la hubiese dictado desde su sepultura.

*Vivo* –sigo viviendo–: ¡extraña inscripción para una lápida! Aún hoy llevo dentro mío el eco de su sonido, y cada vez que pienso en ella me siento como aquel día en que supe por primera vez su significado: veo a mi abuelo –a quien no he llegado a conocer– yaciendo ahí abajo, intacto, las manos plegadas y los ojos abiertos e inmóviles, claros y transparentes como el cristal; como alguien que se mantiene incólume en el reino de la corrupción, aguardando paciente y serenamente el instante de su resurrección.

He visitado los cementerios de muchas ciudades, siempre llevado por el mismo propósito de volver a encontrar inscrita en alguna de sus lápidas la misma palabra, pero este deseo que secretamente guiaba mis pasos sólo se vio cumplido en dos oportunidades: –una en Danzig y la otra en Nüremberg–, y en ambos casos el nombre del muerto había sido borrado por la mano del tiempo, pero la palabra "*vivo*" se mantenía clara y fresca como si cada una de sus letras estuviera llena de vida.

Siempre había dado por sentado que mi abuelo –como ya lo había oído decir cuando era niño– no dejó una sola línea escrita por su mano, tanto más me sorprendió, pues, encontrar no hace mucho tiempo una serie de anotaciones de las que no me cabe la menor duda que son de su puño y letra, ocultas en un compartimento secreto de mi escritorio, una vieja reliquia de la familia que ahora, desde hace poco, me pertenece.

Estaban cuidadosamente ordenadas en una carpeta caratuladas con esta frase asombrosa: "¿Cómo habría de escapar un hombre a la muerte, a no ser que no espere nunca nada de nada?". Inmediatamente volvieron a resurgir ante mí las llameantes letras en cruz de la palabra "*vivo*" que me habían estado acompañando a lo largo de toda mi vida como una luz que de tanto en tanto se echaba a dormir para volver a despertar,

<sup>2</sup> En castellano en el original (N. de la T.)

siempre de nuevo, tanto en momentos de su sueño como de vigilia. Si hasta entonces había creído que podía ser casualidad que aquel *vivo* estuviese grabado en la lápida que cubría la tumba de mi abuelo –una inscripción que había dependido de la azarosa voluntad del sacerdote– estaba convencido ahora, después de leer la frase que encabezaba sus escritos, que debía tratarse de algo mucho más importante, cuyo significado signara tal vez toda su existencia.

Y lo que luego fui leyendo, página tras página, me iba convenciendo cada vez más.

Su contenido se refiere demasiado a circunstancias privadas como para darlo a conocer a un público totalmente extraño, de modo que me voy a limitar a mencionar solamente aquello que se relacione con los hechos que me llevaron a conocer a Johann Hermann Oberheit y con la visita que éste hiciera a las tempijuelas.

Como se puede entender a través de sus escritos, mi abuelo pertenecía a la sociedad de los "Hermanos de Filadelfia", una orden cuyos orígenes conducen hasta el antiguo Egipto y que tiene como fundador, dicen, al legendario Hermes Trimegisto. También estaban detalladamente explicados los "gestos" con que sus miembros se reconocían entre sí.

Aparecía muchísimas veces el nombre de Johann Hermann Oberheit, un químico muy amigo de mi abuelo y que debió haber vivido en Runkel; y como a la sazón yo estaba profundamente interesado en conocer más detalles acerca de la vida de mi antepasado y de la obscura filosofía que se desprendía de cada línea, decidí trasladarme a Runkel y averiguar allí mismo si era posible dar con algún descendiente del mencionado Oberheit o si existía una crónica familiar que pudiera consultar.

Uno no puede imaginarse nada más digno de haber salido de un ensueño que aquella ciudad diminuta que parece un trocito de la Edad Media enclavada al pie del castillo montañoso de Runkelstein, que fuera residencia permanente de los príncipes von Wied, atravesada por sus callejuelas torcidas de empedrado jiboso, totalmente despreocupada del paso del tiempo.

En las primeras horas de la mañana me dirigí al pequeño cementerio, y toda mi juventud pareció revivir como por encanto mientras me encaminaba bajo los rayos del sol de un montículo florido a otro, leyendo mecánicamente los nombres de aquéllos que dormían para siempre debajo de las cruces.

De lejos pude reconocer la reluciente inscripción que adornaba la tumba de mi abuelo.

Delante de la misma estaba sentado un anciano de cabello totalmente blanco, sin barba, de rasgos muy marcados y el mentón apoyado en la empuñadura de marfil de su bastón, que me contemplaba con ojos particularmente vivaces, como alguien que comienza a reavivar un sinfín de recuerdos a la vista de un rostro conocido.

Vestía de un modo anticuado, casi al estilo *biedermeier*<sup>3</sup>, con alta cuello tiesamente almidonado y ancha corbata de seda negra, lo que lo hacía parecer el retrato de su propio antepasado.

Quedé tan sorprendido por su aspecto anacrónico y absolutamente ajeno a nuestra época, y estaba, además, tan ensimismado a raíz de los recuerdos que el lugar me traía, que debo haber pronunciado en voz alta el nombre "Oberheit".

–Efectivamente, mi nombre es Johann Hermann Oberheit– dijo el anciano caballero sin demostrar el menor asombro.

Casi me quedo sin aliento, y lo que pude saber a través del diálogo que entablamos a continuación no me serviría para salir del estado de extrañeza en que me sentía envuelto, resulta ya de por sí extraño encontrarse con alguien que no aparenta ser mucho mayor que uno pero que ya lleva a sus espaldas un siglo y medio de vida; casi me siento como un jovenzuelo –a pesar de mis ya numerosas canas– cuando, mientras íbamos caminando, me hablaba de Napoleón y otras personalidades históricas, que él había conocido personalmente, como se habla de alguien que ha muerto hace poco.

–En la ciudad me toman por algo así como mi propio nieto –dijo señalando sonriente una lápida cuya fecha de muerte rezaba: 1798–; bueno, en realidad, yo debería estar enterrado aquí; le hice grabar esa fecha, porque no quiero ser admirado en público como un Matusalén moderno. La palabra *vivo*, agregó, como si hubiese podido leer mis pensamientos, "será agregada recién cuando esté realmente muerto".

Pronto nos hicimos grandes amigos, y él insistió en que me hospedara en su casa.

Así transcurrió casi un mes, durante el cual nos quedábamos muchas, veces conversando hasta muy entrada la noche, pero siempre cambiaba de tema cuando yo insinuaba querer conocer el significado de la frase que servía de carátula a los escritos de mi abuelo: "Cómo habría de escapar un hombre a la muerte, a no ser que no espere nada de nada". Cierta noche, sin embargo, la última que pasábamos juntos (nuestra conversación trataba de los procesos a las brujas de la Antigüedad, y yo opinaba que debían haber sido mujeres histéricas), él me interrumpió bruscamente:

–¿Usted no cree que el hombre puede abandonar su cuerpo y volar, digamos, hasta una montaña?

Yo me limité a mover negativamente la cabeza.

–¿Quiere que le haga una demostración? –preguntó simplemente mirándome a los ojos.

–Estoy dispuesto a reconocer –traté a mi vez de suavizar la tensión que se había producido–, que mediante el uso de ciertos narcóticos las tales brujas entraban en un estado de éxtasis que les permitía creer a pie juntillas que volaban por los aires montadas en una escoba.

Pareció meditar mis palabras largo rato.

–Claro, diga yo lo que diga, usted seguirá pensando que todo no es más que el fruto de mi imaginación –observó muy quedamente, y se sumió otra vez en sus cavilaciones. De

---

<sup>3</sup> Propio de la época del *Biedermeir*, o romanticismo alemán. (N. de la T.).

pronto se puso de pie y retiró un cuaderno de uno de los anaqueles de su biblioteca-. Pero tal vez le interese saber qué escribí en estas páginas cuando, hace años, hice el experimento. Debo agregar que por aquel entonces era todavía un hombre joven y lleno de ilusiones –en su mirada podía verse que había retrocedido con la mente a tiempos muy lejanos– que creía en eso que los hombres llaman vida, hasta que llegaron los golpes, uno tras otro: perdí aquello que uno más ama en esta tierra, mi mujer, mis hijos... todo. Fue entonces que el destino hizo que conociese a su abuelo, y él me enseñó a comprender qué son los deseos, qué es la espera, qué son las ilusiones, cómo se enmarañan entre sí y cómo hay que hacer para arrancarles la máscara a todos esos fantasmas. Nosotros les dimos el nombre de "tempijuelas", porque del mismo modo en que las sanguijuelas nos chupan la sangre, éstas nos chupan el tiempo, el verdadero jugo de la vida. Aquí, en esta misma habitación, fue que me enseñó a dar los primeros pasos en el camino por el cual se puede vencer a la muerte y triturar las víboras de la esperanza... Y a partir de entonces –pareció dudar por un instante–, sí, a partir de entonces fui como de madera, como el leño que no siente cuando se lo acaricia o cuando se lo parte con una sierra, ni cuando se lo arroja al fuego o al agua. Desde entonces he quedado vacío por dentro; desde entonces no necesité buscar consuelo. ¿Para qué habría de buscarlo? Yo sé: soy, y recién ahora vivo. Hay una diferencia muy sutil entre vivir y estar vivo.

–¡Usted lo expresa todo con tanta sencillez, siendo en realidad algo tan terrible! –lo interrumpí profundamente conmovido.

–Sólo lo parece –me tranquilizó con una sonrisa–, de la inmovilidad del corazón puede surgir un sentimiento de felicidad que usted ni se imagina. Es como una melodía muy dulce que canta "soy" y que una vez iniciada no podrá acallarse nunca más, ni en sueños ni cuando nuestros sentidos despiertan nuevamente a la realidad... ni con la muerte.

–¿Quiere que le diga por qué los hombres mueren tan temprano y no viven 1000 años, como los patriarcas de la Biblia? Porque son como esas verdes y tiernas hojas de un árbol que brotan raudamente con las lluvias de primavera... se olvidan que son parte de un tronco y por eso se caen con la llegada del otoño. Pero lo que en realidad quería contarle es cómo fue que por primera vez abandoné mi cuerpo.

"Existe una doctrina secreta y muy antigua, tan antigua como el género humano, que se ha ido transmitiendo de boca en boca hasta nuestros días, pero que sólo muy pocos conocen. Nos enseña los medios para cruzar los umbrales de la muerte sin perder el conocimiento, y aquél que lo logre, será de ahí en más dueño de sí mismo: habrá adquirido un yo nuevo, y lo que hasta entonces le pareció que era su yo se habrá convertido en un simple instrumento, del mismo modo que son nada más que instrumentos nuestros pies y nuestras manos.

"Cuando el espíritu recién descubierto se va, nuestro corazón y nuestro aliento se paralizan como los de cualquier cadáver, pero *nosotros* nos vamos con él como se fueron los israelitas de Egipto, y las aguas se abrirán a nuestro paso y permanecerán erguidas como muros de piedra. He tenido que ensayarlo muchas veces, sufriendo grandes tormentos hasta que por fin logré separarme de mi cuerpo. Al principio me sentía como si estuviese flotando, y era una sensación muy parecida a la que tenemos en sueños cuando



creemos volar, quedaba con las rodillas encogidas y mi cuerpo se me antojaba algo extremadamente leve, pero de pronto fui arrastrado por una corriente negra que iba de Sud a Norte –en nuestro idioma la llamamos la corriente ascendente del Jordán–, y el rumor de sus aguas sonaba como a veces nos suena nuestra propia sangre en los oídos. Una multitud de voces exaltadas, cuyos dueños no podía ver, me instaban a que regresara, hasta que me acometió un fuerte temblor y el miedo me indujo a nadar hasta una roca que apareció ante mi vista. A la luz de la luna pude ver que en la costa había un ser de la contextura de un adolescente, totalmente desnudo y sin ninguno de los atributos del sexo; poseía un tercer ojo en medio de la frente, igual que Polifemo, y señalaba inmóvil tierra adentro.

"Luego caminé por entre espesos follajes, tomando por una senda muy lisa y muy blanca, a la que no podía sentir bajo mis pies, y cuando trataba de asir las ramas y las hojas que me rodeaban por doquier, entre éstas y mis dedos siempre se interponía una fina capa de aire imposible de atravesar. El contorno de las cosas que divisaba parecía blando, inconsistente y grotescamente agrandado. Pájaros jóvenes e implumes de mirada insolente, gordos e hinchados como patos cebados, se acurrucaban en un nido gigantesco y largaban agudos chillidos a mi paso; un cervatillo que apenas sabía caminar, pero del tamaño de un animal ya totalmente desarrollado, sentado pesadamente entre las hierbas, giró perezosamente la cabezota hacia mí.

"En cada ser que veía se podía percibir la misma pereza y pesadez.

"Paulatinamente fui comprendiendo dónde me encontraba: en un país que parecía el calco del nuestro, pero que era, sin embargo, totalmente diferente: era el reino de los sosias fantasmales que se nutren de la energía de sus semejantes terrenales, y en tanto saquean a sus arquetipos, van creciendo en la medida en que a los otros los consumen las esperas e ilusiones vagas; aguardando siempre la felicidad. Cuando en la tierra a un cachorro le matan a su madre y el desgraciado se queda esperando lleno de confianza que le alcancen alimentos... mientras se muere de hambre, en esta maldita isla de fantasmas nace su sosias y comienza a chuparle la poca savia que le queda: la fuerza que se agota en la esperanza adquiere aquí forma y se convierte en maleza, en plantas parásitas que brotan y crecen sin cesar... el suelo está preñado por la savia fertilizante del tiempo que se Pierde en aguardar el cumplimiento de quimeras. "Y al seguir caminando llegué a una ciudad que estaba llena de seres humanos, muchos de los cuales me eran conocidos en la tierra, de los cuales Podía recordar muy bien sus rostros demacrados y cansados a consecuencia de tantas esperanzas fracasadas, y podía recordarlos vencidos y agachados sin atinar a arrancar los vampiros de sus corazones –sus propios yos endemoniados–, que les chupaban el tiempo y la vida. Aquí podía verlos convertidos en monstruos hinchados como esponjas, panzones, con los ojos vidriosos perdidos entre los pliegues inflamados de su cara.

"Sobre la puerta de un negocio de lotería había un cartel que rezaba:

*CASA FORTUNA*

*cada billete gana el premio mayor*

y de allí salía una multitud apopléjica y sonriente, arrastrando detrás suyo sacos repletos de oro, hombres y mujeres que no eran otra cosa que los fantasmas grasientos y gelatinosos de todos aquellos que en la tierra vegetan aguardando los frutos del azar.

"Luego entré en un recinto enorme con forma de templo, cuyas columnas se alzaban hasta el cielo; allí había un trono de sangre coagulada sobre el que se sentaba un monstruo con cuerpo de hombre del que salían cuatro brazos con sus correspondientes manos, su horrible boca de hiena echaba espumarajos de sangre y de placer: era el dios de la guerra de tantas tribus salvajes que le tributan víctimas para que les sea concedida la victoria sobre sus enemigos.

"Corrí espantado por los hedores de la corrupción que llenaban el lugar y salí a la calle, y allí quedé paralizado de asombro frente a un palacio cuya magnificencia y esplendor sobrepasaba todo lo que yo había conocido hasta ese instante. Sin embargo, cada piedra, cada cumbrera, cada escalón me parecieron tan extrañamente familiares, como si hubiese sido yo mismo quien lo construyera en mi imaginación.

"Y sintiéndome casi como el dueño de casa, subí por la blanca escalera de mármol hasta que pude leer el nombre del verdadero propietario, que no era otro que... mi propio nombre: Johann Hermann Oberheit.

"Entré al gran salón y pude verme vestido de púrpura sentado ante una mesa ricamente servida, atendido por mil esclavas, y en cada una de ellas reconocí a una de las tantas mujeres codiciadas alguna vez por mis sentidos, aunque sólo fuese por un fugaz instante.

"Me sentí invadido por un odio indescriptible al descubrir que este ser –mi propio sosias– se regalaba aquí en la abundancia desde que yo tenía uso de razón, puesto que había sido yo mismo quien le diera vida otorgándole así todas las riquezas por mí anheladas, en tanto permitía que toda la fuerza mágica del yo manara de mi alma para malgastarse en un sin fin de esperanzas.

"Y súbitamente pude ver con claridad que toda mi vida había sido nada más que eso: esperar cosas, que esa espera no era sino una especie de sangría inacabable, y que todo el tiempo que me quedaba para percibir y sentir el presente apenas si sumaba horas. Lo que hasta ese momento había considerado como el contenido de mi vida reventó ante mis ojos como una pompa de jabón. Y ahora estoy en condiciones de decirle, amigo mío: todo lo que realizamos en esta tierra da a luz nuevas esperanzas; todo nuestro planeta está bañado por los vahos pestilentes que despiden todos los presentes muertos en el instante mismo de haber nacido. ¿Quién no ha experimentado alguna vez esa debilidad enervante que nos acomete cuando nos hallamos en la sala de espera de un médico, un abogado o un funcionario? Lo que llamamos vida no es más que la sala de espera de la muerte. Y entonces, en aquel momento, comprendí qué es el tiempo: nosotros mismos no somos sino imágenes hechas de tiempo, cuerpos que parecen ser materiales y que no son nada más que tiempo coagulado.

"Y ese marchitarse diario, camino de la tumba, ¿qué otra cosa es sino un nuevo convertirse en tiempo bajo la apariencia de esperanzas e ilusiones...? ¡del mismo modo que el hielo que puesto al calor se convierte nuevamente en agua!

"Y cuando esta convicción se hizo luz en mí pude ver que el cuerpo de mi sosias comenzaba a temblar y que su cara se distorsionaba de miedo. Y entonces también supe qué es lo que debía hacer: luchar sin tregua contra esos fantasmas que nos chupan la savia de nuestras venas igual que los vampiros.

"¡Oh, ellos, esos parásitos de la vida humana saben muy bien por qué les conviene permanecer invisibles a los ojos del hombre; la peor canallada del diablo consiste precisamente en hacer como si no existiese.

"Ya partir de mi visita al país de las tempijuelas he desalojado para siempre de mi existencia los conceptos esperanza e ilusión.

–Pienso, señor Oberheit, que yo me desmoronaría con el primer paso si decidiera seguir el terrible camino que emprendió usted –dije al cabo de un rato–, puedo imaginar, eso sí, que mediante el trabajo continuo y sin descanso se pueden adormecer dentro de uno tanto la esperanza como la ilusión; sin embargo...

–¡Sí, pero nada más que adormecerlos! En lo más profundo del alma, la esperanza permanecerá viva y al acecho. ¡Hay que darle con el hacha en sus mismas raíces! –me interrumpió Oberheit–. ¡Conviértase en un autómatas aquí en la tierra! Tome solamente el fruto que lo está llamando... si con ello se combina la más mínima espera, retire la mano y verá que todo le será dado... maduro y a su debido tiempo. Al comienzo le parecerá estar deambulando a través de un páramo desconsolador, a lo mejor por largo tiempo, pero de pronto se hará la luz a su alrededor, y usted podrá ver todas las Cosas –las bellas y las feas– animadas por un brillo distinto e insospechado. Y entonces ya no habrá para usted nada "trascendente" ni nada "intrascendente", pues todas las cosas habrán ganado –por su misma intrascendencia– una trascendencia igual; y entonces podrá decir de usted mismo: me hago a la mar sin playas timoneando mi barco de velas blancas.

Esas fueron las últimas palabras que me dijera Johann Hermann Oberheit; nunca más lo he vuelto a ver.

Entretanto han pasado muchos años y yo me he esforzado en lo posible por aprender la enseñanza que él me impartiera, pero la esperanza no quiere abandonar mi corazón.

Sé que soy demasiado débil como para arrancar la mala hierba de raíz, y ya no me extraña que entre las muchas tumbas de los cementerios tan pocas lleven la inscripción:

$$\begin{array}{c} \underline{V \mid I} \\ V \mid O \end{array}$$

## EL CARDENAL NAPELLUS

Aparte de su nombre: Hieronymus Radspieller, sólo sabíamos de él que vivía año tras año en el castillo semiderruido cuyo propietario, un vasco canoso y siempre malhumorado –ex sirviente y luego heredero de un antiguo y noble linaje que se fue perdiendo en la soledad y la tristeza– le había alquilado todo un piso para él solamente, quien lo había hecho habitable con muebles y otros enseres muy anticuados, pero también muy lujosos.

Era un contraste fantástico el que aguardaba a quien entrara en esas habitaciones después de atravesar la tierra inculta y despoblada que rodeaba el castillo, donde nunca se oía cantar un pájaro y donde todo parecía dejado de la mano de Dios y de la vida, si no fuera que de tanto en tanto los tejos hiciesen oír sus "quejidos bajo los embates del viento cálido que venía del Sud, o que el lago –como un ojo enorme siempre abierto al cielo– reflejara en su pupila verdinegra las blancas nubes que flotaban en lo alto.

Casi todo el día se lo pasaba Hieronymus Radspieller en su bote, dejando caer en las aguas un huevo de metal suspendido de un fino cordel de seda: una sonda para indagar las profundidades del lago.

–Seguramente se hallará al servicio de alguna compañía de estudios geográficos –arriesgó uno de nosotros, cuando cierta noche, después de nuestras cotidianas excursiones de pesca, nos hallábamos reunidos en la biblioteca de Radspieller, que él, gentilmente, había puesto a nuestra disposición. –Casualmente hoy me enteré por medio de la vieja mandadera que lleva la correspondencia al otro lado del desfiladero, que corre el rumor de que en su juventud fue monje en un convento donde se flagelaba día y noche; algunos parecen afirmar, incluso, haber visto que su espalda está totalmente cubierta de cicatrices –intervino Mr. Finch, trayendo un novedoso aporte a una de las tantas conversaciones en las que se barajaban conjeturas en cuanto a la personalidad de Hieronymus Radspieller–; y a propósito: ¿no les parece extraño que tarde tanto? Ya deben ser más de las once. –Hoy hay luna llena –dijo Giovanni Braccesco señalando con su mano mustia hacia la ventana, a través de la cual se divisaba la plateada franja de luz que se extendía sobre el lago–; nos será muy fácil ver su bote si nos asomamos.

Al corto rato oímos pasos que subían la escalera; pero era Eshcuid, el botánico, que venía a reunirse con nosotros después de una de sus largas caminatas.

Traía consigo una planta casi tan alta como él con flores de un azul acerado.

–Este es sin duda el ejemplar más grande de esta especie que se haya encontrado jamás; nunca hubiese creído que un "matalobos azul" creciera en estas alturas –dijo lacónicamente y depositó la planta con un sin fin de precauciones sobre el alféizar de la ventana.

"Le va igual que a todos nosotros", pensé mientras lo observaba, y tuve la sensación de que Mr. Finch y Giovanni Braccesco estaban pensando en aquel momento lo mismo que yo, "viejo como es, anda de un lado a otro sobre esta tierra como alguien que debe

buscar su propia tumba sin poderla nunca hallar; colecciona plantas que mañana estarán secas; ¿por qué?, ¿para qué? Parece no importarle. Sabe que su quehacer es estéril, como lo sabemos nosotros del nuestro, pero también a él lo debe haber desmoralizado la triste certeza de que todo lo que se comienza termina siendo inútil, tanto las empresas grandes como las pequeñas. Ya desde muy jóvenes comenzamos a ser como moribundos cuyos dedos tantean inquietos las ropas de la cama y que no saben de donde asirse; como moribundos que saben: la muerte está en esta habitación, qué importa entonces si en el momento mismo de morir las manos están plegadas o si están apretadas como puños".

–¿Adonde piensa ir cuando acá haya terminado la temporada de pesca? –preguntó el botánico después de echarle una última mirada a su planta y sentándose lentamente junto a la mesa.

Mr. Finch pasó los dedos de una mano por sus blancos cabellos, mientras con la otra seguía jugando distraídamente con un anzuelo; finalmente sé encogió de hombros sin "levantar la vista.

–No sé –contestó al rato Giovanni Braccesco, como si la pregunta hubiese estado dirigida a él.

Debe haber pasado fácilmente una hora sin que habláramos una sola palabra; el silencio era tan total, que podía oír el latido de mis sienes.

Por fin se abrió la puerta y en el vano de la misma quedaron enmarcados el cuerpo y la cara pálida y afeitada de Hieronymus Radspieiler.

Su expresión era reposada y senil, como siempre, y su mano permaneció firme y tranquila mientras se servía una copa de vino y la alzaba como brindando a la salud de los presentes; pero en la habitación reinaba un clima de excitación contenida que había entrado, a mí no me cabía la menor duda, junto con él, transmitiéndose muy pronto a todos nosotros.

Sus ojos –que siempre parecían cansados y que tenían la peculiaridad de que sus pupilas nunca se contraían ni se dilataban, como si no reaccionaran a la luz, igualitos a botones de chaleco con un punto negro en el centro, según Mr. Finch– hoy parecían afiebrados e inquietos y recorrían indecisos las paredes y los estantes de libros, sin quedar fijos en ninguna parte.

Giovanni Braccesco promovió un tema de conversación y comenzó a hablar acerca de nuestros extraños métodos para pescar esos bagres viejísimos y gigantescos, totalmente cubiertos de musgo, que viven allá abajo, en las profundidades inescrutables del lago, rodeados de una noche sin principio ni fin, que desdeñan todo manjar que pueda brindarles la naturaleza y que sólo se interesan por las formas caprichosas y extravagantes que nacen de la imaginación de los pescadores: manos de lata plateada y brillante que realizan movimientos extraños en el agua, o murciélagos de vidrio rojo que esconden entre sus alas los ganchos traicioneros.

Hieronymus Radspieiler no prestaba atención.

Para mí resultaba evidente qué sus ideas estaban en otra parte.

Súbitamente estalló, era como cuando alguien se desprende violentamente de un secreto que ha estado guardando celosamente por demasiado tiempo y cuya fuerza sus labios ya no pueden contener:

–Hoy, por fin mi sonda tocó fondo.

Nosotros nos miramos consternados sin entender nada.

Pero yo había quedado tan impresionado por la extraña emoción que había Vibrado en sus palabras, que no me pude concentrar enseguida en las explicaciones que nos dio a continuación acerca de los diversos procesos de medición y arqueo de aguas profundas: habría allí abajo –a muchas brazas de profundidad– torbellinos tan vertiginosos que rechazan cualquier sonda, la mantienen flotando en el agua e impiden que toque fondo, salvo que intervenga una coincidencia favorable.

Y de pronto de su discurso se desprendió una frase como un disparo:

–Esta es la parte más profunda de la tierra a la que pudo llegar un instrumento hecho por la mano del hombre. –Estas palabras se grabaron a fuego en mi conciencia, sin que yo pudiera hallar una razón por la cual me resultaran tan inquietantes. En ellas se ocultaba sin duda un doble sentido fantasmal y, por un instante, me pareció que por su boca alguien invisible se estaba dirigiendo a mí por medio de símbolos oscuros e indescifrables.

Me era imposible quitar la vista de la cara de Radspieller; ¡qué espectral e irreal me pareció en ese momento! Si cerraba mis ojos podía verlo como aureolado por temblorosas llamas azules; "los fuegos de San Telmo", pensé, "los fuegos de la muerte", y me vi obligado a apretar fuertemente los labios para que estas palabras, que me quemaban la lengua, no salieran de mi boca como un grito.

Por mi mente comenzaron a pasar, como en un sueño, algunos párrafos pertenecientes a libros escritos por Radspieller que yo había leído en mis ratos de ocio, asombrado siempre por la cantidad de conocimiento que allí se evidenciaba, en algunas Partes daba rienda suelta a su odio contra la religión, la fe, la esperanza y todo lo que en la Biblia hay de promisión.

Es el contragolpe –comprendí– que arroja su alma a las miserias de la tierra luego de un ascetismo ardiente y de una juventud atormentada por el éxtasis religioso: es el movimiento de péndulo propio del destino y que lanza a los hombres de la luz a la sombra.

Me arranqué con violencia de ese adormecimiento paralizante que había hecho presa de mis sentidos, obligándome a prestar atención al relato de Radspieller, cuyo comienzo todavía despertaba en mí extraños ecos.

En esos momentos sostenía en la mano la sonda de cobre haciéndola girar de tal manera que sus destellos brillaran a la luz de la lámpara, y mientras tanto iba diciendo:

–Ustedes, apasionados de la pesca, afirman que es sumamente excitante sentir que al otro extremo del cordel, que después de todo nunca sobrepasa las 200 yardas, se ha enganchado un pez muy grande, y con gran expectación aguardan a que el monstruo aparezca en la superficie y les eche agua a la cara. Pero ahora imagínense esa misma sensación multiplicada por mil, y tal vez comprendan qué sentí yo cuando este trozo de

metal me avisó por fin: he tocado fondo. Para mí fue lo mismo que si mi mano acabara de llamar a una puerta... Este es el fin de un trabajo que duró decenios –agregó en voz baja, como para sí, y de su voz parecía desprenderse una pregunta temerosa: "¿qué haré mañana?"

–Y no es poco lo que para la ciencia significa el haber sondeado el punto de mayor profundidad sobre la tierra –intervino el botánico Eshcuid.

–¡Ciencia... para la ciencia! –repetía Radspieller como ausente, mientras nos contemplaba, uno a uno–: ¡Qué me importa a mí la ciencia! –le espetó.

Acto seguido se puso de pie apresuradamente.

Y comenzó a pasearse por la habitación.

–A usted la ciencia le importa tan poco como a mí, profesor –le dijo a Eshcuid, y sonó como una interpelación–. ¿Por qué no llama a las cosas por su nombre? Para nosotros la ciencia no es más que un pretexto para hacer algo, cualquier cosa, no importa qué; la vida, la terrible, despiadada vida, ha marchitado nuestras almas, nos ha robado nuestro propio yo, y entonces, para no estar gritando siempre de dolor, andamos detrás de caprichos pueriles para olvidar lo que perdimos. Para olvidar, nada más que para eso. ¡No nos engañemos más a nosotros mismos!

Todos permanecíamos callados.

–Pero a ello hay que agregarle otro sentido más –de pronto pareció invadirlo una inquietud casi salvaje–; me refiero a nuestros caprichos. Lo he ido viendo muy poco a poco: una suerte de instinto mental me dice que cada acto que realizamos posee un doble sentido mágico. Lo cierto es que no podemos hacer nada que no sea mágico... Yo sé muy bien cuál es la causa ñor la que he estado sondeando ascuas durante casi la mitad de mi vida. Y también sé qué significado tiene que por fin haya logrado llegar al fondo, comunicándome así mediante un cordel muy largo y muy fino y a través de todos los torbellinos, con un reino al cual no Podrán llegar los rayos de este sol maldito cuyo mayor placer es dejar morir de sed a sus criaturas. Lo que realicé hoy no deja de constituir un acontecimiento externo e intrascendente, pero a cualquiera que sepa ver e interpretar lo que hay detrás de las cosas más simples, le basta con la sombra informe que se dibuja contra la pared para saber quién se ha puesto delante de la lámpara –ahora me sonreía con mal disimulada sorna–, y a usted le voy a explicar en muy pocas palabras qué importancia adquiere en mi interior este acontecimiento exterior: finalmente he podido hallar lo que estaba buscando, de aquí en más estaré inmunizado para siempre contra las serpientes venenosas de la fe y la esperanza que sólo pueden vivir en la claridad; lo he sentido así con el brinco que dio mi corazón cuando hoy pude ver cumplida mi voluntad al tocar el fondo del lago con mi sonda de cobre. Un acontecimiento exterior e intrascendente me acaba de mostrar su cara interior.

–¿Tan trágicas fueron las cosas que le ocurrieron en la vida, es decir, durante él tiempo en eme fue eclesiástico? –preguntó Mr. Finch, agregando muy despacio, casi murmurando–: ¿Cómo se explicaría si no que su alma haya quedado tan malherida?

Radspieller no respondió y parecía estar viendo un cuadro recién surgido ante su vista; luego se sentó nuevamente junto a la mesa, posó su mirada en los rayos de luna que atravesaban la ventana y comenzó su relato como un sonámbulo, casi sin tomar aliento:

–Nunca fui eclesiástico, pero ya desde muy joven había algo en mí, una ansiedad oscura y potente que me alejaba de las cosas terrenales. He vivido horas en que el rostro de la naturaleza se transformaba ante mis ojos en la máscara siniestra del diablo, en tanto que las montañas, el agua, el cielo, todo el paisaje e incluso mi propio cuerpo me parecieron ser los muros insalvables de una cárcel. A ningún niño lo va a impresionar demasiado que una nube pasajera arroje fugazmente su sombra sobre una pradera iluminada por el sol, pero a mí ya me acometía en aquel entonces un terror paralizante y me parecía que una mano invisible y violenta me estaba arrancando una venda de los ojos, permitiéndome ver hasta lo más profundo de ese mundo secreto y tormentoso habitado por millones de minúsculos seres vivientes, que ocultos tras las briznas y raíces de las yerbas, se destrozaban mutuamente movidos por el odio.

"Tal vez sólo se tratase de una insania hereditaria –mi padre murió sumido en el delirio religioso– que me impedía ver a la tierra de otro modo que no fuese como a una cueva de bandidos inundada de sangre.

"Poco a poco toda mi vida se fue convirtiendo en el tormento constante de sentir que mi alma se moría de sed. No podía dormir ni pensar, y tanto de día como de noche mis labios formaban temblando y sin parar, mecánicamente, siempre la misma frase: ¡Sálvanos de todo mal!... hasta, que un día la debilidad me venció y pendí el conocimiento.

"En el valle en que he nacido existe una secta religiosa llamada por todos «los Hermanos Azules», cuyos miembros, cuando sienten que su fin está cercano, se hacen enterrar vivos. Todavía puede verse el convento que mandaron construir y el escudo de piedra esculpido sobre la entrada principal: un acónito formado por cinco pétalos azules, de los cuales el superior se asemeja a una capucha de monje: el *aconitum napellus*, más conocido por «matalobos azul».

Yo era un hombre muy joven cuando busqué refugio en esa orden... y casi un anciano cuando la abandoné.

"Detrás de los muros del convento hay un jardín en el que durante el verano florece un cantero repleto de esas flores azules de la muerte, y los monjes lo riegan con la sangre derramada por las Léridas que ellos mismos se producen. Cada uno tiene la obligación, al quedar incorporado a la comunidad, de plantar una de esas plantas, que al igual que en la ceremonia bautismal, recibe el nombre cristiano de quien la plantó.

"La mía se llamó Hieronymus y bebió de mi sangre mientras yo mismo me consumía durante años rogando en vano que se cumpliera el milagro de que el «jardinero invisible» regara las raíces de mi vida con una sola gota de agua.

"El contenido simbólico de este bautismo de sangre consiste en que el hombre plante mágicamente su alma en el jardín del Paraíso y que la fertilice con la sangre de sus deseos.

"Dice la leyenda, que sobre el sepulcro del fundador de aquella secta de ascetas, el también legendario cardenal Napellus, creció en una sola noche de luna llena uno de esos matalobos azules de una altura similar a la de un hombre: y que estaba totalmente



cubierto de flores: y que cuando abrieron nuevamente la tumba, el cadáver había desaparecido. Se supuso por lo tanto que aquel santo varón se había convertido en esa planta y que de ella, la primera en el mundo, proceden todas las demás.

"Cuando en el otoño las flores se marchitaban, nosotros recolectábamos sus semillas venenosas muy similares a pequeños corazones humanos y que, según la doctrina secreta de los Hermanos Azules, son el «grano de mostaza» de la fe; quien la posee puede mover montañas, motivo por el cual... nosotros las comíamos.

"Y del mismo modo en que un veneno muy fuerte puede alterar el corazón de un hombre colocándolo entre la vida y la muerte, así se esperaba que la esencia de la fe transformara nuestra sangre y se convirtiera en fuerza milagrosa en horas de miedo mortal y maravilloso éxtasis.

"Pero yo logré llegar con la sonda de mi conocimiento a profundidades mucho mayores que esas milagrosas metáforas, di un paso más allá y pude enfrentarme con la cuestión cara a cara: ¿Qué sucederá con mi sangre cuando haya quedado preñada por el veneno de la flor azul? Y entonces las cosas a mi alrededor cobraron vida, hasta las piedras al borde del camino me gritaron con mil voces diferentes: Una y otra vez, con el retorno de cada primavera, será vertida para que crezca una nueva planta venenosa que llevará tu propio nombre.

"Y a partir de ese mismo instante pude despojar de su máscara al vampiro que había estado alimentando dentro mío y me sentí presa de un odio inextinguible. Salí al jardín y con mis pies hundí en el suelo la planta que me había robado mi nombre Hieronymus y que se había cebado con mi propia vida.

"De ahí en adelante mi vida pareció estar sembrada de acontecimientos milagrosos.

"Aquella misma noche tuve una visión: se me apareció el cardenal Napellus, llevando en la mano –con los dedos en la misma posición de quien transporta una vela– el acónito azul con su flor de cinco pétalos. Sus rasgos eran los de un cadáver, sólo en su mirada brillaba indestructible la vida.

"Se parecía tanto a mí mismo que creí verme ante mi propio rostro, al punto de tocarme espantado la cara como quien insiste en querer comprobar la existencia del brazo que le acaba de ser arrancado por una explosión...

"Luego me llegué hasta el refectorio y encendido por mi odio violé el armario –que según había oído decir, contenía las reliquias del cardenal Napellus– con el firme propósito de destruirlas.

"Pero sólo encontré ese globo terráqueo que ven allí en la repisa. –Radspieller se levantó, fue a buscar el globo y lo colocó sobre la mesa, prosiguiendo luego su relato: –Lo llevé conmigo al huir del convento para hacerlo añicos y para que así no quedara nada de lo que alguna vez perteneciera al fundador de aquella secta.

"Más tarde cambié de idea y pensé que le haría sentir mucho más mi desprecio por él y su reliquia si la vendía y regalaba el dinero a una prostituta.

"Y así lo hice en cuanto se me presentó la ocasión.

"Desde entonces han pasado muchos años, pero yo no he dejado de pensar ni un solo minuto rastreando siempre las raíces invisibles de aquel otro acónito que envenena la

sangre y los corazones de toda la humanidad, para poder arrancarlas de cuajo de mi propio corazón. Y como ya les dije al comenzar este relato, desde el momento mismo en que desperté a la claridad, fui tropezando con un milagro tras otro; pero yo me mantuve firme: ya no hubo fuego fatuo que me pudiera hacer volver al lodazal.

"Cuando comencé a coleccionar antigüedades ... todo lo que ustedes pueden ver en esta habitación proviene de aquella época de mi vida... me topé con diversos objetos que me hicieron recordar los oscuros ritos de origen gnóstico y del siglo de los camisardos; incluso el anillo de zafiros que llevo en este dedo –que tiene grabado el mismo acónito que sirve de emblema a los Hermanos Azules– llegó a mis manos casualmente mientras revisaba la tienda de un vendedor de alhajas antiguas ... y les aseguro que no despertó en mí ni los más remotos ecos de una emoción. Y el día en que un amigo me trajo de regalo este globo –el mismo que robé de un convento para luego venderlo y regalar el dinero obtenido, la reliquia del cardenal Napellus–, bueno, ese día no pude menos que reírme de esta amenaza pueril que parecía provenir de un azar absurdo y necio.

"No, hasta aquí, donde el aire es claro y transparente, ya no ha de llegarme nunca más el veneno de la fe y la esperanza; en estas alturas, donde sólo reinan los ventisqueros, el acónito azul no podrá crecer jamás. En mí tomó cuerpo la verdad con un sentido nuevo a través del viejo adagio: «Quien quiera sondear las profundidades debe vivir en las alturas».

"Es por eso que no quiero bajar nunca más a ningún valle. Ahora he sanado; y aunque todos los milagros de los mundos angélicos me fuesen regalados, yo los arrojaría de mí como inservibles baratijas. Que el acónito azul siga siendo un medicamento ponzoñoso para los enfermos del corazón y los débiles habitantes de los valles; yo quiero vivir aquí arriba y morir a la vista de la rígida ley diamantina de las necesidades vitales inalterables, luz que no puede ser quebrada por ningún fantasma demoníaco. Yo seguiré sondeando y sondeando, sin meta y sin añoranza, alegre como un niño al que le basta con el juego y que aún no está apestando por la mentira según la cual la vida tiene objetivos más profundos; seguiré sondeando y sondeando... pero cada vez que logre tocar fondo se alzará en mí un grito de júbilo: siempre, siempre es tierra lo que toco, y nada más que tierra... esa orgullosa tierra que rechaza fríamente la traicionera luz del sol para devolverla al éter; la tierra que se mantiene fiel a sí misma por dentro y por fuera; del mismo modo que este globo terráqueo, la última triste herencia del gran cardenal Napellus, seguirá siendo siempre un tonto pedazo de madera, por fuera y por dentro.

"Y las negras fauces del lago me lo dirán siempre de nuevo: sobre la costra de la tierra siguen creciendo –nutridos por el sol– venenos espantosos, pero en su interior los abismos y los grandes precipicios permanecen inmunes, las profundidades se mantienen puras. –El rostro de Radspieler estaba desencajado a causa de la emoción que lo embargaba y su enfático discurso se quebró; ahora daba rienda suelta a su rencor. –Si yo pudiera expresar un único deseo y esperar que éste se cumpliera –gritó casi, apretando los puños–, desearía poder llegar con mi sonda hasta el centro mismo de la tierra, para poder gritarlo luego y que el mundo entero me escuchara: ¡Miren, miren: tierra y nada más que tierra!

Nosotros levantamos la vista, asombrados por el repentino silencio que siguió al estallido.

Ahora estaba en pie delante de la ventana.

El botánico Eshcuid había sacado su lupa y se agachaba sobre el globo terráqueo; enseguida dijo en voz bien alta, como para disipar el malestar que entre todos nosotros habían despertado las últimas palabras de Radspieller:

–Esta reliquia debe ser una falsificación y provenir, si no me equivoco demasiado, de este mismo siglo; aquí están señalados –y puso el dedo sobre América– los cinco continentes.

Por más que esta frase haya sido dicha en un tono totalmente neutro y desapasionado, no logró quebrar la atmósfera deprimente en la que todos habíamos quedado aprisionados, y que se volvía más densa y amenazante según pasaban los segundos hasta convertirse en indisimulable angustia.

Súbitamente, un olor dulce y perturbador, como de arraclán o adelfilla, invadió la habitación.

"Lo trae el viento desde el parque", quise decir, pero Eshcuid ya se había adelantado a mi desesperado intento por despejar ese aire de pesadilla que nos envolvía: había introducido la punta de una aguja en el globo y murmuraba algo como: "Es extraño que este lago, un punto tan minúsculo, figure en el mapa", y en ese mismo momento la voz de Radspieller volvió a despertar y lo interrumpió con tono agudo:

–¿Alguien puede explicarme por qué ya no me persigue más de día y de noche... como antes la imagen de su eminencia el gran cardenal Napellus? En el Código Nazareno, el libro de los azules monjes gnósticos, escrito 200 años antes de Cristo, está la profecía para el neófito: "Quien riegue la planta mística con su propia sangre hasta el fin, será fielmente acompañado por ella hasta las mismas puertas de la vida eterna; pero al impío que ose arrancarla lo enfrentará cara a cara como la misma muerte, y su espíritu vagará sin derrotero para perderse en las tinieblas hasta que llegue la nueva primavera". ¿Dónde está el valor de estas palabras? ¿Se ha muerto acaso? Yo sólo les diré una cosa: contra mí se estrelló una profecía de dos milenios. ¿Por qué no viene a enfrentarme cara a cara para que yo pueda escupirle en la suya, a él, el cardenal Nap... –Un tartajeante estertor le arrancó a Radspieller la última sílaba de la boca; había visto la planta que el botánico colocara horas antes sobre el alféizar de la ventana y la miraba con ojos desorbitados. Mi primera intención fue la de levantarme y correr en su ayuda.

Pero un grito de Giovanni Braccesco me retuvo:

La corteza apergaminada del globo se había desprendido bajo la insistente presión de la aguja de Eshcuid del mismo modo en que se desprende la cascara de una fruta madura, y ante nosotros quedó al descubierto una gran esfera de cristal...

... En su interior podía verse el resultado de una obra de artesanía excepcional: la figura de un cardenal con capa y sombrero, que en la mano traía como quien porta una vela encendida una planta con flores de cinco pétalos de un azul acerado.

Paralizado de espanto como estaba, apenas si atiné a girar la cabeza hacia donde se encontraba Radspieller.

Estaba nuevamente parado junto a la ventana, rígido y cadavérico, y tan inmóvil como la estatuilla de la esfera de cristal; y como ella sostenía en su mano el acónito azul, en tanto que no podía quitar la vista del rostro del cardenal.

Sólo el brillo de sus ojos revelaba que aún estaba vivo; pero nosotros comprendimos claramente que su espíritu se había hundido para ya nunca más volver en la noche de la demencia.

Eshcuid, Mr. Finch, Giovanni Braccesco y yo nos despedimos a la mañana siguiente, casi sin palabras: las últimas horas de la noche anterior aún repercutían en nuestras mentes pesarosas y el desconcierto sellaba nuestros labios.

He seguido viajando por el mundo, solo y sin plan previo, pero nunca me he vuelto a encontrar con ninguno de ellos.

Una sola vez, después de muchos años, mi camino me llevó hasta aquella región: del castillo ya no quedaban más que los muros, pero entre las ruinas se extendía, quemado por el sol de las alturas, en un gran cantero azul:

el *Aconitum napellus*.

## LOS CUATRO HERMANOS LUNARES

### *Especie de documento*

Para decir quien soy no hace falta decir mucho. De los 25 a los 60 años de edad fui ayuda de cámara del Conde du Chazal. Hasta entonces había sido ayudante de jardinero en el convento de Apanua, que viene a ser el mismísimo lugar en el que pasé los oscuros días de mi primera juventud y donde gracias a la bondad del abate aprendí a leer y escribir.

Cuando llegó el día de mi confirmación, siendo que yo era huérfano, mi padrino –el viejo jardinero del convento– aprovechó la oportunidad y me adoptó como hijo, y desde entonces llevo el apellido Meyrink.

Hasta donde puedo recordar, siempre me pareció tener un aro de hierro alrededor de la cabeza, que parece como si me apretara lo que hay adentro, no dejando que se desarrolle lo que la gente llama fantasía. Casi podría afirmarse de mí que me falta un sentido interior para las cosas, Pero, eso sí, mis ojos y mis oídos son agudos como los de un salvaje.

Cuando bajo los párpados puedo ver con toda claridad las siluetas negras y rígidas de los cipreses, tal cual se destacaban de los semidesmoronados pero siempre bien blanqueados muros del convento, veo los ladrillos –gastados por tantas pisadas– que cubrían el piso de los corredores en cruz, los puedo ver uno por uno y hasta podría contarlos, pero, sin embargo, todo eso me resulta frío y mudo... no me dice nada, y yo leí una vez que las cosas saben hablarles a los hombres.

Es de puro sincero que digo siempre lo que pienso y lo que siento, y porque quiero tener el derecho a que me crean; y ahora tengo la esperanza de que alguna vez vengan hombres que lean lo que aquí escribo, y que sepan más que yo para que me puedan explicar –siempre que quieran y les esté permitido hacerlo– tantas cosas que ocurrieron y que me acompañaron durante todo el camino de mi vida como una cadena de adivinanzas que no tienen solución.

Y si contra toda suposición sensata estos escritos llegaran a las manos de cualquiera de los amigos de mi segundo amo: el magistrado Peter Wirtzigh (muerto y sepultado en Wernstein, junto al Inn, en el año de la Gran Guerra: 1914), y me refiero a los bien nacidos doctores Chrysophron Zagráus y Sacrobosco Haselmeyer, llamado también el "Tandshur rojo", espero que ambos caballeros sepan apreciar con justicia que no es indiscreción lo que me hace sacar a luz cosas que tal vez ellos habrán estado ocultando durante tantos años, y también que un anciano de 70 años como yo está por encima de ciertas fruslerías y que me veo obligado a proceder de esta manera por razones más bien espirituales, entre las cuales se cuenta un temor que llevo metido muy adentro de mi corazón: llegar a convertirme –después del deceso de mi cuerpo– en una máquina (los señores doctores ya saben de qué estoy hablando), lo que ya es una razón bastante buena, digo yo.

Pero volviendo a la historia que quiero contar: las primeras palabras que el conde du Chazal me dijo cuando me tomó a su servicio fueron éstas:

–¿Hubo alguna vez en tu vida una mujer que tuviera importancia?

Cuando con la conciencia bien tranquila le contesté que no, pareció quedar muy satisfecho.

Hoy, sus palabras me queman como el fuego, no sé muy bien por qué.

La misma pregunta, letra por letra, me la hizo 35 años más tarde mi segundo empleador, el magistrado Peter Wirtzigh:

–¿Hubo alguna vez en tu vida una mujer que tuviera importancia?

También entonces pude contestar que no, y lo podría contestar también ahora, pero cuando lo dije me sentí como una máquina sin vida y no como una criatura humana.

Cada vez que lo pienso, siento que en mi mente cosquillea una sospecha horripilante; no lo puedo expresar con palabras, pero... ¿acaso no existen también plantas que nunca llegan a desarrollarse por completo, que se van atrofiando desconsoladamente y permanecen siempre tristes y achaparradas (como si el sol no las alumbrara nunca), sólo porque cerca de ellas crece algún veneno que se nutre secretamente de sus raíces?

Durante los primeros meses me sentía bastante molesto en ese castillo solitario que estaba habitado solamente por el señor conde, la vieja Petronella (el ama de llaves) y yo, y que estaba literalmente repleto de utensilios extraños y antiguos, tales como mecanismos de relojería y telescopios... sin hablar de las extravagancias del propio señor conde. Ahí está por ejemplo el hecho de que me permitiera ayudarlo para ponerse la ropa, pero para quitársela jamás; cada vez que yo me ofrecía a hacerlo, pues ello debería formar parte de mis obligaciones, siempre me contestaba que aún pensaba seguir leyendo; lo que no era otra cosa que un pretexto, porque en realidad, por lo menos así debo suponerlo, andaba dando vueltas entre las sombras de la noche y por las mañanas sus botas estaban llenas de lodo, aunque durante todo el día anterior no hubiese puesto los pies fuera del castillo.

Tampoco su aspecto era muy tranquilizante: pequeño y escuálido como era, su cabeza parecía no hacer del todo juego con el resto, y aunque me consta que no era jiboso en absoluto, durante muchísimo tiempo no pude librarme de la impresión de que sí lo fuese... es algo que no me puedo explicar por más que lo pienso y lo repienso.

Su perfil era muy agudo, y el hecho de que su mentón, ya de por sí sobresaliente, estuviese adornado con una barba puntiaguda que se curvaba hacia adelante, le daba decididamente el aspecto de una hoz. Por lo demás, hay que destacar que poseía una enorme fuerza vital: en todos los años que estuve a su servicio no puedo decir que haya envejecido visiblemente, lo único que se le iba acentuando era la forma de media luna de su cara, y ésta era cada vez más flaca.

En la aldea se contaban de él historias por demás extrañas: que no se mojaba cuando llovía y cosas por el estilo; también aseguraban que cuando pasaba de noche delante de las viviendas campesinas, en las casas se paraban todos los relojes.

Yo no prestaba atención a estas habladurías, porque la circunstancia de que a veces los objetos metálicos que había en el castillo, tales como cuchillos, tijeras, rastrillos, y otras tantas cosas más se volvieran magnéticas por un par de días, de modo que se les quedaban

pegadas las plumas de acero, los clavos, etc., obedece a una manifestación de la naturaleza que no tiene nada de sorprendente... o mejor dicho... esa es la explicación que me dio el señor conde cuando ya le pregunté al respecto. El lugar en que estaba enclavado el castillo se situaba sobre terreno volcánico, me dijo, y agregó que semejantes fenómenos se relacionan directamente con la luna llena.

Debo dejar bien sentado que el señor conde tenía una opinión muy elevada de la luna, y para probarlo puedo dar como ejemplo los siguientes acontecimientos:

Ante todo quiero aclarar que al comienzo de cada verano, el 21 de junio, para ser exacto, venía de visita no quedándose nunca más de veinticuatro horas, un personaje por demás curioso: el mismo doctor Haselmeyer, del que volveré a hablar más adelante.

El señor conde siempre se refería a él bajo el nombre de "Tandshur rojo", nunca he podido comprender por qué, ya que el doctor no sólo no era pelirrojo, sino que no tenía un pelo en toda la cabeza, ni cejas ni pestañas. Ya por aquel entonces daba toda la impresión de ser un anciano; tal vez eso se deba a la vestimenta tan ridículamente anticuada que lucía año tras año: un sombrero de copa de paño color musgo que se iba angostando hacia arriba hasta terminar casi en punta, un jubón holandés de terciopelo, escarpines con hebilla y calzones de seda negra que le llegaban hasta las rodillas de sus piernas peligrosamente cortas y delgadas; como les decía: tal vez sea por eso que parecía tan... "defenestrado", porque su voz cristalina, casi infantil, y sus labios graciosamente curvados como los de una muchacha, desmentían decididamente toda idea de senilidad.

Pero, por otro lado, me atrevería a suponer que en toda la tierra no se podrán encontrar ojos tan opacos y apagados como los suyos.

Sin por eso perderle el debido respeto, debo agregar que su cabeza era la de un hidrocéfalo, y que, para colmo de males, parecía ser asombrosamente blanda; tan blanda como un huevo duro sin cascara, y no me refiero a la parte correspondiente a la cara –tan redonda, que más sería imposible–, sino al cráneo mismo. Yo por lo menos podía ver claramente cómo, cada vez que se ponía el sombrero, le aparecía una especie de manguera exangüe por debajo del ala, y que cuando se lo quitaba siempre pasaba un buen rato hasta que su cabeza había recuperado felizmente su forma original.

Desde la llegada del doctor Haselmeyer hasta su partida, él y el señor conde se lo pasaban hablando ininterrumpidamente –sin comer, ni beber ni dormir– acerca de la luna, y lo hacían con un ardor tan sorprendente, que hasta el día de hoy no lo puedo entender.

Tan grande era la pasión de ambos, que si el 21 de junio coincidía con la luna llena, se paraban de noche junto al pequeño estanque del castillo, para pasarse horas y horas contemplando el reflejo de la esfera plateada que el agua devolvía.

Cierta vez, en que yo acerté a pasar junto a ellos, pude incluso ver que los señores arrojaban al estanque pequeños objetos blancos (seguramente serían migas de pan), y cuando el doctor Haselmeyer se percató de que yo los había observado, dijo apresuradamente:

–Sólo le estamos dando de comer a la luna... eh, perdón, quiero decir, a los cisnes. – Pero no había un sólo cisne en todo el estanque. Peces tampoco.

Y lo que tuve que escuchar esa misma noche está, a mi entender, secretamente relacionado con todo lo anterior, de modo que lo grabé palabra por palabra en mi cerebro y ahora lo llevo minuciosamente al papel:

Estando ya acostado pero todavía despierto, oí voces que llegaban desde la biblioteca, un lugar en el que jamás nadie ponía los pies y que estaba pegado a mi cuarto; atento a la novedad, pude escuchar al señor conde expresarse de la siguiente manera:

–Después de lo que acabamos de ver en el agua, mi querido y estimado doctor, tendría que estar yo muy equivocado si las cosas no hubiesen tomado para nosotros un cariz excelente y si la antigua frase de los Rosacruces: *post centum viginti annos patebo*, o sea, "luego de 120 años me revelaré" no puede ser interpretada exactamente en el sentido de nuestros propios pensamientos. ¡Este es en verdad un solsticio invernal memorable! Podemos afirmar que durante la última cuarta parte del recientemente finiquitado siglo XIX todo lo mecánico ha ido ganando una supremacía rápida y segura... eso es algo que podemos dar tranquilamente por sentado; pero, si como cabe esperar, las cosas siguen de este modo, en el siglo XX la humanidad apenas si va a tener tiempo de ver la luz del día de tan ocupada que va a estar en mantener limpietas y en buenas condiciones de funcionamiento todas las máquinas con que va a contar para ese entonces.

"Hoy se puede afirmar con toda propiedad que la máquina se ha transformado en el digno gemelo del becerro de oro; al padre que maltrata a su hijo no le van a dar más de catorce días de arresto, pero a quien dañe cualquier cacharro callejero motorizado puede contar con que lo encierren por 3 años.

–Hay que reconocer que la fabricación de tales vehículos es bastante más costosa –argumentó el Dr. Haselmeyer.

–Por lo general, sí –admitió cortésmente el conde du Chazal–. Pero con toda seguridad que no es ese el único motivo. A mi entender, lo esencial de la cuestión radica en que el hombre no representa nada más ni nada menos que un objeto semiacabado, destinado a convertirse también él en un mecanismo de relojería; como prueba de ello puede tomarse el hecho de que ciertos instintos nada marginales, como por ejemplo el que conduce a elegir la consorte adecuada a fin de mejorar la especie, se han visto relegados a la condición de procedimientos automatizados, que terminan por producir el milagro de que la máquina sea considerada su verdadero vástago y heredero, y bastardo el hijo de su carne.

"Si las mujeres se avinieran a parir bicicletas o pistolas de repetición en vez de niños, puede usted estar seguro de que ninguna se queda sin marido ... Así es... En la edad de oro en qué los hombres estaban menos evolucionados sólo creían en aquello en que era posible *pensar*, con el tiempo llegó la era en que sólo creían en lo que podían *comer* ... en tanto que ahora llegan a la cumbre de la perfección creyendo solamente en la realidad de lo vendible.

"Dan por sentado, dado que el cuarto mandamiento dicta que se ha de honrar al padre y a la madre, que las máquinas que producen y alimentan con aceites de primera calidad, mientras que por su parte ellos se conforman con margarina, les van a retribuir con creces los esfuerzos que cuesta su creación, regalándolos con montones de dicha y prosperidad; pero mientras tanto parecen ignorar que también las máquinas pueden convertirse en hijos desagradecidos.



"En sus confiados delirios se conforman con pensar que las máquinas no son sino objetos muertos que de ningún modo están en condiciones de obrar por su propia cuenta y que pueden ser desechados en cuanto ya no se los necesita más... ¡¡¡Ah, se van a dar de narices!!!

"¿Ha observado usted alguna vez un cañón, mi estimadísimo? ¿Se atrevería usted a decir que ese también es un objeto "muerto"? ¡Yo le puedo asegurar que ni a un general lo cuidan tanto! Un general puede estar atacado de catarro y a nadie le importa un comino, pero a los cañones se los tapa bien tapaditos para que no se "oxiden" (que para ellos sería lo mismo que resfriarse) y se les coloca un sombrero para que no les llueva adentro.

"Está bien, podría argumentarse que los cañones sólo rugen cuando están repletos de pólvora y se ha dado señal de fuego, ¿pero acaso un tenor no empieza a chillar recién cuando se le da el pie y cuando está bien repleto de notas musicales? Vuelvo a repetirle: en todo el orbe no hay un solo objeto que esté realmente muerto.

–¿Pero nuestra querida patria, la luna, no es un cuerpo celeste muerto? –trinó tímidamente el doctor Haselmeyer.

–No está muerto –lo siguió adoctrinando el señor conde–, es solamente el rostro de la muerte. Es (cómo decirlo), la lente condensadora, que al igual que una linterna mágica que invierte los efectos vitales de los rayos de ese maldito y arrogante sol, embruja la aparente realidad mediante unas cuantas imágenes mentales de los seres vivientes, y hace crecer o florecer el fluido venenoso de la muerte en múltiples formas y manifestaciones. Es curioso (¿no le parece también a usted?) que de todos los astros sea justamente la luna la que más amor ha merecido por parte de los hombres; hasta los poetas le cantan –menos mal que tienen fama de videntes– y le brindan sus mejores suspiros y ojos en blanco, sin que a ninguno se le ocurra espantarse de sólo pensar que hace millones de años, mes a mes, un cadáver cósmico exangüe ronda la tierra. No cabe duda de que los perros son mucho más inteligentes... los negros más que ninguno... ya que a da vista de la luna esconden la cola y le aúllan.

–¿Pero, no me escribió usted recientemente, estimado conde, que las máquinas son criaturas que descienden directamente de la luna? ¿Cómo ha de entenderse semejante afirmación? –quiso saber el doctor Haselmeyer.

–Lo que sucede es que usted entendió mal –lo interrumpió el señor conde–. La luna no hizo más que preñar con su aliento venenoso el cerebro del hombre con ideas, y las máquinas son los vástagos visibles nacidos de ese proceso.

"El sol ha sembrado en el alma de los mortales el deseo de ser cada vez más ricos en placeres, legándoles también la maldición final de crear con el sudor de su frente obras perecederas y destruirlas después... pero la luna, fuente secreta de todas las formas, les enturbió tales deseos a través de un vidrio distorsionante, de modo que se perdieran en falsas imaginaciones y trasladaran hacia afuera, a lo palpable, lo que debieron haber contemplado desde adentro.

"Consecuencia de ello es que las máquinas se han convertido en cuerpos titánicos visibles, nacidos de la mente de héroes degenerados.

"Y dado que comprender o crear algo no significa otra cosa que dar al alma la forma de aquello: que se ve o que se crea para convertirla en eso mismo, los hombres se encuentran desvalidos camino a transformarse poco a poco en máquinas también ellos, hasta que un día se verán desnudos y convertidos en un machacante mecanismo de reloj que ya no podrá pararse nunca más; o sea en aquello que siempre quisieron inventar: un triste *perpetuum mobile*.

"Pero nosotros, los hermanos lunares, nos convertiremos entonces en los herederos del ser eterno, de la conciencia única e inalterable que nunca dice vivo sino soy, y que luego sabe: aunque el universo se desmorone yo perduro.

"Porque, si las formas no fuesen solamente sueños, ¿cómo sería posible que podamos cambiar en todo momento y según nuestra voluntad nuestro cuerpo por otro y aparecer entre los hombres con formas humanas, entre los fantasmas como sombras, entre los pensamientos como idea, gracias a nuestra secreta capacidad de desprendernos de nuestra propia forma como si fuesen un juguete elegido mediante un sueño? Como cuando una persona adormilada adquiere de pronto la conciencia de que está soñando y traslada el concepto engañoso del tiempo a un presente nuevo, dándole así al derrotero del sueño una dirección deseada por él: es *cuasi* como saltar con ambas piernas en la funda de un cuerpo nuevo, ya que sabemos muy bien que el cuerpo no es en el fondo otra cosa que un estado letárgico propio del éter, afectado por la ilusión del hermetismo... y que, en resumidas cuentas, es el único capaz de penetrar el todo...

–¡Excelentemente expresado! –festejaba el doctor con su dulce voz cantarina–; ¿pero por qué no hacer participar a los terráneos de la dicha de la transfiguración? ¿Sería malo eso?

–¿Malo? ¡Sería algo de consecuencias imprevisibles! ¡Horroroso! –exclamó el señor conde–. ¡Imagínese usted: el hombre dotado con la capacidad de producir cultura en todo el cosmos!

"¿Se da cuenta del aspecto que tendría la luna a las dos semanas? En todos los cráteres construirían velódromos y alrededor un campo de regadío para desagotar las aguas de las cloacas.

"Suponiendo que antes no hayan tratado de imponer el arte dramático, cerrándole así para siempre el camino a todas las posibilidades vegetativas.

"¿O acaso usted está deseando que llegue el momento en que los planetas estén comunicados entre sí mediante líneas telefónicas para poder intercambiar informaciones bursátiles, o que las estrellas dobles de la vía láctea tengan que presentar partidas de matrimonio debidamente legalizadas? "No, no, mi querido amigo, por ahora el universo tendrá que arreglárselas con la vieja rutina de siempre.

"Y pasando ahora a un tema más edificante: debo comunicarle, mi nunca bien estimado doctor, que ya se está acercando para usted el momento de menguar, digo, de viajar; será entonces, hasta más ver en lo del magistrado Wirtzigh, en agosto de 1914; que ahí será el comienzo del fin, y me imagino que vamos a festejar debidamente esta catástrofe de la humanidad, ¿o no?

Unos segundos antes de que el señor conde pronunciara las últimas palabras, yo ya me había metido nuevamente en mi librea para ir a ayudarlo al doctor Haselmeyer a empacar su maleta y acompañarlo hasta la puerta del castillo. Un instante después ya me hallaba apostado en el corredor. Pero, ¿qué veían mis ojos? el señor conde estaba totalmente solo al abandonar la biblioteca, y en la mano traía el jubón, los escaupines, el calzón de seda y el sombrero de copa del doctor Haselmeyer, en tanto que éste... había desaparecido. El señor conde se encaminó, cargado de ese modo insólito, y sin dirigirme una sola mirada, hasta su dormitorio cerrando la puerta detrás suyo.

Bien se que una de las obligaciones de todo buen sirviente es la de no asombrarse de nada de lo que sus señores consideren correcto hacer, claro que no por eso me negué el derecho de mover dubitativamente la cabeza, como tampoco pude evitar que pasara un largo rato antes de que lograra conciliar el sueño.

Ahora voy a saltarme muchos años.

Han transcurrido monótonamente y quedaron anotados en mi memoria, amarillentos y llenos de polvo, como fragmentos de un viejo libro que habla de acontecimientos que alguna vez hemos leído con la mente afiebrada, de modo que apenas los hemos entendido y apenas si nos acordamos de ellos.

Pero hay una cosa que recuerdo con toda claridad: durante la primavera del año 1914 el señor conde me comunicó abruptamente:

–Dentro de pocos días saldré de viaje; a... a Mauritius –al decir estas palabras me miró muy fijo a los ojos– y deseo que entres al servicio de mi amigo el magistrado Peter Wirtzigh, en Wernstein junto al Inn. ¿Me has entendido bien, Gustav? Por lo demás, ya sabes que no tolero que me contradigan.

Yo incliné respetuosamente la cabeza y no dije una sola palabra.

Cierta mañana, y sin haber tomado ninguna de las medidas habituales en estos casos, el señor conde había abandonado el castillo; de lo que saqué en conclusión que ya no volvería a verlo más y que en la cama con dosel que él acostumbraba usar para dormir, ahora dormiría otro.

Ese otro resultó ser, como me explicaron más tarde en Wernstein, el magistrado Peter Wirtzigh.

Cuando llegué a la propiedad del magistrado, desde donde se podían contemplar las aguas espumosas del Inn, que corría mucho más abajo, puse inmediatamente manos a la obra para sacar el contenido de las cajas y baúles que había traído conmigo y repartirlo en los armarios y cajones correspondientes.

Cuando estaba a punto de guardar una lámpara muy extraña y muy antigua que tenía la forma de una deidad japonesa transparente, sentada sobre sus propias piernas (la cabeza estaba constituida por una esfera de vidrio opalino), en cuyo interior se veía una serpiente, que movida por un mecanismo de reloj mantenía erguida la mecha con su boca, pude ver para mi espanto, en el momento mismo de abrir la puerta del armario gótico donde pensaba colocarla, que en el interior de éste colgaba el cadáver del doctor Sacrobosco Haselmeyer.

Del susto casi dejó caer la lámpara, pero por suerte pude reconocer a tiempo que se trataba solamente de las ropas del doctor y que lo demás había sido eso que llaman una ilusión óptica.

Sea como fuere, lo ocurrido me dejó muy impresionado y con la sensación de que algo terrible estaba por suceder; era como un presentimiento que no me abandonaba ni a sol ni a sombra aunque los meses siguientes transcurrieran en la mayor de las calmas.

A pesar de que el magistrado Wirtzigh era siempre muy bondadoso conmigo y de que su trato era por demás cordial, el hecho de que se pareciera tanto en tantas cosas al doctor Haselmeyer, hacía que cada vez que lo tenía delante de mi vista recordara –juro que me era imposible evitarlo– el episodio con el armario gótico. Su cara era tan redonda como la del doctor, pero un tanto... oscura para mi gusto –casi como la de un moro–; según él estos eran los resabios de una dolencia hepática parecida a la ictericia, sólo que en vez de tornarse amarillento, el paciente quedaba ennegrecido. Si uno se hallaba un poco alejado de él y en la habitación no había mucha luz, sucedía que no se podían distinguir sus rasgos, y la barba angosta y platinada que se extendía por debajo del mentón de oreja a oreja, se destacaba nítidamente de su rostro como si de ella emanara una tenue y espeluznante luz propia.

La rara ansiedad que constantemente pesaba sobre mí recién cedió cuando en el mes de agosto se supo la nueva del estallido de una terrible guerra.

Yo me acordé inmediatamente de lo que hacía años le había escuchado decir al señor conde acerca de una catástrofe que acechaba a la humanidad, y será por eso que me resultaba tan difícil unirme de buen grado a las manifestaciones hostiles de los lugareños hacia los países enemigos; a mí se me antojaba que detrás de todo eso se alzaba el odio de ciertas fuerzas naturales que manejaban a los hombres a su antojo como si fuesen marionetas.

El magistrado Wirtzigh permanecía totalmente inalterado, como alguien que ya había previsto todo con mucha anterioridad.

Fue recién el 4 de setiembre que yo noté en él una leve intranquilidad. Para esa fecha me llamó, y abriendo una puerta que hasta entonces siempre había permanecido cerrada, me condujo a un salón abovedado de paredes azules que tenía una sola ventana circular en el techo. De abajo de ésta y de manera que la luz le diera en forma directamente perpendicular, había una mesa redonda de cuarzo negro, ahuecada en el centro de modo tal que se formaba una suerte de batea. A su alrededor se hallaban colocadas cuatro sillas doradas finamente talladas.

–¿Ves este hueco? –dijo por fin el magistrado–, pues bien, quiero que esta noche, antes de que salga la luna, lo llenes con agua clara y fría del pozo. Espero visita que llega de Mauritius, y cuando oigas que te llamo, tomas la lámpara japonesa que tiene la serpiente adentro y la enciendes ... espero que la mecha no arda demasiado –agregó como para sus adentros– y te colocas en el nicho aquél con ella en la mano, como quien sostiene una antorcha.

Ya hacía buen rato que era de noche; habían dado las once, las doce... y yo esperando.

Nadie podía haber entrado en la casa, eso lo se con absoluta certeza, pues la puerta de calle estaba cerrada con llave y yo tenía que notar necesariamente si alguien la abría; pero hasta el momento no se había escuchado un solo ruido.

Alrededor reinaba un silencio de muerte, a tal punto, que el latido de mis sienes terminó por parecerme rumor de tormenta.

Por fin se hizo oír la voz del magistrado que me llamaba por mi nombre... como si el llamado viniera de muy lejos, o mejor dicho, como si su voz hubiese salido de mi propio corazón.

Con la lámpara –que apenas esparcía un leve resplandor– en la mano, y como mareado por una inexplicable somnolencia que antes nunca había conocido, me dirigí por el corredor en sombras hacia el salón de paredes azules y me paré en el nicho.

La maquinaria del reloj que se hallaba en el interior de la lámpara dejaba oír su leve sonido, y a través de la barriga transparente de la deidad japonesa podía ver la mecha encendida en la boca de la serpiente que giraba creando la ilusión de que se estaba elevando.

Supongo que en esos momentos la luna llena estaba exactamente sobre el agujero redondo del techo, pues su imagen se reflejaba nítidamente en el agua colocada en la mesa de cuarzo, haciéndola que se pareciera a una esfera de plata.

Durante todo ese tiempo yo había creído que las sillas estaban vacías, pero poco a poco pude darme cuenta de que tres de ellas estaban ocupadas por otros tantos hombres, y cuando sus rostros se movieron con cautela, pude reconocer: en la parte Norte, al magistrado Wirtzigh, en la parte Este, a un extraño (cuyo nombre era Chrysophron Zagraus, como pude enterarme después a través de una conversación que tuvieron entre ellos), y en la parte Sud –con una corona de amapolas sobre su monda cabeza– al doctor Sacrobosco Haselmeyer.

Sólo se mantenía desocupada la silla que daba al Oeste.

Mis oídos se deben haber ido agudizando paulatinamente pues ahora llegaban hasta mí palabras, algunas de ellas latinas y otras en idioma alemán.

Pude ver que el caballero extraño hacía una reverencia delante del doctor Haselmeyer, lo besaba en la frente y le decía "amada novia mía".

A este hecho insólito siguió una larga frase, Pero estaba dicha en voz tan baja que no llegó a Penetrar en mi conciencia.

Pero entonces, súbitamente, el magistrado Wirtzigh se sumergió en un discurso apocalíptico:

–Y delante de la silla se extendía un mar transparente como el cristal, y en medio de la silla y alrededor de ella había cuatro animales, llenos de ojos por delante y por detrás... Y salió otro caballo que era pálido, y el nombre de quien lo cabalgaba era Muerte y detrás de ella venía el infierno. A ella le estaba dado robar la paz de la tierra y hacer que todos se estrangularan mutuamente; y a ella también le fue dada una enorme espada.

–Dada una espada –sonó tartajeante el eco que emitía el doctor Zágraus... y fue entonces que su mirada se fijó de improviso en mi humilde persona... hecho trascendental que le hizo interrumpirse para preguntarle a los demás si yo era digno de confianza.

–Hace tiempo que se convirtió en una máquina sin vida entre mis manos –lo tranquilizó el magistrado–. Nuestro ritual exige que alguien que haya muerto para la tierra sostenga la antorcha cuando estamos reunidos; él es como un cadáver, sostiene su alma en la mano y cree que es una lámpara que arde sin llama.

De sus palabras emanaba una burla salvaje... tanto que el pánico me heló la sangre cuando sentí que en verdad no podía mover ninguno de mis miembros y que me había quedado tieso como un muerto...

El doctor Zágraus retomó la palabra y prosiguió:

–Sí, los elevados cánticos del odio resuenan por el mundo. Yo la he visto con mis propios ojos a la que cabalga sobre el pálido caballo, y detrás de ella he visto al ejército multitudinario de las máquinas... nuestras amigas y aliadas. Hace mucho ya que ganaron su autonomía, pero los hombres aún permanecen ciegos y todavía creen ser los amos.

"Locomotoras sin conductor, cargadas con bloques de piedra, corren en todas direcciones con furia desatada, se arrojan sobre los humanos y aplastan cientos y cientos de ellos bajo el peso de sus estructuras de hierro.

"El nitrógeno del aire se apoltona y se convierte en un nuevo explosivo exterminador: la misma naturaleza queda sin aliento en su apuro por entregar voluntariamente sus mejores tesoros para extirpar de su seno al monstruo blanco que desde hace miles de milenios viene lastimándola sin piedad.

"Enredaderas metálicas con espinas horribles brotan de la tierra, aprisionan las piernas y despedazan los cuerpos, mientras los telégrafos se comunican jubilosamente unos a otros que ya son cientos de miles los que murieron de esa mala ralea... y que serán muchos más.

"Detrás de las lomas y los árboles acechan los morteros gigantescos, con sus cuellos estirados en dirección al cielo, apretando entre sus dientes trozos de metal hasta que molinos de viento traidores les transmiten con sus aspas la orden de escupir muerte y destrucción.

"Víboras eléctricas se arrastran subterráneas, hasta que de pronto... ¡ya!... una minúscula chispita verde basta para que la tierra se eleve rugiendo y el paisaje se convierta en una enorme fosa común.

"Los reflectores vigilan en la noche con ojos de animales de rapiña y piden ¡más!, ¡más!, ¡más! Y entonces... vienen llegando tambaleantes en sus mortajas grises... los pies ensangrentados, los ojos apagados, ciegos de cansancio, con los pulmones jadeantes y las rodillas vencidas... pero enseguida intervienen los tambores con sus rítmicos y fanáticos ladridos para enardecer al guerrero furibundo y avivar las mentes adormiladas y lograr que estalle irresistible la locura del amok... hasta que la lluvia de plomo no haga sino bañar a los cadáveres.

"Desde el Este y el Oeste, desde América y Asia llegan los monstruos metálicos con sus bocas redondas bien abiertas para poder saciar por fin sus ansias homicidas.

"Y hay tiburones de acero que rondan las costas para asfixiar en sus vientres a quienes antes les dieran la vida.

"Aún aquellos que se quedaron en casa, los aparentemente tibios, que por tanto tiempo no fueron ni fríos ni calientes, los que antes sólo se dedicaban a sus pacíficas tareas, ahora se despiertan y aportan su cuota a la gran matanza: exhalan sin cesar con dirección al cielo su turbio aliento espeso, y de sus cuerpos manan, día y noche, las hojas filosas y los proyectiles. Nadie se queda quieto. Nadie descansa.

"Y son cada vez más los buitres gigantes que quieren adiestrarse para sobrevolar las últimas guaridas del hombre, y ya vienen corriendo diligentes miles de incansables arañas de hierro para tejerles sus alas de brillo plateado...

El discurso quedó abruptamente interrumpido y entonces noté la presencia del conde du Chazal; estaba de pie detrás de la silla que daba al Oeste con las manos apoyadas en el respaldo, su rostro era una máscara pálida y desencajada.

Inmediatamente el doctor Zagraus prosiguió con énfasis:

—¿Y no es esta una resurrección realmente fantasmal? Lo que en su putrefacción se había convertido en petróleo y descansaba en sus cuevas desde cuánto hace: la sangre y la grasa de los dragones antediluvianos... quiere volver a vivir. Hervido y destilado en calderas panzonas, fluye ahora con el nombre de "bencina" hacia los corazones de los nuevos monstruos fantásticos del aire y los alimenta. ¡Bencina y sangre de dragón! ¿Dónde está la diferencia? Todo es como un preludio demoníaco al día del Juicio Final.

—No hable del Juicio Final, doctor —intervino rápidamente el señor conde (y yo pude sentir el miedo que había en su voz)—, suena como un presagio.

Los otros caballeros presentes se pusieron de pie alarmados:

—¿Presagio?

—Nuestra intención era la de reunimos hoy para celebrar —siguió diciendo el señor conde después de una pausa como para elegir muy bien sus palabras—, pero hasta último momento mis pies estuvieron retenidos en... Mauritius (comprendí que en esa palabra se albergaba un significado oculto y que el señor conde no pudo haber nombrado con ella país alguno); y estuve dudando largo rato si era correcto lo que yo interpretaba a través del reflejo que llegaba de la tierra hasta la luna. Me temo, temo (y la piel se me eriza de espanto cada vez que pienso en ello) que a corto plazo puede ocurrir algo inesperado que nos arrebathe la victoria. Quiero decir, si mal no lo adivino, que en esta guerra existe otro sentido misterioso y que el espíritu del mundo consiste en separar a los pueblos unos de otros para que, separados y solos, conformen un cuerpo futuro; ¿pero de qué me sirve saberlo mientras desconozca el propósito final? Las influencias invisibles son siempre las más fuertes... Yo sólo puedo decirles esto:

"Hay algo oculto que no se deja ver y que crece y crece sin que yo pueda descubrir dónde se hallan sus raíces.

"He interpretado los signos que leí en el cielo y que nunca engañan: sí, también los demonios de abajo se están armando para la lucha y muy pronto la piel de la tierra se sacudirá como la de un caballo torturado por los tábanos; los grandes amos de las tinieblas, cuyos nombres están escritos en el libro del odio, ya han arrojado desde los abismos del espacio una piedra de cometa dirigida hacia la tierra, tal como ésta ya lo hiciera antes con dirección al sol sin dar en el blanco, ya que regresó a ella como regresa el

boomerang a las manos del cazador cuando no alcanzó a la víctima. ¿Pero a qué viene, me pregunté, todo este enorme despliegue, si la destrucción de la humanidad parece haber sido sellada ya por el ejército de las máquinas? "Y entonces fue que cayó el velo de mis ojos. Pero no por ello dejo de estar ciego y sólo puedo seguir a tientas mi camino.

"¿No sienten también ustedes cómo aquel imponderable que ni la muerte puede asir, aumenta y aumenta su caudal hasta formar una corriente contra la cual los mares serían como un mero balde de agua?

"¿Qué clase de fuerza misteriosa es la que de la noche a la mañana barre con todo lo pequeño y hace del corazón de un mendigo un corazón de apóstol?! Yo he presenciado cómo una maestra pobre se hizo cargo de una huérfana sin siquiera hacer mención del gesto... y entonces fue que me acometió el pánico.

"¿A qué ha quedado reducido el poderío de las máquinas en un mundo donde las madres pueden festejar la muerte de sus hijos en vez de mecerse los cabellos? ¿Y será una profecía secreta que por ahora nadie puede interpretar, el que en las tiendas de las ciudades pueda verse colgado un cuadro que muestra una cruz enclavada en los Vosgos, cuya madera ha sido destruida por la metralla sin que por ello el hijo del hombre haya cambiado de posición y permanezca de pie... suspendido en el aire?

"Oímos cómo las alas del ángel de la muerte pasan zumbando por los cielos de mundo, ¿pero están ustedes bien seguros de que se trata del vuelo de la muerte... y no de otra cosa? ¿No será uno de aquellos que pueden decir "yo" en cada piedra, cada planta y cada animal, fuera y dentro del tiempo y del espacio?

"Está dicho que nada debe perderse; ¿la mano de quién será la que entonces recolecte este entusiasmo que se ha liberado por doquier cual fuerza natural, y cómo será la cría que nazca de ella y quién su heredero?

"¿El que deba llegar ahora será nuevamente alguien cuyos pasos nadie pueda frenar... como siempre sucedió de tanto en tanto a través de todos los siglos? Es este un pensamiento siniestro del que ya no me puedo desprender: ¿Cómo es, quién es el que vendrá...?

–¡Pues que venga! Siempre que sea, como tantas otras veces, alguien que vista ropajes de carne y de sangre –intervino sardónicamente el magistrado Wirtzigh–. Esta vez lo van a crucificar con... bromas; la burla es algo que nadie hasta ahora ha podido vencer.

–Pero puede ser que llegue y sea incorpóreo –murmuró en voz baja el doctor Zágraus–, lo mismo que aquella vez en que los animales fueron atacados por un hechizo que logró que los caballos supiesen hacer cuentas y los perros... leer y escribir. ¿Pero qué sucedería si esta vez atacara a los hombres y se prendiera en ellos como se prende una llama?

–Pues entonces tendremos que arrebatarse al hombre la ley por medio de la luz –interrumpió el conde du Chazal chillando a los gritos–; a partir de entonces habitaremos en sus mentes a la manera de un nuevo brillo falso que surja a su vez de un conocimiento claro pero equivocado, hasta que confundan el sol con la luna y les hayamos enseñado a desconfiar de todo lo que sea luminoso.



Todo lo que él señor conde pudo haber dicho después de esto escapa a mi memoria. Ya no me podía ni mover, pero el estado de rigidez en que me hallaba iba cediendo poco a poco. Me parecía poder oír una voz que desde mi interior me aconsejaba que tuviera miedo, pero, al mismo tiempo, me era imposible temer.

No sé cómo ha sido, pero de pronto estiré, como para protegerme, el brazo que sostenía la lámpara. Puede ser que en aquel preciso instante se produjera una corriente de aire o que la serpiente haya alcanzado por fin la cabeza de la deidad, lo cierto es que la mecha comenzó a arder en una enorme llama... eso es todo lo que sé. Una luz deslumbrante hizo que estallaran repentinamente todos mis sentidos, escuché nuevamente que me llamaban por mi nombre y enseguida el ruido de un objeto pesado que se estrellaba contra el suelo. Debe haber sido mi propio cuerpo, pues, al abrir los ojos un segundo antes de perder totalmente la conciencia, me vi caído en el piso, alumbrado por la luna llena cuya luz me bañaba en forma directa... La habitación parecía vacía, y tanto la mesa como los cuatro señores habían desaparecido.

Sé que estuve semanas enteras postrado, y sumido como en un profundo letargo, y cuando ya me había recuperado un poco pude enterarme –no puedo recordar por medio de quien– de que el magistrado Wirtzigh había muerto y que me había nombrado heredero de toda su fortuna.

Pero pienso que aún debo permanecer en cama por mucho tiempo, y que de ese modo tendré el tiempo suficiente para meditar acerca de todo lo que ha ocurrido para dejarlo escrito aquí tal cual se sucedieron los hechos en realidad y sin falsear ni uno solo de ellos.

Sólo de noche suele ocurrirme a veces que me siento como si en mi pecho bostezara un hueco recientemente abierto y que en su centro flota la luna... que de tanto en tanto crece hasta llegar a formar un círculo perfecto, luego va menguando hasta casi desaparecer de tan obscura, para reaparecer después poquito a poco adquiriendo forma de hoz; y en cada una de sus fases se asemeja a cada una de las caras de los cuatro caballeros guardando el mismo orden en que los vi por última vez sentados en torno a aquella mesa. Pero entonces le presto atención, para distraerme, al vocerío indomable que a través del silencio nocturno me llega desde un castillo situado en la vecindad, perteneciente a un pintor salvaje llamado Kubin, quien rodeado por sus siete hijos festeja orgías hasta el amanecer.

Llegado el nuevo día, el ama de llaves Petronella suele acercarse a mi lecho de enfermo para preguntarme: –¿Cómo se siente hoy, magistrado Wirtzigh?–, pues ella insiste, en querer hacerme creer que no existe ningún conde du Chazal desde 1430, año en que se extinguió el linaje (como que se lo dijo el mismísimo señor cura) y que yo soy un sonámbulo que en una noche de luna llena se cayó del tejado y que desde hace varios años vengo afirmando ser mi propio ayuda de cámara. Que, por lo tanto, tampoco existe un tal doctor Zágraus ni ningún otro doctor que se llame Saerobosco Haselmeyer.

–El Tadshur rojo, bueno, ese sí existe –me dice cada vez con cara de enojada.– Está ahí, sobre la repisa del hogar y es un libro de brujerías chino... Pero bien se puede ver en qué termina un cristiano cuando se dedica a leer semejantes cosas.

Yo no le contesto y me callo bien la boca; yo sé lo que sé, y cuando la vieja abandona mi cuarto, me levanto despacio y abro la puerta del armario gótico para cerciorarme una vez más:

Ahí está la lámpara de la serpiente, y debajo de ella cuelgan... el sombrero de copa, el jubón y el calzón de seda del doctor Haselmeyer.